

IES Maese Rodrigo (Carmona)  
Departamento de Lengua Castellana y Literatura, 2012

# El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

(1605, primera parte)

Miguel de Cervantes



Selección de capítulos

Edición y notas de Francisco Rico (en Centro Virtual Cervantes)  
Resumen de capítulos de Martín de Riquer  
Ilustraciones históricas



# ÍNDICE

Advertencias sobre nuestra edición	5
Primera parte del Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha	
Capítulo I	7
Capítulo II	13
Capítulo III	19
Capítulo IIII	23
Capítulo V	28
Capítulo VI	31
Capítulo VII	37
Capítulo VIII	41
Segunda parte del Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha	
Capítulo IX	47
Capítulo X	51
Resumen de capítulos omitidos (XI-XV)	55
Tercera parte del Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha	
Capítulo XVI	57
Capítulo XVII	62
Resumen de capítulo omitidos (XVIII-XXXV)	69
Cuarta parte del Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha	
Capítulo XXXVI	75
Capítulo XXXVII	81
Capítulo XXXVIII	87
Resumen de capítulos omitidos (XXXIX-LII)	90



## ADVERTENCIAS SOBRE NUESTRA EDICIÓN

Esta edición tiene como único objeto facilitar el acceso al material de trabajo necesario para nuestros alumnos de Bachillerato. Es, ante todo, una manera de facilitar el uso de un material unificado para todos nuestros alumnos, dada la enorme variedad y, a veces, disparidad entre las múltiples ediciones, tanto críticas como adaptadas, del Quijote.

Nuestra edición se basa en la elaborada por Francisco Rico para el Centro Virtual Cervantes (que puedes encontrar en esta dirección web: <http://cvc.cervantes.es/obref/quijote/>), que te recomendamos visitar tanto para consultar dudas sobre el texto como para ampliar el estudio crítico de la obra. El texto de la obra es exactamente el mismo que puedes encontrar en la dirección citada, al igual que la mayor parte de las notas, aunque estas últimas las hemos modificado para adaptarlas a nuestras necesidades, como explicaremos enseguida.

La edición de Francisco Rico (que reproducimos literalmente) se trata de una edición crítica, lo que quiere decir que mantiene básicamente el texto original, con la escritura y variantes propias de la época, pero modernizando la puntuación y la ortografía, es decir, actualizando la acentuación y eliminando abreviaturas y grafías, ya desaparecidas, pero usuales en su época. De este modo, puedes encontrar formas como “mesmo” (mismo), “trujo” (trajo), “trayo” (traigo), malincónico (melancólico), etc., así como alguna expresión o frase hecha ya desaparecida o cuyo significado actual es distinto. Es cierto que estas variantes pueden dificultar algo la comprensión, pero creemos que no excesivamente, y que, por otra parte, servirán también para ilustrar aspectos léxico-semánticos y de historia del castellano que también se estudian este curso.

Respecto a las notas a pie de página, también utilizamos fundamentalmente las de Francisco Rico en la edición citada, aunque hemos intentado eliminar las que no nos han parecido estrictamente necesarias. Así, hemos eliminado las referidas a palabras o expresiones que siguen manteniendo en la actualidad el mismo significado básico, aunque algunas de ellas resulten un tanto extrañas hoy. Del mismo modo, también hemos prescindido de las referidas a palabras cuyo significado pueda deducirse fácilmente por el contexto. En cambio, hemos preferido conservar casi todas las referidas a las fuentes utilizadas por Cervantes (literarias, históricas, jurídicas, etc.), aunque la mayoría de ellas no fueran necesarias para comprender el texto. Así, por ejemplo, señalamos los libros de los que Cervantes extrae alguna cita o parodia algún episodio, mencionamos cuándo utiliza alguna cita evangélica, alguna fórmula jurídica, etc. También hemos señalado, casi siempre, el significado de palabras que, aunque aparentemente resulte claro, en realidad esconden alguno de los dobles sentidos o ironías, tan frecuentes en la obra. De este modo, conservamos aproximadamente entre el 60 y el 70% de las notas originales de Rico; de las cuales, la inmensa mayoría, reproducimos también literalmente, en algunos casos las abreviamos algo y, en menos casos, ampliamos un poco. Sólo en contadísimos casos hemos incluido notas al pie completamente nuevas.

Por último, para evitar el vacío que provocarían los capítulos que no estás obligado a leer, hemos optado por incluir resúmenes de esos capítulos omitidos. Estos resúmenes han sido extraídos literalmente del libro *Aproximación al Quijote* de Martín de Riquer (Salvat, Navarra, 1970). Observarás que estos resúmenes no están ordenados por capítulos, sino por episodios, ya que, a menudo, el mismo episodio ocupa varios capítulos o, por el contrario, en el mismo capítulo finaliza un episodio y comienza otro, que probablemente finalizará en episodios siguientes. Aunque no estás obligado estrictamente a leer estos resúmenes, es muy recomendable que lo hagas y, por otra parte, apenas son unas cuantas páginas más.



# Primera parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha

## Capítulo primero

*Que trata de la condición y ejercicio del famoso y valiente hidalgo don Quijote de la Mancha*<sup>1</sup>

En un lugar de la Mancha<sup>2</sup>, de cuyo nombre no quiero acordarme<sup>3</sup>, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor<sup>4</sup>. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches<sup>5</sup>, duelos y quebrantos los sábados<sup>6</sup>, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte<sup>7</sup>, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino<sup>8</sup>. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera<sup>9</sup>. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años<sup>10</sup>. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro<sup>11</sup>, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de «Quijada», o «Quesada», que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben, aunque por conjeturas verisímiles se deja entender que se llamaba «Quijana». Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso —que eran los más del año—, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer<sup>12</sup>, y, así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y, de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva<sup>13</sup>, porque la claridad de su prosa y aquellas enricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas

<sup>1</sup> *condición* se refiere tanto a las circunstancias sociales como a la índole personal, y *ejercicio*, al modo en que ejercita o pone en práctica unas y otra el protagonista

<sup>2</sup> *lugar*: no con el valor de ‘sitio o paraje’, sino como ‘localidad’ y en especial ‘pequeña entidad de población’, en nuestro caso situada concretamente en el Campo de Montiel (I, 2, 47, y 7,93), a caballo de las actuales provincias de Ciudad Real y Albacete.

<sup>3</sup> ‘no voy, no llego a acordarme ahora’ (e incluso ‘no entro ahora en si me acuerdo o no’); *quiero* puede tener aquí valor de auxiliar, análogo al de *voy* o *llego* en las perifrasis equivalentes; en el desenlace, sin embargo, C. recupera el sentido propio del verbo: «cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente...»

<sup>4</sup> *astillero*: ‘percha o estante para sostener las astas o lanzas’; *adarga*: ‘escudo ligero, de ante o cuero’; el *hidalgo* que no poseyera cuando menos un caballo —aunque fuera un *rocín* de mala raza y mala traza—, en teoría para servir al Rey cuando se le requiriera, decaía de hecho de su *condición*; el *galgo* se menciona especialmente en cuanto perro de caza. Nótese que la *adarga*, como sin duda la *lanza*, es *antigua*: son vestigios de una edad pasada, en el cuadro contemporáneo (*no ha mucho tiempo*) de la acción.

<sup>5</sup> La *olla* o ‘cocido’, de carne, tocino, verduras y legumbres, era el plato principal de la alimentación diaria (a menudo, para comer y para cenar). En una buena olla, había menos *vaca que carnero* (la vaca era un tercio más barata que el carnero). El *salpicón* se preparaba como fiambre con los restos de la carne de vaca, picada con cebolla y aderezada con vinagre, pimienta y sal.

<sup>6</sup> Los *duelos* y *quebrantos* eran un plato que no rompía la abstinencia de carnes selectas que en el reino de Castilla se observaba *los sábados*; podría tratarse de ‘huevos con tocino’.

<sup>7</sup> *sayo*: ‘traje de hombre con falda, para vestir a cuerpo’, ya anticuado hacia 1600; *velarte*: ‘paño de abrigo’, negro o azul, de buena calidad.

<sup>8</sup> *vellorí*: «paño entrefino de color pardo ceniciento» (*Autoridades*). Dentro de la obligada modestia, DQ viste con una pulcritud y un atildamiento muy estudiados, porque la conservación de su rango depende en buena parte de su apariencia.

<sup>9</sup> ‘un mozo para todo’, es otro dato que insiste sobre los apuros económicos de DQ que, pese a su “rango” social sólo puede permitirse un ama y un sirviente.

<sup>10</sup> En los siglos XVI y XVII, la esperanza de vida al nacer se situaba entre los veinte y los treinta años; entre quienes superaban esa media, solo unos pocos, en torno al diez por ciento, morían después de los sesenta. En términos estadísticos, pues, DQ está en sus últimos años, y como «viejo», «enfermo» y «por la edad agobiado» lo ve su sobrina (II, 6, 674).

<sup>11</sup> Era una opinión aceptada en la época que la constitución física de una persona determinaba su carácter y personalidad. Esta descripción de DQ correspondería a las características de un individuo *colérico* y *melancólico*.

<sup>12</sup> La *hanega* o *fanega* variaba entre media y una hectárea y media, según la calidad de la tierra. EN la época de Cervantes, la mayoría de los libros, pese a la generalización de la imprenta, resultaban muy caros. La cantidad de papel usada era uno de los factores determinantes del precio final, y los libros de caballerías eran volúmenes muy gruesos. En un capítulo posterior, en el famoso “escrutinio de la biblioteca” de DQ, el cura y el barbero echarán al fuego una gran cantidad de libros, que demuestran que DQ poseía una auténtica fortuna en libros que, literalmente, acabó en el fuego.

<sup>13</sup> Autor de una *Segunda Celestina* (1534) y de varias populares continuaciones del *Amadís* (*Lisuarte de Grecia*, 1514; *Amadís de Grecia*, 1530; *Florisel de Niquea*, 1532), a menudo recordadas en el *Q*.

de desafíos<sup>14</sup>, donde en muchas partes hallaba escrito: «La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura». Y también cuando leía: «Los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza...»<sup>15</sup>.

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien<sup>16</sup> con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros<sup>17</sup> que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello<sup>18</sup>, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar —que era hombre docto, graduado en Cigüenza<sup>19</sup>— sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo<sup>20</sup>, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo, que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio<sup>21</sup>; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio<sup>22</sup>. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina<sup>23</sup> de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo<sup>24</sup>. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de solo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto a Roldán, el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó a Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos<sup>25</sup>. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado<sup>26</sup>. Pero, sobre todos, estaba bien con Reinaldos de Montalbán<sup>27</sup>, y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma que era todo de oro, según dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalón<sup>28</sup>, al ama que tenía, y aun a su sobrina de añadidura.

<sup>14</sup> Las *cartas de desafíos*, en que los caballeros que se proponían trabar combate exponían los motivos y «las condiciones del desafío» (II, 65, 1159), constituían un género tan común en la realidad como en la literatura.

<sup>15</sup> Ninguna de las dos citas es literal, pero sirven para mostrar irónicamente la escasa claridad de la prosa tanto de Silva como de otros muchos autores de los géneros preferidos de DQ.

<sup>16</sup> ‘no estaba muy de acuerdo’

<sup>17</sup> ‘cirujanos’

<sup>18</sup> *aun saliera con ello*: ‘hubiera logrado sus propósitos’

<sup>19</sup> Nueva ironía, ya que la Universidad de Cigüenza (Sigüenza) era una de las menos prestigiosas de España en la época.

<sup>20</sup> *maese* era tratamiento propio (pero no exclusivo) de los barberos que practicaban también pequeñas curas médicas y de cirugía menor. Hay que recordar que el propio padre de Cervantes era cirujano y, por tanto, de modesta condición social.

<sup>21</sup> Es decir, DQ pasaba todo el día leyendo (desde que anochecía hasta que amanecía y desde que amanecía hasta que anochece).

<sup>22</sup> La medicina de raíz galénica consideraba *el poco dormir* una de las causas de que disminuyera la humedad del *cerebro* y, por ahí, se potenciara la imaginación y fuera fácil caer «en manía, que es una destemplanza caliente y seca del cerebro»

<sup>23</sup> *máquina* o ‘multitud caótica’ de quimeras y *soñadas invenciones*, como los mismos sueños.

<sup>24</sup> Es ese el dato esencial en la locura de DQ: dar por *historia ... cierta* el contenido de los libros de caballerías y, por ahí, ver la realidad «al modo de lo que había leído».

<sup>25</sup> «Roldán... era encantado», porque «no le podía matar nadie» sino con un extraño recurso. La *industria* o ‘artimaña’ de Hércules, apretando y suspendiendo en el aire al gigante Anteo, para que no cobrara nuevas fuerzas al ser derribado y tocar a su madre *la Tierra*.

<sup>26</sup> Personaje central de un célebre poema (h. 1465) de Luigi Pulci, *Morgante* es uno de los tres gigantes a quienes se enfrenta Roldán, que mata a los otros dos, mientras a Morgante, cortés y bien educado, lo bautiza y lo convierte en compañero suyo.

<sup>27</sup> *Reinaldos de Montalbán*: uno de los Doce Pares, que de las gestas francesas pasó al romancero español y a los poemas italianos de Boiardo y otros, adaptados en el *Espejo de caballerías* (I, 6, 80, n. 24), donde aparece dedicado a «robar a los paganos de España» y se narran sus aventuras en ultramar (*en allende*)

<sup>28</sup> *Galalón* o Ganelón, el traidor de la *Canción de Roldán*, culpable de la derrota de los francos en Roncesvalles.



En efeto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más estraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio<sup>29</sup> y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda<sup>30</sup>; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del estraño gusto que en ellos sentía, se dio prisa a poner en efeto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada<sup>31</sup> de encaje, sino morrión simple<sup>32</sup>; mas a esto suplió su industria<sup>33</sup>, porque de cartones hizo un modo de media celada que, encajada con el morrión, hacían una apariencia de celada entera. Es verdad que, para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dio dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza y, sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fue luego a ver su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real<sup>34</sup> y más tachas que el caballo de Gonela, que «tantum pellis et ossa fuit»<sup>35</sup>, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babiaca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque —según se decía él a sí mismo— no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así procuraba acomodársele, de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba<sup>36</sup>; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar «Rocinante», nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar «don Quijote»<sup>37</sup>; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que sin duda se debía de llamar «Quijada», y no «Quesada», como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse «Amadís» a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla

---

<sup>29</sup> *Agravio*: injusticia o mal trato inmerecido que sufre una persona o grupo.

<sup>30</sup> *Trapisonda*: Trebisonda o Trapezunte, actual Trabzon en el extremo este de la Turquía asiática. Antigua colonia griega que se convirtió en imperio entre los ss. XIII y XV, si bien ese nombre de ‘imperio’ resultaba bastante exagerado, dados su escaso poderío e influencia. Varios de los caballeros andantes admirados por DQ, como el ya citado Reinaldo de Montalbán, habían vivido aventuras y recibido honores en este reino ‘semilegendario’.

<sup>31</sup> Para las partes de la armadura y otras armas, consulta las ilustraciones al final de este capítulo.

<sup>32</sup> *morrión*: ‘casco acampanado’, propio de arcabuceros, y en nuestro caso *simple*, o sea, liso y con un mero reborde, sin los adornos habituales. Es un nuevo síntoma de los modestos recursos económicos de DQ, que sólo tiene un humilde *morrión*, en lugar de la vistosa *celada* de los caballeros

<sup>33</sup> *Industria*: ‘habilidad, maña, sagacidad’

<sup>34</sup> *cuartos*: ‘enfermedad de las caballerías’ y también ‘monedas de ínfimo valor’.

<sup>35</sup> ‘era solo piel y huesos’; *Gonela* fue un bufón de la corte de los duques de Ferrara.

<sup>36</sup> La caballería era la *orden* militar por excelencia y exigía *profesar* o hacer *profesión* en ella mediante unos ciertos votos y rituales. Sin embargo, pese a esta primera afirmación y como se verá más adelante en la venta, DQ aún no ha cumplido estos votos y, por tanto, aún no es caballero.

<sup>37</sup> Para interpretar el nombre elegido por nuestro héroe, hemos de tener en cuenta una compleja red de significados, con intención nuevamente irónica. Los hidalgos no tenían derecho al tratamiento de *don*, cuya utilización es bastante frecuente en los libros de caballerías (aunque no en los títulos) y propia de la clase social de los caballeros en la época de DQ. En la armadura, el *quijote* era la pieza (no usada por nuestro hidalgo) que protegía el muslo; por otro lado, el nombre evoca a uno de los máximos héroes de la tradición artúrica, «Lanzarote», mientras el sufijo *-ote*, que suele aparecer en términos grotescos o jocosos, se había aplicado ya a un “Camilote”, ridículo personaje de otra obra caballeresca.

famosa, y se llamó «Amadís de Gaula»<sup>38</sup>, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse «don Quijote de la Mancha», con que a su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo<sup>39</sup>, se dio a entender<sup>40</sup> que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse, porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase él:

—Si yo, por malos de mis pecados<sup>41</sup>, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado<sup>42</sup>, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora<sup>43</sup>, y diga con voz humilde y rendida: «Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrana<sup>44</sup>, a quien venció en singular batalla<sup>45</sup> el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante?»<sup>46</sup>

¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni le dio cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla «Dulcinea del Toboso» porque era natural del Toboso: nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto<sup>47</sup>.

*En resolución, él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio (Grabado de Ricardo Balagá, en una edición de *El Quijote* de 1879, Biblioteca de la Facultad de Derecho de Sevilla; original en color)*



<sup>38</sup> *Gaula* era un reino imaginario situado «en la pequeña Bretaña»

<sup>39</sup> Al recibir el sacramento de la confirmación —que antaño se entendía en términos afines a ser armado caballero—, se puede cambiar de nombre.

<sup>40</sup> *darse a entender* ‘convencerse, parecerle a uno, creer’

<sup>41</sup> ‘por mis graves culpas, por mi desgracia’.

<sup>42</sup> ‘para que se presente a ella’, en el sentido del *presentase* de unas líneas más abajo. Pero *presentado* también puede entenderse ‘como presente, como obsequio’.

<sup>43</sup> *señora*, porque la relación entre el caballero y su dama se concebía como el vínculo feudal entre el vasallo y su señor.

<sup>44</sup> Nombres sugeridos, al parecer, por *malandrín* ‘malvado’ y *caraculo* ‘cariancho’; *ínsula*, y no *isla*, según el arcaísmo propio de los libros de caballerías.

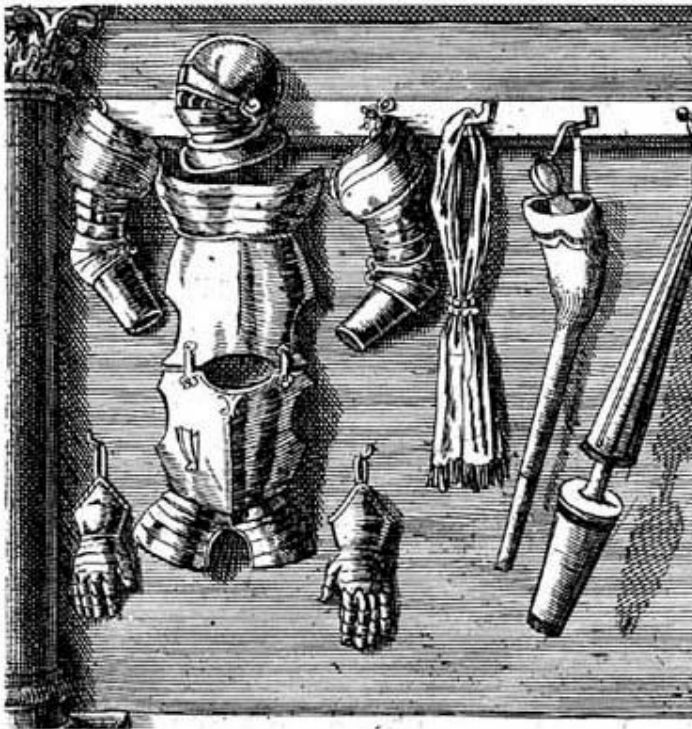
<sup>45</sup> *singular*: ‘de un solo caballero contra otro’

<sup>46</sup> ‘a su gusto, a su voluntad’

<sup>47</sup> Frente al real *Aldonza*, que entonces sonaba a rústico (“A falta de moza, buena es Aldonza”, decía un refrán), DQ llama *Dulcinea* a la hija de *Lorenzo Corchuelo* (I, 25, 283), porque desde antiguo *Aldonza* se había asociado con otro nombre de mujer, *Dulce*, y porque la terminación *-ea*, presente en los de heroínas literarias tan prestigiosas como *Melibea* y *Claricea*, tenía un regusto *peregrino* o ‘inusitado, exquisito’

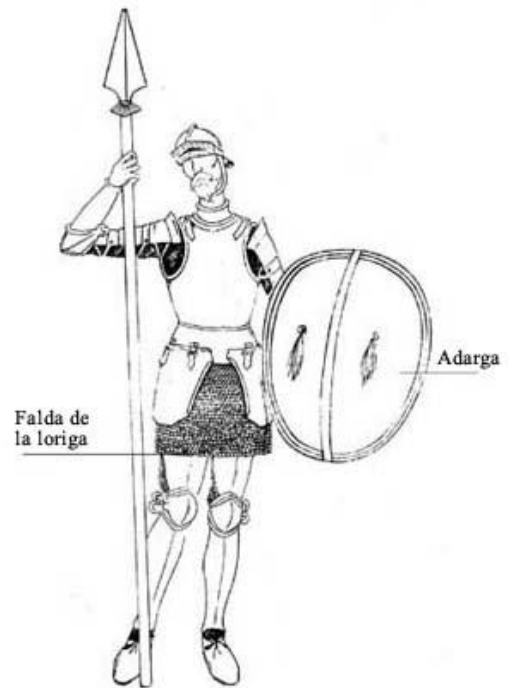
**La armadura y las armas**

*Astillero*



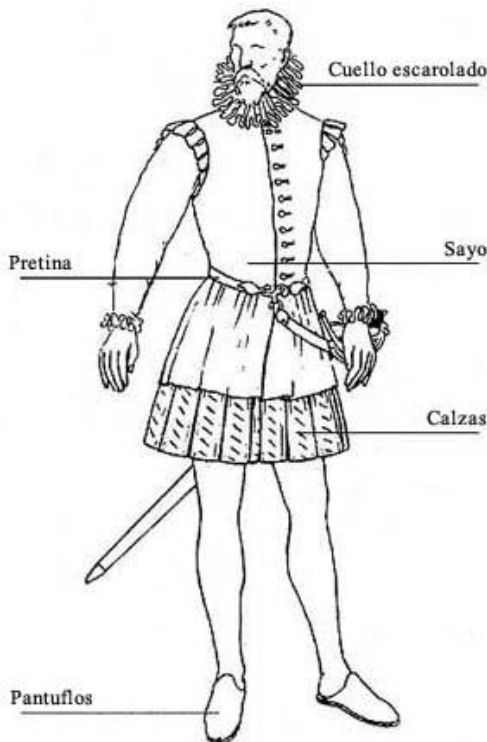
**Indumentaria**

*Don Quijote con el arnés en su primera salida*



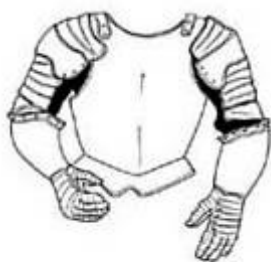
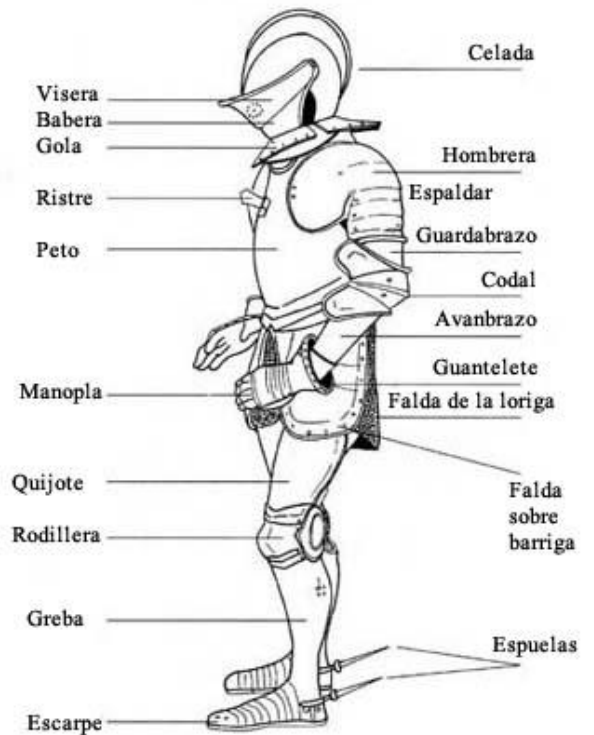
**Indumentaria**

*Don Quijote vestido de fiesta*



**La armadura y las armas**

*Armadura del siglo XVI*



Coselete



Peto



Espaldar



Celada



Morrión



Celada de plumas



Si yo por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes,...



...y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o finalmente le venzo y le rindo...



...¿no será bien tener a quien enviarle presentado, y que entre y se hincue de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida:...



... Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la insula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha;...

... el cual me mando que me presentase ante la vuestra merced para que vuestra grandera disponga de mi a su talante?



Adaptación al cómic, publicada de forma seriada en los números 60 al 65 de la revista juvenil *Trinca*, Madrid, Editorial Doncel, 1973. Guión: Nydia Lozano. Dibujos: Leopoldo Sánchez (original en color). Probablemente la mejor y más fiel adaptación al cómic del *Quijote*, aunque sólo llega hasta el retiro en Sierra Morena (capítulo XXIII del *Quijote*, probablemente a causa de la desaparición de la revista. Más tarde fue también editado en álbum independiente (Colección *Trinca*, nº 22, Doncel, 1973).



## Capítulo II

*Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote*

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que emendar y abusos que mejorar y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio<sup>1</sup>, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo. Mas apenas se vio en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fue que le vino a la memoria que no era armado caballero y que, conforme a ley de caballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero<sup>2</sup>, y puesto que lo fuera, había de llevar armas blancas<sup>3</sup>, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas, pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas<sup>4</sup>, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un arminio; y con esto se quietó<sup>5</sup> y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras<sup>6</sup>.

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo:

—¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera<sup>7</sup>: «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos<sup>8</sup>, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas<sup>9</sup> habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que, dejando la blanda cama del celoso marido<sup>10</sup>, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas<sup>11</sup>, subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel».

Y era la verdad que por él caminaba. Y añadió diciendo:

—Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce<sup>12</sup>, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tú,

---

<sup>1</sup> A partir de las numerosas referencias temporales como esta, algunos críticos han intentado elaborar una cronología de la obra, pero estos datos son demasiado contradictorios.

<sup>2</sup> Ya hemos comentado este descuido de DQ en el capítulo anterior.

<sup>3</sup> ‘lisas, sin empresa pintada’, que solo se ponía cuando el caballero se había hecho merecedor de ella por alguna proeza. La empresa pintada servía para que el caballero fuera conocido e incluso para darle nombre: DQ será primero «el de la Triste Figura», después «el de los Leones».

<sup>4</sup> En todo este fragmento Cervantes juega irónicamente con los múltiples significados de ‘armas blancas’ y ‘limpieza’, en sentido literal y como símbolo del caballero novel y de pureza. El arminio era también distintivo de la nobleza.

<sup>5</sup> ‘se tranquilizó’

<sup>6</sup> También en esto, vagar dejándose llevar por el azar, imita DQ numerosos pasajes de las novelas de caballería.

<sup>7</sup> Los libros de caballerías se atribuyen con frecuencia a un *sabio* (‘mago’) que acompaña al protagonista; DQ, que se ve a sí mismo como héroe de libro, le dicta al sabio su *historia* empleando el estilo elevado.

<sup>8</sup> *Apolo*, dios de las artes y maestro de las Musas, personifica al sol

<sup>9</sup> ‘armoniosas’; originariamente significaba ‘cortadas’, ‘sin punta’, como la lengua del ruiseñor, según Aristóteles.

<sup>10</sup> *celoso marido*: perfrasis por Titón, marido de la Aurora; las *puertas* y los *balcones* aparecen a menudo en las descripciones del amanecer mitológico

<sup>11</sup> ‘colchón’, generalmente relleno de plumas.

<sup>12</sup> Dignas de ser grabadas en láminas de bronce, por la importancia que la fantasía de DQ les atribuye, aún antes de realizarlas.

sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista<sup>13</sup> desta peregrina historia!<sup>14</sup> Ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras.

Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado:

—¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece<sup>15</sup>.

Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje. Con esto, caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera<sup>16</sup>.

Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese<sup>17</sup>, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego<sup>18</sup> con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fue la del Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha<sup>19</sup> es que él anduvo todo aquel día, y, al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre, y que, mirando a todas partes por ver si descubriría algún castillo o alguna majada de pastores donde recogerse<sup>20</sup> y adonde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad, vio, no lejos del camino por donde iba, una venta<sup>21</sup>, que fue como si viera una estrella que, no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaba<sup>22</sup>. Diose priesa a caminar y llegó a ella a tiempo que anochecía.

Estaban acaso<sup>23</sup> a la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman del partido<sup>24</sup>, las cuales iban a Sevilla con unos arrieros que en la venta aquella noche acertaron a hacer jornada<sup>25</sup>; y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vio la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata<sup>26</sup>, sin faltarle su puente levadiza y honda cava<sup>27</sup>, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuese llegando a la venta que a él le parecía castillo, y a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vio que se tardaban y que Rocinante se daba priesa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta y vio a las dos distraídas mozas que allí estaban, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdón así se llaman)<sup>28</sup> tocó un

<sup>13</sup> 'cronista'; muchos de los libros de caballerías se intitulan *crónicas*, y se presentan como historias verídicas.

<sup>14</sup> *peregrina*: 'inusitada'; el adjetivo remite también al viaje iniciático, la 'peregrinación'.

<sup>15</sup> *cautivo*: 'desdichado'; *afincamiento*: 'porfía, obstinación'; *fermosura*: 'hermosura'; *plégaos*: 'complázcaos'; *membraros*: 'acordaros'; *sujeto*: 'vasallo, sometido'. Todo el pasaje está escrito en el arcaizante lenguaje caballeresco que C. pretende parodiar.

<sup>16</sup> El calor del sol es un elemento coadyuvante en la locura de DQ, a quien la sequedad del cerebro ha provocado la pérdida de juicio.

<sup>17</sup> 'cosa digna de mención'.

<sup>18</sup> *Luego*: 'enseguida, inmediatamente'

<sup>19</sup> Los *anales* o memorias anuales de la Mancha; la diversidad de perspectivas aumenta la ilusión de verdad histórica y deja traslucir la ironía de Cervantes.

<sup>20</sup> *majada*: 'lugar protegido donde se recoge de noche el ganado'; suele contar con una cabaña que sirva de refugio a los pastores.

<sup>21</sup> 'posada en el campo, cerca del camino'.

<sup>22</sup> Referencia a la estrella de los Reyes Magos.

<sup>23</sup> 'por casualidad'

<sup>24</sup> 'prostitutas'

<sup>25</sup> 'descansar entre dos días de viaje, pasar la noche'.

<sup>26</sup> *chapiteles*: 'tejadillos en forma de cono o pirámide que rematan las torres'.

<sup>27</sup> *Cava*: 'foso'; en tiempos de C. *puente* era voz femenina.

<sup>28</sup> Popularmente, es costumbre y cortesía pedir perdón al oyente al pronunciar alguna palabra tabú; C. evita irónicamente esta costumbre (*sin perdón*) y se burla del recato popular al escoger el malsonante *puercos* frente a otras opciones para nombrar los mismos animales.

cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó a don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida; y, así, con estraño<sup>29</sup> contento llegó a la venta y a las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban a entrar en la venta; pero don Quijote, coligiendo por su huida su miedo<sup>30</sup>, alzándose la visera de papelón<sup>31</sup> y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo:

—Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno, ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran<sup>32</sup>.

Mirábanle las mozas y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubría; mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa y fue de manera que don Quijote vino a correrse<sup>33</sup> y a decirles:

—Bien parece la mesura en las hermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante, que el mío non es de ál que de serviros.

El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero<sup>34</sup> acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y pasara muy adelante si a aquel punto no saliera el ventero, hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico<sup>35</sup>, el cual, viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales como eran la brida, lanza, adarga y coselete<sup>36</sup>, no estuvo en nada en acompañar<sup>37</sup> a las doncellas en las muestras de su contento. Mas, en efeto, temiendo la máquina de tantos pertrechos<sup>38</sup>, determinó de hablarle comedidamente y, así, le dijo:

—Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho<sup>39</sup>, porque en esta venta no hay ninguno, todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.

Viendo don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza, que tal le pareció a él el ventero y la venta, respondió:

—Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque «mis arreos son las armas, mi descanso el pelear»<sup>40</sup>, etc.

Pensó el huésped<sup>41</sup> que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz<sup>42</sup>, y de los de la playa de Sanlúcar<sup>43</sup>, no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiantado<sup>44</sup> paje y, así, le respondió:

---

<sup>29</sup> ‘extraordinario’

<sup>30</sup> *coligiendo*: ‘deduciendo’.

<sup>31</sup> Recuerda que DQ había fabricado de cartón algunas partes del casco que añadió a su *morrión* para que pareciese *celada*

<sup>32</sup> DQ imita la *fabla* caballeresca, utilizando vocabulario y estilo arcaicos, como en el parlamento siguiente. Muestras de este arcaísmo son las ‘f’ iniciales, la ‘n’ final de ‘non’, los pronombres enclíticos en *-des* (‘mostredes’); así como palabras ya anticuadas en época de Cervantes: ‘ca’ (porque), ‘ál’ (otro), ‘acuitarse’ (apenarse), etc.

<sup>33</sup> ‘enfadarse, enfurecerse’

<sup>34</sup> *mal talle*: ‘fea traza, aspecto ridículo’.

<sup>35</sup> Como ya señalamos en el capítulo anterior, la teoría de los humores de la época se asociaba la obesidad a la flema y al carácter pacífico, en oposición al carácter colérico del enjuto DQ.

<sup>36</sup> Consulta las ilustraciones del capítulo anterior

<sup>37</sup> *no estuvo en nada*: ‘le faltó muy poco’.

<sup>38</sup> ‘la combinación de aquel cúmulo de armas’.

<sup>39</sup> ‘excepto el lecho’.

<sup>40</sup> Primeros dos versos de un romance viejo, entonces muy conocido y glosado; la respuesta del ventero parafrasea los dos versos siguientes: «mi cama las duras peñas, / mi dormir siempre velar».

<sup>41</sup> Significa tanto ‘hospedado’ como ‘hospedador’; aquí se emplea en la segunda de estas dos acepciones, mientras unas líneas más abajo C. lo utiliza en el sentido de ‘hospedado’

<sup>42</sup> C. juega con la expresión *sano de Castilla*, que significaba tanto ‘hombre honrado, sin malicia’ (por oposición a los andaluces, que tenían la fama contraria) como ‘ladrón disimulado’ en el lenguaje de germanía.

<sup>43</sup> En tiempos de C., punto de reunión de pícaros, indeseables y fugitivos de la justicia.

<sup>44</sup> *estudiantado*: ‘experimentado e impuesto en las malicias’.

—Según eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir, siempre velar; y siendo así bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.

Y diciendo esto fue a tener el estribo a don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel día no se había desayunado.

Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote decía, ni aun la mitad; y, acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas, que ya se habían reconciliado con él; las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitalle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera y, así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y estraña figura que se pudiera pensar; y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban<sup>45</sup> eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

—«Nunca fuera caballero  
de damas tan bien servido  
como fuera don Quijote  
cuando de su aldea vino:  
doncellas curaban dél;  
princesas, del su rocino»<sup>46</sup>,

o Rocinante, que este es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío; que, puesto que<sup>47</sup> no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepáis mi nombre antes de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de servirlos.

Las mozas, que no estaban hechas a oír semejantes retóricas, no respondían palabra; solo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

—Cualquiera yantaría yo<sup>48</sup> —respondió don Quijote—, porque, a lo que entiendo, me haría mucho al caso<sup>49</sup>.

A dicha<sup>50</sup>, acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman *abadejo*, y en Andalucía *bacallao*, y en otras partes *curadillo*, y en otras *truchuela*. Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela, que no había otro pescado que dalle a comer.

—Como haya muchas truchuelas<sup>51</sup> —respondió don Quijote—, podrán servir de una trucha, porque eso se me da<sup>52</sup> que me den ocho reales en sencillos<sup>53</sup> que en una pieza de a ocho. Cuanto más, que podría ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón<sup>54</sup>. Pero, sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.

<sup>45</sup> *traídas*: ‘usadas’; en germanía, ‘prostitutas’. Se desarrolla, con mayor intensidad, el apelativo *destraídas* que se les había dado arriba.

<sup>46</sup> Versos iniciales del romance de Lanzarote, recitados con algunas variantes para adecuarlos a la ocasión: *don Quijote=Lanzarote; su aldea=Bretaña; princesas=dueñas*.

<sup>47</sup> *Puesto que*: ‘aunque’

<sup>48</sup> *Yantar* (comer), como otras muchas palabras de DQ son ya arcaicas en su época.

<sup>49</sup> ‘me vendría muy bien’

<sup>50</sup> ‘Casualmente, por ventura’.

<sup>51</sup> *truchuela* es interpretado equivocadamente por DQ como diminutivo de *trucha*; *abadejo* y *trucha* son también designaciones de prostitutas: vieja y barata la primera, de calidad y joven la segunda.

<sup>52</sup> ‘me da igual, me es indiferente’.

<sup>53</sup> *en sencillos*: ‘en monedas de un real de valor’

<sup>54</sup> El término tenía ya un sentido injurioso; C. está jugando con el valor semántico de las palabras (*ternera-vaca, cabrito-cabrón*), lo que confiere a la escena un mayor efecto cómico.



Pusiéronle la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y trújole el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacallao y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera<sup>55</sup>, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía, y, ansí, una de aquellas señoras servía deste menester. Mas al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horudara una caña, y, puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso a la venta un castrador de puercos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas<sup>56</sup> cuatro o cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote que estaba en algún famoso castillo y que le servían con música y que el abadejo eran truchas, el pan candeal<sup>57</sup> y las rameras damas y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fatigaba<sup>58</sup> era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.



*...el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel... (grabado de Gustavo Doré)*

<sup>55</sup> DQ sostenía levantada la visera, pues no podía quitarse la celada, montada sobre un morrión con cartones que, al tirar de las cintas, podía romperse; por tanto tenía las dos manos ocupadas y le era imposible llevarse la comida a la boca con ellas.

<sup>56</sup> 'silbato compuesto de varias cañas de diferente tamaño', también llamado *capapuercas*.

<sup>57</sup> 'pan blanco hecho con harina del trigo de la mejor calidad'.

<sup>58</sup> 'angustiaba'.

# Don Quijote



GUION: NYDIA LOZANO Y L. SANCHEZ



Revista juvenil *Trinca*, nº 61, Madrid, Editorial Doncel, 1973. Guión: Nydia Lozano. Dibujos: Leopoldo Sánchez (original en color)

### Capítulo III

*Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero*<sup>1</sup>

Y, así, fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena; la cual acabada, llamó al ventero y, encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole:

—No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.

El ventero, que vio a su huésped a sus pies y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamás<sup>2</sup> quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía.

—No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío —respondió don Quijote—, y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado es que mañana en aquel día<sup>3</sup> me habéis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas<sup>4</sup>, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder como se debe ir por todas las cuatro partes del mundo<sup>5</sup> buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado.

El ventero, que, como está dicho, era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oírle semejantes razones y, por tener que reír aquella noche, determinó de seguirle el humor; y, así, le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía y que tal prosupuesto<sup>6</sup> era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba; y que él ansimesmo, en los años de su mocedad, se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo, buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo y otras diversas partes<sup>7</sup>, donde había ejercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas<sup>8</sup>, deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que, a lo último, se había venido a recoger a aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él a todos los caballeros andantes, de cualquiera calidad y condición que fuesen, solo por la mucha afición que les tenía y porque partiesen con él de sus haberes<sup>9</sup>, en pago de su buen deseo.

Díjole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo, pero que en caso de necesidad él sabía que se podían velar dondequiera y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo, que a la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero, que no pudiese ser más en el mundo.

Preguntóle si traía dineros; respondió don Quijote que no traía blanca<sup>10</sup>, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el ventero que se engañaba, que, puesto caso que en las historias no se escribía, por haberles parecido a los autores

<sup>1</sup> ‘ser armado caballero’. Todo el capítulo es una parodia del rito de investidura, que tuvo gran importancia en la época medieval y está muy presente en los libros de caballerías.

<sup>2</sup> *Jamás*: ‘de ninguna manera’

<sup>3</sup> *mañana en aquel día*: ‘mañana sin falta, mañana mismo’.

<sup>4</sup> El aspirante a caballero, la noche anterior a ser armado, debía permanecer orando junto a sus armas colocadas sobre el altar.

<sup>5</sup> Las cuatro direcciones o puntos cardinales, es decir, el mundo en su totalidad.

<sup>6</sup> ‘propósito’

<sup>7</sup> Son los barrios de la mala vida en la España de finales del siglo XVI; algunos vuelven a aparecer en otras obras de C. *Islas*: ‘manzanas de casas’; las *de Riarán* estaban en la Aduana de Málaga.

<sup>8</sup> ‘requiriendo de amores’, en los libros de caballerías; pero también ‘solicitando’, tanto el dinero como otros favores.

<sup>9</sup> ‘compartiesen con él su dinero’; los venteros tenían fama de ladrones.

<sup>10</sup> ‘moneda de cobre de poco valor’, ‘medio maravedí’.

dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trujeron, y, así, tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes, de que tantos libros están llenos y atestados, llevaban bien herradas las bolsas<sup>11</sup>, por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de unguentos para curar las heridas que recibían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría, trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella o enano con alguna redoma de agua de tal virtud<sup>12</sup>, que en gustando alguna gota della luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido; mas que, en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas<sup>13</sup> y unguentos para curarse; y cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos —que eran pocas y raras veces—, ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían<sup>14</sup>, a las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia, porque, no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fue muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo, pues aun se lo podía mandar como a su ahijado<sup>15</sup>, que tan presto lo había de ser, que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas, cuando menos se pensase.

Prometióle don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba, con toda puntualidad; y, así, se dio luego orden como velase las armas en un corral grande que a un lado de la venta estaba, y recogiénolas don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto a un pozo estaba y, embrazando su adarga, asió de su lanza y con gentil continente<sup>16</sup>, se comenzó a pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo comenzaba a cerrar la noche.

Contó el ventero a todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazón<sup>17</sup> de caballería que esperaba. Admiráronse de tan estraño género de locura y fuéronselo a mirar desde lejos, y vieron que con sosegado ademán unas veces se paseaba; otras, arrimado a su lanza, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio dellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba<sup>18</sup>, de manera que cuanto el novel caballero hacía era bien visto de todos. Antojósele en esto a uno de los arrieros que estaban en la venta ir a dar agua a su recua, y fue menester quitar las armas de don Quijote, que estaban sobre la pila; el cual, viéndole llegar, en voz alta le dijo:

—¡Oh tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada<sup>19</sup>! Mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento.

No se curó<sup>20</sup> el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud), antes, trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por don Quijote, alzó los ojos al cielo y, puesto el pensamiento —a lo que pareció— en su señora Dulcinea, dijo:

—Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo<sup>21</sup>.

---

<sup>11</sup> Bolsas bien llenas de monedas.

<sup>12</sup> *redoma*: ‘botella ventrada de boca angosta’; *agua de virtud*: comúnmente se llamaba así una infusión de plantas medicinales con supuesta eficacia curativa o mágica.

<sup>13</sup> *hilas*: ‘trozo de tela hervido y deshilachado con que se cubrían las heridas’, a modo de gasas.

<sup>14</sup> *alforja*: ‘talega con dos bolsas que se puede colocar sobre las ancas de la cabalgadura o llevar sobre los hombros’; *casi no se parecían*: ‘eran casi invisibles’.

<sup>15</sup> *Ahijado*: el caballero novel con respecto al que lo armaba; ambos contraían obligaciones recíprocas.

<sup>16</sup> ‘elegante apostura’

<sup>17</sup> *armazón*: ‘el acto de armar caballero’.

<sup>18</sup> Se refiere al sol.

<sup>19</sup> Es fórmula de la tradición épica que, con variantes aparece ya en el *Cantar de Mio Cid*.

<sup>20</sup> *no se curó*: ‘no se preocupó’. Juega Cervantes con los dos significados de *curar*: ‘preocuparse’ y ‘recuperar la salud’

<sup>21</sup> *Acorredme*: ‘Amparadme’; *afrenta*: ‘combate tras una ofensa’; *desfallezca*: ‘falte’; *trance*: momento peligroso. El párrafo, lleno de arcaísmos, evoca el léxico y los conceptos del amor caballeresco.

Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza a dos manos y dio con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan maltrecho, que, si secundara con otro<sup>22</sup>, no tuviera necesidad de maestro<sup>23</sup> que le curara. Hecho esto, recogió sus armas y tornó a pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí a poco, sin saberse lo que había pasado — porque aún estaba aturdido el arriero—, llegó otro con la misma intención de dar agua a sus mulos y, llegando a quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar don Quijote palabra y sin pedir favor a nadie soltó otra vez la adarga y alzó otra vez la lanza y, sin hacerla pedazos<sup>24</sup>, hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto don Quijote, embrazó su adarga y, puesta mano a su espada, dijo:

—¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío! Ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza a este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo.

Con esto cobró, a su parecer, tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos a llover piedras sobre don Quijote, el cual lo mejor que podía se reparaba con su adarga<sup>25</sup> y no se osaba apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejaran, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se libraría, aunque los matase a todos. También don Quijote les daba, mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follón<sup>26</sup> y mal nacido caballero, pues de tal manera consentía que se trataran los andantes caballeros; y que si él hubiera recibido la orden de caballería, que él le diera a entender su alevosía<sup>27</sup>:

—Pero de vosotros, soez y baja canalla<sup>28</sup>, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid y ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía<sup>29</sup>.

Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían; y así por esto como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar a los heridos y tornó a la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego<sup>30</sup>, antes que otra desgracia sucediese. Y, así, llegándose a él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna, pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole como ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria, que todo el toque<sup>31</sup> de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo<sup>32</sup>, según él tenía noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podía hacer, y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro. Todo se lo creyó don Quijote, que él estaba allí pronto para obedecerle y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese, porque, si fuese otra vez acometido y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto<sup>33</sup> aquellas que él le mandase, a quien por su respeto dejaría.

Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba<sup>34</sup> la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas,

---

<sup>22</sup> Si le diera un segundo golpe.

<sup>23</sup> *maestro*: ‘cirujano’

<sup>24</sup> C. destaca irónicamente el carácter de pelea y no de combate caballeresco del episodio, porque la lucha entre caballeros se decía a veces «romper o quebrar lanzas»

<sup>25</sup> *se reparaba*: ‘se protegía, buscaba el reparo, el abrigo’.

<sup>26</sup> *follón*: ‘felón, cobarde, bueno para nada’

<sup>27</sup> *alevosía*: acto de atacar a quien está en clara inferioridad o no puede defenderse. Actualmente, es una agravante de los delitos.

<sup>28</sup> *canalla* conserva el sentido originario de ‘jauría de perros’ y, por consiguiente, ‘conjunto de gente despreciable, chusma’

<sup>29</sup> *Demasía*: abuso

<sup>30</sup> enseguida.

<sup>31</sup> *toque*: ‘el punto esencial en que estriba una cosa’.

<sup>32</sup> *pescozada* era el golpe que se daba con la mano abierta o con la espada de plano sobre la nuca del que iba a ser armado caballero; el *espaldarazo* se daba con la espada sobre cada uno de los hombros del novicio. El hecho de que solo con eso bastara para ser armado caballero en caso de urgencia está documentado históricamente.

<sup>33</sup> ‘excepto’.

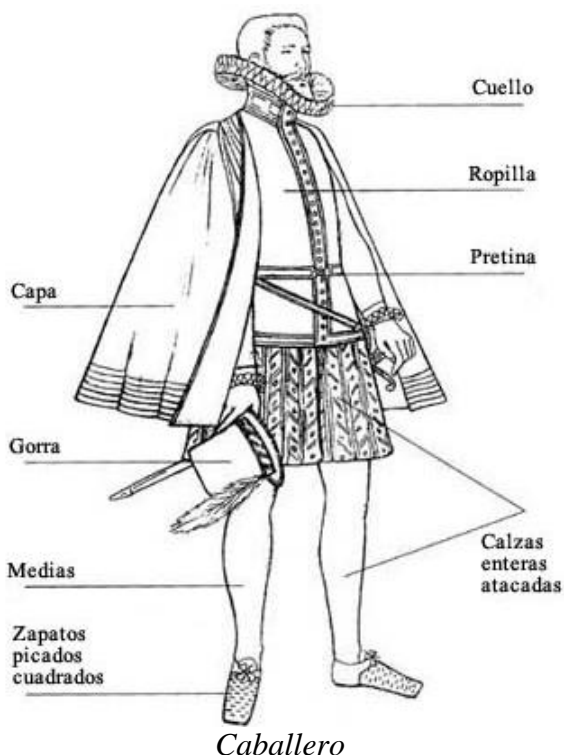
<sup>34</sup> *asentaba*: ‘anotaba (el gasto de paja y cebada)’.

se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas; y, leyendo en su manual, como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda<sup>35</sup> alzó la mano y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su misma espada, un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada<sup>36</sup>, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, porque no fue menester poca para no reventar de risa a cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenía la risa a raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora:

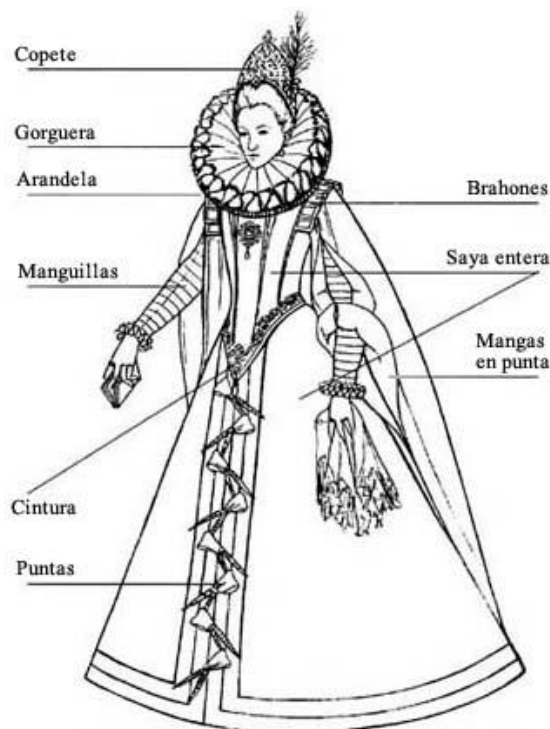
—Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides<sup>37</sup>.

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante a quién quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo, que vivía a las tendillas de Sancho Bienaya<sup>38</sup>, y que dondequiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que, por su amor, le hiciese merced que de allí adelante se pusiese *don* y se llamase «doña Tolosa». Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada<sup>39</sup>. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera y que era hija de un honrado molinero de Antequera<sup>40</sup>; a la cual también rogó don Quijote que se pusiese *don* y se llamase «doña Molinera», ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, de galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vio la hora don Quijote de verse a caballo y salir buscando las aventuras, y, ensillando luego a Rocinante, subió en él y, abrazando a su huésped, le dijo cosas tan estrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió a las suyas y, sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir a la buen hora.



*Caballero*



*Dama*

<sup>35</sup> 'lectura'

<sup>36</sup> La *espada* y las espuelas eran los símbolos del caballero. Con frecuencia, en la literatura caballeresca una de las damas que había sido testigo de la ceremonia de armar le colocaba al novicio la espada en la cintura

<sup>37</sup> Fórmula típica de las ceremonias de investidura del caballero. La ramera demuestra ser buena conocedora de las costumbres descritas en los libros de caballerías.

<sup>38</sup> En las tiendas cercanas a esa plaza de Toledo

<sup>39</sup> Como sucedía con la *espada*, también una dama testigo calzaba las espuelas al caballero

<sup>40</sup> *honrado molinero* era, en la tradición, una contradicción: los molineros tenían fama de ladrones, y las molineras de ser ligeras de cascos.

### Capítulo III

*De lo que le sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta*

La del alba sería cuando don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo<sup>1</sup>. Mas viniéndole a la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias que había de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volver a su casa y acomodarse de todo, y de un escudero, haciendo cuenta de recibir a un labrador vecino suyo<sup>2</sup> que era pobre y con hijos, pero muy a propósito para el oficio escuderil de la caballería<sup>3</sup>. Con este pensamiento guió a Rocinante hacia su aldea, el cual, casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó a caminar, que parecía que no ponía los pies en el suelo.

No había andado mucho cuando le pareció que a su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salían unas voces delicadas, como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oído, cuando dijo:

—Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante donde yo pueda cumplir con lo que debo a mi profesión y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos. Estas voces, sin duda, son de algún menesteroso o menesterosa que ha menester mi favor y ayuda.

Y, volviendo las riendas, encaminó a Rocinante hacia donde le pareció que las voces salían, y, a pocos pasos que entró por el bosque, vio atada una yegua a una encina, y atado en otra a un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina<sup>4</sup> muchos azotes un labrador de buen talle<sup>5</sup>, y cada azote le acompañaba con una reprehensión y consejo. Porque decía:

—La lengua queda y los ojos listos<sup>6</sup>.

Y el muchacho respondía:

—No lo haré otra vez, señor mío; por la pasión de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante más cuidado con el ható<sup>7</sup>.

Y viendo don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo:

—Descortés caballero, mal parece tomaros<sup>8</sup> con quien defender no se puede; subid sobre vuestro caballo y tomad vuestra lanza<sup>9</sup> —que también tenía una lanza arrimada a la encina adonde estaba arrendada<sup>10</sup> la yegua—, que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo.

El labrador, que vio sobre sí aquella figura llena de armas blandiendo la lanza sobre su rostro<sup>11</sup>, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió:

—Señor caballero, este muchacho que estoy castigando es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado, que cada día me falta una; y porque castigo su descuido, o bellaquería, dice que lo hago de miserable<sup>12</sup>, por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente<sup>13</sup>.

<sup>1</sup> El gozo de DQ es tal que, hiperbólicamente, se transmite al caballo, haciéndole estallar las *cinchas*, ‘correas con que se sujeta la silla’.

<sup>2</sup> *recebir*: ‘contratar’; es la primera alusión a la figura de Sancho Panza

<sup>3</sup> Nueva ironía: Sancho no cumple ninguna de las condiciones para ser escudero de un caballero andante: no es hidalgo, es pobre, ignorante, bruto y excesivamente viejo

<sup>4</sup> ‘cinturón de cuero’.

<sup>5</sup> ‘de buen aspecto, bien parecido’.

<sup>6</sup> ‘Hablar menos y vigilar mejor’

<sup>7</sup> ‘rebaño’

<sup>8</sup> Pelearos, ensañaros.

<sup>9</sup> Se solía salir armado al campo o al camino, sobre todo con lanza; DQ, al ver la lanza y la yegua —que llama *caballo*—, impaciente por celebrar su primer combate, toma a Juan Haldudo por un caballero andante.

<sup>10</sup> ‘atada con las riendas’

<sup>11</sup> ‘agitando la punta de la lanza delante de su rostro’.

<sup>12</sup> ‘por tacaño’.

<sup>13</sup> Forma de juramento usada sobre todo por las mujeres, frente a «en Dios y en mi conciencia» que utilizaban los hombres.



—¿«Miente» delante de mí, ruin villano<sup>14</sup>? —dijo don Quijote—. Por el sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte a parte con esta lanza. Pagadle luego sin más réplica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto. Desatadlo luego.

El labrador bajó la cabeza y, sin responder palabra, desató a su criado, al cual preguntó don Quijote que cuánto le debía su amo. Él dijo que nueve meses, a siete reales cada mes. Hizo la cuenta don Quijote y halló que montaban setenta y tres<sup>15</sup> reales, y díjole al labrador que al momento los desembolsase, si no quería morir por ello. Respondió el medroso villano que para el paso en que estaba y juramento que había hecho<sup>16</sup> —y aún no había jurado nada—, que no eran tantos, porque se le habían de descontar y recibir en cuenta<sup>17</sup> tres pares de zapatos que le había dado, y un real de dos sangrías que le habían hecho estando enfermo<sup>18</sup>.

—Bien está todo eso —replicó don Quijote—, pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habéis dado, que, si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habéis rotpido el de su cuerpo, y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habéis sacado; así que por esta parte no os debe nada.

—El daño está<sup>19</sup>, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andrés conmigo a mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro.

—¿Irme yo con él? —dijo el muchacho—. Mas ¡mal año<sup>20</sup>! No, señor, ni por pienso, porque en viéndose solo me desuelle como a un San Bartolomé<sup>21</sup>.

—No hará tal —replicó don Quijote—: basta que yo se lo mande para que me tenga respeto; y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recibido<sup>22</sup>, le dejaré ir libre y aseguraré la paga.

—Mire vuestra merced, señor, lo que dice —dijo el muchacho—, que este mi amo no es caballero, ni ha recibido orden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico<sup>23</sup>, el vecino del Quintanar<sup>24</sup>.

—Importa poco eso —respondió don Quijote—, que Haldudos puede haber caballeros; cuanto más, que cada uno es hijo de sus obras<sup>25</sup> [37].

—Así es verdad —dijo Andrés—, pero este mi amo ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo?

—No niego, hermano Andrés —respondió el labrador—, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo de pagaros, como tengo dicho, un real sobre otro, y aun sahumados<sup>26</sup>.

<sup>14</sup> El *mentís* ('desmentir a uno') era una grave afrenta para el que lo recibía, y una descortesía para el testigo, sobre todo si este había tomado el partido del ofendido.

<sup>15</sup> Probablemente no es errata, sino lapsus de C. por *sesenta y tres*. De todos modos, mucho se ha escrito sobre el valor y la posible intención de estos aparentes errores de C., relativamente frecuentes a lo largo de toda la obra.

<sup>16</sup> *para*: 'por', en fórmulas de juramento; *paso* es el trance de muerte en que cree hallarse.

<sup>17</sup> 'asentar en la partida de gastos'; normalmente los gastos médicos y la vestimenta de trabajo eran obligación del amo.

<sup>18</sup> La *sangría* era un procedimiento curativo que consistía en hacer una incisión en la vena para sacar el exceso de sangre (es decir, el *humor*) considerado como la causa de la enfermedad; junto con la purga, era uno de los métodos más utilizados en la medicina oficial de la época.

<sup>19</sup> 'Lo malo es'.

<sup>20</sup> 'de ninguna manera'; frase imprecatoria truncada que equivale a «mal año para mí» o «mal año me dé Dios».

<sup>21</sup> El apóstol San Bartolomé murió desollado y se le representaba con la musculatura al aire y la piel al brazo; su fiesta, el 24 de agosto, al fin de la cosecha, hizo de él un santo muy popular.

<sup>22</sup> Juramento muy corriente entre caballeros. Pero es obvio que DQ, con su visión enloquecida que todo lo deforma y confunde, atribuye la condición de caballero a quien evidentemente no lo es.

<sup>23</sup> La figura del labrador rico es frecuente en la literatura del XVII, muchas veces en contraste con el hidalgo empobrecido, como marca de un cambio de clases pudientes; *haldudo*, como adjetivo referido a personas, vale por 'taimado, hipócrita'.

<sup>24</sup> Quintanar de la Orden, pueblo cercano al Toboso.

<sup>25</sup> Es la primera vez que DQ da muestras de ser también capaz de juicios razonables y elevados. A medida que avance la obra, junto a sus desmesuradas locuras, DQ será en numerosas ocasiones capaz de provocar la admiración de sus oyentes, demostrando no sólo acertados razonamientos y un elevado sentido moral, sino también una notable inteligencia e incluso una brillante retórica. En bastantes parlamentos, el propio Cervantes parece expresar sus propias ideas por boca de su personaje, como quizás ocurra en esta ocasión. Esta frase no es solo un refrán conocido, sino una muestra de los ideales erasmistas en los que se educó el autor. Por desgracia, como le sucederá a menudo a DQ, en esta ocasión aplica sus acertadas razones en el momento y con la persona equivocados.

<sup>26</sup> 'perfumados', metafóricamente 'mejorados'.



—Del sahumero os hago gracia —dijo don Quijote—: dádselos en reales, que con eso me contento; y mirad que lo cumpláis como lo habéis jurado: si no, por el mismo juramento os juro de volver a buscaros y a castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondáis más que una lagartija. Y si queréis saber quién os manda esto, para quedar con más veras obligado a cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones, y a Dios quedad, y no se os parta<sup>27</sup> de las mientes lo prometido y jurado, so pena de la pena pronunciada.

Y, en diciendo esto, picó a su Rocinante y en breve espacio<sup>28</sup> se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos y, cuando vio que había traspuesto del bosque y que ya no parecía<sup>29</sup>, volvióse a su criado Andrés y díjole:

—Venid acá, hijo mío, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel desfacedor de agravios me dejó mandado.

—Eso juro yo —dijo Andrés—, y ¡cómo que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que, según es de valeroso y de buen juez, vive Roque<sup>30</sup> que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo!

—También lo juro yo —dijo el labrador—, pero, por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, por acrecentar la paga.

Y, asiéndole del brazo, le tornó a atar a la encina, donde le dio tantos azotes, que le dejó por muerto.

—Llamad, señor Andrés, ahora —decía el labrador— al desfacedor de agravios: veréis cómo no desfaze aqueste; aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades.

Pero al fin le desató y le dio licencia que fuese a buscar su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia. Andrés se partió algo mohíno, jurando de ir a buscar al valeroso don Quijote de la Mancha y contalle punto por punto lo que había pasado, y que se lo había de pagar con las setenas<sup>31</sup>. Pero, con todo esto, él se partió llorando y su amo se quedó riendo<sup>32</sup>.

Y desta manera deshizo el agravio el valeroso don Quijote; el cual, contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que había dado felicísimo y alto principio a sus caballerías, con gran satisfacción de sí mismo iba caminando hacia su aldea, diciendo a media voz:

—Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven en la tierra, ¡oh sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso!, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido a toda tu voluntad e talante a un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será don Quijote de la Mancha; el cual, como todo el mundo sabe, ayer rescibió la orden de caballería y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazón y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano a aquel despiadado enemigo que tan sin ocasión vapulaba a aquel delicado infante.

En esto, llegó a un camino que en cuatro se dividía<sup>33</sup>, y luego se le vino a la imaginación las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponían a pensar cuál camino de aquellos tomarían; y, por imitarlos, estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado soltó la rienda a Rocinante, dejando a la voluntad del rocín la suya, el cual siguió su primer intento, que fue el irse camino de su caballeriza. Y, habiendo andado como dos millas<sup>34</sup>, descubrió don Quijote un grande tropel de gente, que, como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia<sup>35</sup>. Eran

---

<sup>27</sup> *se os parta de las mientes*: ‘no se os vaya de la cabeza’.

<sup>28</sup> ‘en muy poco tiempo’.

<sup>29</sup> ‘no se le veía’

<sup>30</sup> Fórmula popular de juramento

<sup>31</sup> antiguamente las *setenas* eran una multa que obligaba a pagar siete veces el valor del daño causado.

<sup>32</sup> Andrés vuelve a aparecer en I, 31, 364, donde se cuentan las consecuencias de esta aventura.

<sup>33</sup> Situación frecuente en los libros de caballerías; la encrucijada, en el folclore universal, es el punto en que el héroe se enfrenta con su destino

<sup>34</sup> Algo menos de cuatro kilómetros; la milla, medida que en la época variaba en determinadas zonas, era algo más de 1600m.

<sup>35</sup> Murcia era la productora principal de telas de seda, cuyo uso en España se consideraba excesivo.

seis, y venían con sus quitasoles<sup>36</sup>, con otros cuatro criados a caballo y tres mozos de mulas a pie. Apenas los divisó don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura; y, por imitar en todo cuanto a él le parecía posible los pasos que había leído en sus libros<sup>37</sup>, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer. Y, así, con gentil continente y denuedo, se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho y, puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen, que ya él por tales los tenía y juzgaba; y, cuando llegaron a trecho que se pudieron ver y oír, levantó don Quijote la voz y con ademán arrogante dijo:

—Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.

Paráronse los mercaderes al son destas razones, y a ver la estraña figura del que las decía; y por la figura y por las razones luego echaron de ver la locura de su dueño, mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesión que se les pedía, y uno dellos, que era un poco burlón y muy mucho discreto<sup>38</sup>, le dijo:

—Señor caballero, nosotros no conocemos quién sea esa buena señora que decís; mostrádnosla, que, si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.

—Si os la mostrara —replicó don Quijote—, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no<sup>39</sup>, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia<sup>40</sup>. Que ahora vengáis uno a uno, como pide la orden de caballería, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razón que de mi parte tengo.

—Señor caballero —replicó el mercader—, suplico a vuestra merced en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos que, porque no encarguemos nuestras conciencias<sup>41</sup> confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oída, y más siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Estremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo; que por el hilo se sacará el ovillo<sup>42</sup> y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado<sup>43</sup>; y aun creo que estamos ya tan de su parte, que, aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo y que del otro le mana bermellón y piedra azufre<sup>44</sup>, con todo eso, por complacer a vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere.

—No le mana, canalla infame —respondió don Quijote encendido en cólera—, no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones<sup>45</sup>; y no es tuerta ni corcovada, sino más derecha que un huso de Guadarrama<sup>46</sup>. Pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora.

Y, en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo había dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fue rodando su amo una buena pieza por el campo<sup>47</sup>; y, queriéndose levantar, jamás pudo<sup>48</sup>: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y, entre tanto que pugnaba por levantarse y no podía, estaba diciendo:

<sup>36</sup> ‘sombrillas que se sujetaban a la silla de montar’.

<sup>37</sup> **paso**: ‘juego caballeresco en el que se defendía el paso por un lugar determinado’.

<sup>38</sup> ‘juicioso, sagaz e ingenioso’

<sup>39</sup> ‘en caso contrario’.

<sup>40</sup> Estos apelativos se aplican a la raza de los gigantes y, por metáfora, a los desalmados y descreídos

<sup>41</sup> ‘no tengamos cargo de conciencia’

<sup>42</sup> ‘por la muestra se deducirá el original’; es refrán

<sup>43</sup> ‘quedará satisfecho’; es fórmula de escribano en recibos.

<sup>44</sup> ‘supura minio y azufre’; los dos componentes son venenosos.

<sup>45</sup> Son sustancias aromáticas, de mucho precio, que se empleaban para la fabricación de ungüentos y pomadas; los pomos, de cristal fino, se guardaban entre algodones para que no se quebrasen.

<sup>46</sup> **huso**: ‘aparato donde se tuerce la hebra cuando se hila’; el huso era término de comparación proverbial para lo derecho. No ha sido convincentemente explicada la antonomasia de *Guadarrama*.

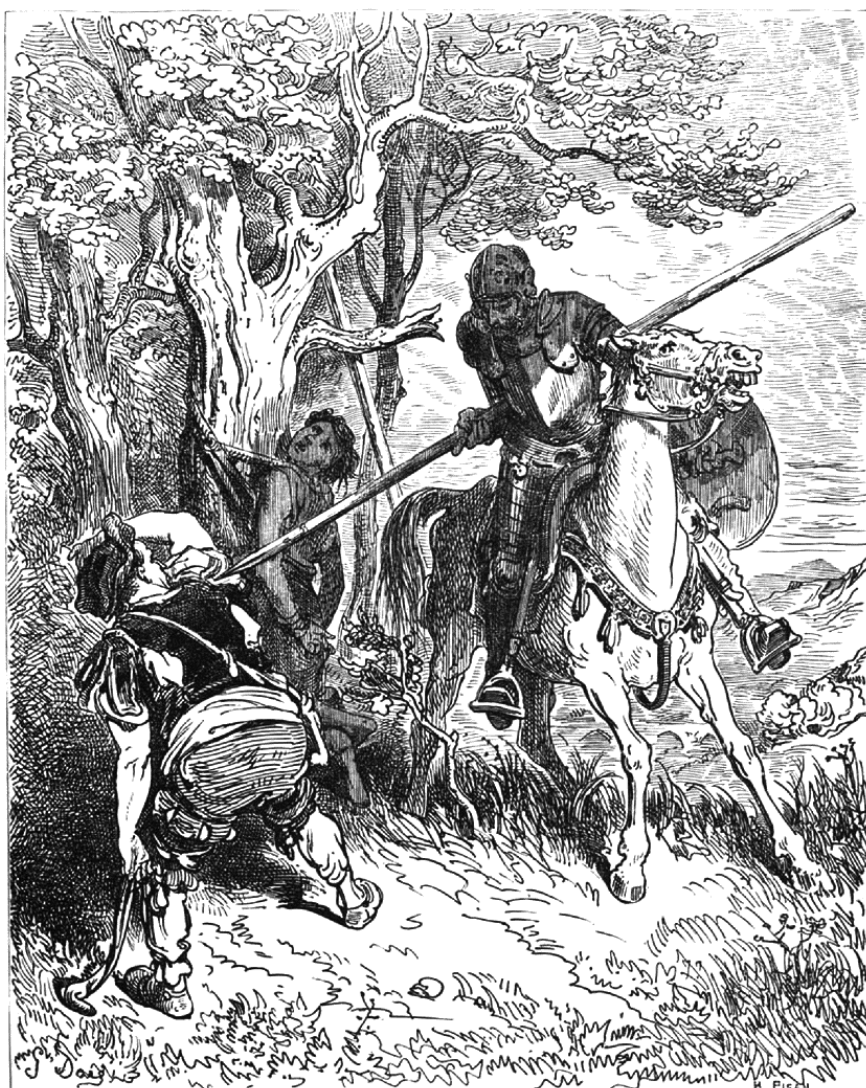
<sup>47</sup> **una buena pieza**: ‘un buen trecho’. Aquí *pieza* se refiere al espacio, y otras veces al tiempo

<sup>48</sup> ‘no pudo de ninguna manera, le fue imposible’

—Non fuyáis, gente cobarde; gente cautiva, atended<sup>49</sup> que no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido.

Un mozo de mulas de los que allí venían, que no debía de ser muy bienintencionado, oyendo decir al pobre caído tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y, llegándose a él, tomó la lanza y, después de haberla hecho pedazos<sup>50</sup>, con uno dellos comenzó a dar a nuestro don Quijote tantos palos, que, a despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera<sup>51</sup>. Dábanle voces sus amos que no le diese tanto y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera<sup>52</sup>; y, acudiendo por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caído, que, con toda aquella tempestad de palos que sobre él llovía, no cerraba la boca, amenazando al cielo y a la tierra, y a los malandrines<sup>53</sup>, que tal le parecían.

Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado. El cual, después que se vio solo, tornó a probar si podía levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haría molido y casi deshecho? Y aun se tenía por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuía a la falta de su caballo; y no era posible levantarse, según tenía brumado todo el cuerpo<sup>54</sup>



*El labrador, que vio sobre sí aquella figura llena de armas blandiendo la lanza sobre su rostro, tuvo por muerto*

(Grabado de G. Doré)

<sup>49</sup> *fuyáis*: ‘huyáis’ (se esperaría *fuyades*); *cautiva*: ‘mezquina, miserable’; *atended*: ‘esperad’; DQ vuelve a utilizar el lenguaje arcaico, o fabla.

<sup>50</sup> El que un mozo de mulas rompa la lanza de DQ es una cruel afrenta para un caballero.

<sup>51</sup> ‘le dejó hecho harina’ (I, 44, 516; II, 28, 863); *cibera*: ‘grano que se echa entre las muelas del molino para cebarlo’.

<sup>52</sup> En los juegos de naipes, *picado* equivale a ‘enganchado en la partida’; *envidar el resto*: ‘apostar todo lo que le queda a uno’, aquí metafóricamente, ‘vaciar toda su cólera’

<sup>53</sup> ‘salteadores, maleantes, bellacos’; es probable italianismo.

<sup>54</sup> *brumado*: ‘magullado’

## Capítulo V

*Donde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro caballero*

Viendo, pues, que, en efeto, no podía menearse, acordó de acogerse a su ordinario remedio, que era pensar en algún paso de sus libros<sup>1</sup>, y trújole su locura a la memoria aquel de Valdovinos y del marqués de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montaña<sup>2</sup>, historia sabida de los niños<sup>3</sup>, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creída de los viejos, y, con todo esto, no más verdadera que los milagros de Mahoma. Esta, pues, le pareció a él que le venía de molde para el paso en que se hallaba, y así, con muestras de grande sentimiento, se comenzó a volcar<sup>4</sup> por la tierra y a decir con debilitado aliento lo mesmo que dicen decía el herido caballero del bosque:

—¿Dónde estás, señora mía,  
que no te duele mi mal?  
O no lo sabes, señora,  
o eres falsa y desleal<sup>5</sup>.

Y desta manera fue prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

—¡Oh noble marqués de Mantua,  
mi tío y señor carnal<sup>6</sup>!

Y quiso la suerte que, cuando llegó a este verso, acertó a pasar por allí un labrador de su mismo lugar y vecino suyo, que venía de llevar una carga de trigo al molino; el cual, viendo aquel hombre allí tendido, se llegó a él y le preguntó que quién era y qué mal sentía, que tan tristemente se quejaba. Don Quijote creyó sin duda que aquel era el marqués de Mantua, su tío, y, así, no le respondió otra cosa sino fue proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del Emperante con su esposa<sup>7</sup>, todo de la misma manera que el romance lo canta.

El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos, de los palos, le limpió el rostro, que le tenía cubierto de polvo; y apenas le hubo limpiado, cuando le conoció y le dijo:

—Señor Quijana<sup>8</sup> —que así se debía de llamar cuando él tenía juicio y no había pasado de hidalgo sosegado a caballero andante—, ¿quién ha puesto a vuestra merced desta suerte?

Pero él seguía con su romance a cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar, para ver si tenía alguna herida, pero no vio sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecerle caballería más sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hacia su pueblo, bien pensativo de oír los disparates que don Quijote decía; y no menos iba don Quijote, que, de puro molido y quebrantado, no se podía tener sobre el borrico y de cuando en cuando daba unos suspiros, que los ponía en el cielo<sup>9</sup>, de modo que de nuevo obligó a que el labrador le preguntase<sup>10</sup> le dijese qué mal sentía; y no parece sino que el diablo le traía a la memoria los cuentos acomodados a sus sucesos, porque en aquel punto, olvidándose de

---

<sup>1</sup> ‘algún episodio de sus libros’ (la misma frase, con sentido diferente, se encuentra en I, 4, 67-68); pero como en los libros de caballerías no hay ninguna derrota tan infamante, le viene a la memoria el romance del Marqués de Mantua, como sucede en el anónimo *Entremés de los romances*, en el que Bartolo, el protagonista, apaleado con su propia lanza, recuerda ese mismo romance. Se haría, pues, entre el capítulo anterior y este, la parodia de una parodia.

<sup>2</sup> ‘espesura con árboles, bosque’; *Carloto* es el hijo de Carlomagno, y el herido es Valdovinos. Los romances de Valdovinos y del Marqués de Mantua derivan de una leyenda francesa

<sup>3</sup> El larguísimo romance se empleaba en las escuelas para aprender a leer.

<sup>4</sup> ‘comenzó a rodar, a revolcarse’.

<sup>5</sup> Los versos no proceden directamente del romance antiguo, sino de una adaptación que aparece en la *Flor de varios romances nuevos* de Pedro de Moncayo (1591); los versos tercero y cuarto no aparecen en el romance viejo original.

<sup>6</sup> El romance antiguo dice «mi señor tío carnal»; la versión quijotesca no solo es disparatada, sino suena hoy divertidamente obscena.

<sup>7</sup> *Emperante*: ‘Emperador’; se refiere a Carlomagno.

<sup>8</sup> Recuerda aquí las discusiones mencionadas en el capítulo I sobre el verdadero nombre de DQ. Es este el primer personaje que lo nombra por su supuesto auténtico apellido.

<sup>9</sup> ‘que eran muy fuertes’.

<sup>10</sup> Aquí, *preguntar* tiene el significado de ‘pedir, rogar’

Valdovinos, se acordó del moro Abindarráez<sup>11</sup>, cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez, le prendió y llevó cautivo a su alcaidía. De suerte que, cuando el labrador le volvió a preguntar que cómo estaba y qué sentía, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondía a Rodrigo de Narváez, del mismo modo que él había leído la historia en *La Diana* de Jorge de Montemayor, donde se escribe; aprovechándose della tan a propósito, que el labrador se iba dando al diablo de oír tanta máquina de necedades; por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábale prisa a llegar al pueblo por escusar el enfado que don Quijote le causaba con su larga arenga. Al cabo de lo cual dijo:

—Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Jarifa que he dicho es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballerías que se han visto, vean ni verán en el mundo.

A esto respondió el labrador:

—Mire vuestra merced, señor, pecador de mí, que yo no soy don Rodrigo de Narváez, ni el marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino; ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijana.

—Yo sé quién soy<sup>12</sup> —respondió don Quijote—, y sé que puedo ser, no solo los que he dicho, sino todos los Doce Pares de Francia<sup>13</sup>, y aun todos los nueve de la Fama<sup>14</sup>, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías.

En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar, a la hora que anochecía, pero el labrador aguardó a que fuese algo más noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero<sup>15</sup>. Llegada, pues, la hora que le pareció, entró en el pueblo, y en la casa de don Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quijote, que estaba diciéndoles su ama a voces:

—¿Qué le parece a vuestra merced, señor licenciado Pero Pérez —que así se llamaba el cura—, de la desgracia de mi señor? Tres días ha que no parecen él, ni el rocín, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí!, que me doy a entender, y así es ello la verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oído decir muchas veces, hablando entre sí, que quería hacerse caballero andante e irse a buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean a Satanás y a Barrabás tales libros, que así han echado a perder el más delicado<sup>16</sup> entendimiento que había en toda la Mancha.

La sobrina decía lo mismo, y aun decía más:

—Sepa, señor maese Nicolás (que este era el nombre del barbero), que muchas veces le aconteció a mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras<sup>17</sup> dos días con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos, y ponía mano a la espada, y andaba a cuchilladas con las paredes; y cuando estaba muy cansado decía que había muerto a cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decía que era sangre de las heridas que había recibido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fría, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife<sup>18</sup>, un grande encantador y amigo suyo.

---

<sup>11</sup> Se refiere al *Romance del Abencerraje y la hermosa Jarifa*, que aparece incluido en *La Diana*, como señala más adelante.

<sup>12</sup> A menudo se ha entendido que DQ afirma en esta frase su fe en sí mismo y en su misión, así como una autoafirmación de su personalidad. En este sentido, ha sido muy citada por autores del siglo XX.

<sup>13</sup> Los doce paladines que acompañaban a Carlomagno, personajes de muchos romances.

<sup>14</sup> Nueve hombres que podían servir de ejemplo para los caballeros; eran tres judíos —Josué, David y Judas Macabeo—, tres paganos —Alejandro, Héctor y Julio César— y tres cristianos —Arturo, Carlomagno y Godofredo de Bullón. Se cuentan sus vidas en la *Crónica llamada del triunfo de los nueve más preciados varones de la Fama*, traducida por Antonio Rodríguez Portugal en 1530) y varias veces reimpresa en el siglo XVI.

<sup>15</sup> La expresión tiene el significado ambivalente de ‘montado en animal que no le corresponde’ y ‘caballero armado de mala manera’.

<sup>16</sup> Posible nueva anfibología (doble sentido): *delicado* significa ‘fino, sutil’, pero también con el valor de ‘débil, enfermizo’.

<sup>17</sup> ] Se llamaban *aventuras* los pasos de los libros de caballerías, pero *aventura* equivalía también a ‘ventura, fortuna’; de ahí el juego de palabras.

<sup>18</sup> Deformación de *Alquife*, el encantador esposo de Urganda la desconocida, que aparece en el ciclo de los Amadises; *esquife* en germanía equivale a ‘rufián’

Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que los remediaran antes de llegar a lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros, que tiene muchos que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes.

—Esto digo yo también —dijo el cura—, y a fee que no se pase el día de mañana sin que dellos no se haga acto público<sup>19</sup>, y sean condenados al fuego, porque no den ocasión a quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho.

Todo esto estaban oyendo el labrador y don Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino y, así, comenzó a decir a voces:

—Abran vuestras mercedes al señor Valdovinos y al señor marqués de Mantua, que viene malferido<sup>20</sup>, y al señor moro Abindarráez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera.

A estas voces salieron todos, y como conocieron los unos a su amigo, las otras a su amo y tío, que aún no se había apeado del jumento, porque no podía, corrieron a abrazarle. Él dijo:

—Ténganse todos, que vengo malferido, por la culpa de mi caballo. Lléneme a mi lecho, y llámese, si fuere posible, a la sabia Urganda, que cure y cate de mis heridas<sup>21</sup>.

—¡Mirá, en hora maza<sup>22</sup> —dijo a este punto el ama—, si me decía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor. Suba vuestra merced en buen hora, que, sin que venga esa hurgada<sup>23</sup>, le sabremos aquí curar. ¡Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías, que tal han parado a vuestra merced!

Lleváronle luego a la cama, y, catándole las heridas, no le hallaron ninguna; y él dijo que todo era molimiento, por haber dado una gran caída con Rocinante, su caballo, combatiéndose con diez jayanes<sup>24</sup>, los más desafortunados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra.

—¡Ta, ta! —dijo el cura—. ¿Jayanes hay en la danza? Para mi santiguada<sup>25</sup> que yo los queme mañana antes que llegue la noche.

Hiciéronle a don Quijote mil preguntas, y a ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que más le importaba. Hízose así, y el cura se informó muy a la larga del labrador del modo que había hallado a don Quijote. Él se lo contó todo, con los disparates que al hallarle y al traerle había dicho, que fue poner más deseo en el licenciado de hacer lo que otro día<sup>26</sup> hizo, que fue llamar a su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino a casa de don Quijote.



(Colección de cromos de 1897, original en color)

<sup>19</sup> ‘lectura y ejecución pública de la sentencia de un tribunal, y especialmente las de la Inquisición en auto de fe’

<sup>20</sup> Pedro Alonso confunde los personajes, porque el herido no fue el marqués de Mantua, sino Valdovinos. La ignorancia o conocimiento sobre asuntos de caballería será uno de los rasgos diferenciadores entre los personajes que irán apareciendo a lo largo de la novela.

<sup>21</sup> ‘cuide y tenga cuenta de mis heridas’, con expresión arcaica

<sup>22</sup> ‘Mirad, en hora mala’, expresión eufemística, para no atraerla.

<sup>23</sup> ‘Urganda’, con una deformación de claro sentido obscuro.

<sup>24</sup> ‘gigantes’.

<sup>25</sup> ‘por mi cara santiguada’, forma de juramento por la que uno se compromete consigo mismo a hacer algo.

<sup>26</sup> ‘al día siguiente’

## Capítulo VI<sup>1</sup>

*Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo*

El cual aún todavía dormía<sup>2</sup>. Pidió las llaves a la sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana. Entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados<sup>3</sup>, y otros pequeños; y, así como el ama los vio, volvióse a salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo<sup>4</sup>, y dijo:

—Tome vuestra merced, señor licenciado; rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las que les queremos dar echándolos del mundo<sup>5</sup>.

Causó risa al licenciado la simplicidad del ama y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno, para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

—No —dijo la sobrina—, no hay para qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojillos por las ventanas al patio y hacer un rimero dellos y pegarles fuego; y, si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá<sup>6</sup> el humo.

Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino<sup>7</sup> en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dio en las manos fue *Los cuatro de Amadís de Gaula*<sup>8</sup>, y dijo el cura:

—Parece cosa de misterio<sup>9</sup> esta, porque, según he oído decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen deste; y, así, me parece que, como a dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego.

—No, señor —dijo el barbero—, que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; y así, como a único en su arte, se debe perdonar.

—Así es verdad —dijo el cura—, y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto a él.

—Es —dijo el barbero— *Las sergas de Esplandián*, hijo legítimo de Amadís de Gaula<sup>10</sup>.

—Pues en verdad —dijo el cura— que no le ha de valer al hijo la bondad del padre. Tomad, señora ama, abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer.

<sup>1</sup> En este capítulo, hemos optado por mantener casi todas las notas referidas a los libros que se cita. Muchas de ellas no son necesarias para comprender el texto (aunque sí para un estudio más profundo).

<sup>2</sup> La frase depende de la última del capítulo anterior; el sujeto de la oración siguiente es el cura: ‘DQ dormía... El cura pidió a la sobrina las llaves...’.

<sup>3</sup> ‘tomos en folio encuadernados en pasta’; para la época, una biblioteca de cien infolios y otros muchos de tamaño menor era considerable. El aprecio del hidalgo por ellos y el dinero gastado se muestra en el decir que están *muy bien encuadernados*, no protegidos simplemente, pues, con las habituales cubiertas de pergamino. Como ya señalamos al principio, DQ ha tenido que arruinarse para reunir semejante biblioteca y, en este capítulo, una considerable fortuna va a acabar en el fuego. Del escrutinio de la biblioteca del hidalgo que aquí comienza pueden desprenderse ciertas preferencias literarias de C. Se ha llegado a considerar casi como un ensayo de crítica literaria

<sup>4</sup> ‘un cuenco de agua bendita y una ramita de hisopo’; no era extraño tener en las casas un poco de agua bendita con que llenar las pilas que había en algunas habitaciones o a la entrada del edificio.

<sup>5</sup> ‘en castigo (a cambio) del castigo que les queremos dar haciéndolos desaparecer en el fuego’

<sup>6</sup> ‘molestará’

<sup>7</sup> ‘consintió’

<sup>8</sup> ] *Los cuatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula*; según lo que C. sabía, es, como dice el cura, el primer libro de caballerías impreso en España, puesto que no conocía la primera edición del *Tirant lo Blanch* ni la rarísima del *Zifar*; de todas formas, si no el primero impreso, sí fue aquel del que *tomaron principio y origen todos los demás*, debido a su inmediata fama y enorme éxito. La versión que se imprime a lo largo del XVI es la refundición hecha por Garcí Rodríguez de Montalvo de una versión más antigua.

<sup>9</sup> El cura atribuye esta casualidad a una especie de providencia o designio divino.

<sup>10</sup> Continuación natural del *Amadís*, cuyo larguísimo título completo es *El ramo que de los cuatro libros de Amadís de Gaula sale, llamado de las sergas del muy esforzado caballero Esplandián, hijo del excelente rey Amadís de Gaula* y que fue escrita por el mismo Montalvo que refundió el *Amadís*, quien aprovechó las alusiones a Esplandián que aparecían en el manuscrito del *Amadís* primitivo, modificó su final y convirtió a aquel en el protagonista de un nuevo libro. Según Montalvo, *sergas* significa ‘proezas’. Esplandián, hijo natural de Amadís y Oriana, se convierte en legítimo con la boda final de sus padres

Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fue volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

—Adelante —dijo el cura.

—Este que viene —dijo el barbero— es *Amadís de Grecia*<sup>11</sup>, y aun todos los deste lado, a lo que creo, son del mismo linaje de Amadís.

—Pues vayan todos al corral —dijo el cura—, que a trueco de quemar a la reina Pintiquiniestra, y al pastor Darinel, y a sus églogas, y a las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemaré con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

—De ese parecer soy yo —dijo el barbero.

—Y aun yo —añadió la sobrina.

—Pues así es —dijo el ama—, vengan, y al corral con ellos.

Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera y dio con ellos por la ventana abajo.

—¿Quién es ese tonel<sup>12</sup>? —dijo el cura.

—Este es —respondió el barbero— *Don Olivante de Laura*<sup>13</sup>.

—El autor de ese libro —dijo el cura— fue el mismo que compuso a *Jardín de flores*<sup>14</sup>, y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero o, por decir mejor, menos mentiroso; solo sé decir que este irá al corral, por disparatado y arrogante.

—Este que se sigue es *Florismarte de Hircania*<sup>15</sup> —dijo el barbero.

—¿Ahí está el señor Florismarte? —replicó el cura—. Pues a fe que ha de parar presto en el corral, a pesar de su estraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar a otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él, y con esotro, señora ama.

—Que me place, señor mío —respondía ella; y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.

—Este es *El caballero Platir*<sup>16</sup> —dijo el barbero.

—Antiguo libro es ese —dijo el cura—, y no hallo en él cosa que merezca venia<sup>17</sup>. Acompañe a los demás sin réplica.

Y así fue hecho. Abrióse otro libro y vieron que tenía por título *El caballero de la Cruz*<sup>18</sup>.

—Por nombre tan santo como este libro tiene, se podía perdonar su ignorancia; mas también se suele decir «tras la cruz está el diablo»<sup>19</sup>. Vaya al fuego.

Tomando el barbero otro libro, dijo:

---

<sup>11</sup> El *Amadís de Grecia*, de Feliciano de Silva, es el noveno de la serie de los *Amadises*. El cura manifiesta cierta admiración no solo por algunos personajes, sino también por las églogas y por el estilo del libro, a pesar de *las endiabladas y revueltas razones* con que se manifiesta.

<sup>12</sup> En referencia a su tamaño, aunque en realidad no es tan grueso como otros. Llama la atención el uso de ‘quién’ para referirse a objetos (que no es rara en la época); en distintos momentos de este juicio o “inquisición”, se trata a los libros comentados como reos ante un tribunal.

<sup>13</sup> Se trata de la *Historia del invencible caballero don Olivante de Laura, príncipe de Macedonia, que por sus admirables hazañas vino a ser emperador de Constantinopla* (1564), de Antonio de Torquemada.

<sup>14</sup> El *Jardín de flores curiosas*, de Antonio de Torquemada, es un centón de noticias extrañas que sirvieron de fuente a algunos pasajes del *Persiles* (la novela bizantina de Cervantes, publicada póstumamente).

<sup>15</sup> Se trata de la *Primera parte de la grande historia del muy animoso y esforzado príncipe Felixmarte de Hircania y de su estraño nacimiento* (1556), de Melchor Ortega; lo *estraño de su nacimiento* fue el parto de su madre en despoblado. *Hircania* era una región del Asia Menor cuyos habitantes y animales se caracterizaban, según el tópico, por su crueldad.

<sup>16</sup> *La crónica del muy valiente y esforzado caballero Platir, hijo del invencible emperador Primaleón* (1533), anónima, es el tercer libro de la serie de los Palmerines; sus hazañas o su estilo no debían de parecer gran cosa a DQ, a juzgar por otras alusiones posteriores.

<sup>17</sup> ‘merezca perdón’.

<sup>18</sup> Se compone de dos libros: el primero es *La crónica de Lepolemo, llamado el caballero de la Cruz* (1521), de Alonso de Salazar; el segundo, *Leandro el Bel* (1563), donde se añaden las hazañas del hijo de Lepolemo, traducido del italiano por Pedro de Luxán

<sup>19</sup> ‘detrás de lo que aparenta ser lo mejor o más santo, puede ocultarse lo malo’ o ‘bajo visos de santidad se encuentra la hipocresía’; es refrán.



—Este es *Espejo de caballerías*<sup>20</sup>.

—Ya conozco a su merced —dijo el cura—. Ahí anda el señor Reinaldos de Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los Doce Pares, con el verdadero historiador Turpín<sup>21</sup>, y en verdad que estoy por condenarlos no más que a destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo<sup>22</sup>, de donde también tejió su tela<sup>23</sup> el cristiano poeta Ludovico Ariosto<sup>24</sup>; al cual, si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya<sup>25</sup>, no le guardaré respeto alguno, pero, si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza<sup>26</sup>.

—Pues yo le tengo en italiano —dijo el barbero—, mas no le entiendo.

—Ni aun fuera bien que vos le entendiéades<sup>27</sup> —respondió el cura—; y aquí le perdonáramos al señor capitán que no le hubiera traído a España y hecho castellano, que le quitó mucho de su natural valor, y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo, en efeto, que este libro y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia<sup>28</sup> se echen y depositen en un pozo seco<sup>29</sup>, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, ecetuando a un *Bernardo del Carpio* que anda por ahí<sup>30</sup>, y a otro llamado *Roncesvalles*<sup>31</sup>; que estos, en llegando a mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego, sin remisión alguna.

Todo lo confirmó el barbero y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no diría otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro vio que era *Palmerín de Oliva*<sup>32</sup>, y junto a él estaba otro que se llamaba *Palmerín de Inglaterra*<sup>33</sup>; lo cual visto por el licenciado, dijo:

—Esa oliva se haga luego rajas y se queme, que aun no queden della las cenizas, y esa palma de Inglaterra se guarde y se conserve como a cosa única, y se haga para ello otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Dario<sup>34</sup>, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno; y la otra, porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio<sup>35</sup>; las razones, cortesanías y claras, que guardan y miran

<sup>20</sup> Es, en parte, adaptación, en prosa, del *Orlando innamorato* de Boiardo, hecha en sus dos primeros libros por Pedro López de Santamaría y en el tercero por Pedro de Reinos. Las tres partes unidas se publicaron en Medina por Francisco del Canto en 1586: a este conjunto parece referirse el licenciado. Es el único libro del ciclo carolingio que se cita en la biblioteca del hidalgo.

<sup>21</sup> ] Al histórico consejero de Carlomagno, arzobispo de Reims, y muerto con Roldán en Roncesvalles, según la leyenda, se le atribuyó una *Historia Caroli Magni et Rotholandi*, en la que se contaba la institución de los Doce Pares y las hazañas de algunos de aquellos. La calificación como ‘verdadero historiador’ también es irónico.

<sup>22</sup> Poeta italiano (1441-1494), autor del ya citado *Orlando innamorato*, antecesor del poema de Ludovico Ariosto *Orlando furioso*.

<sup>23</sup> La metáfora en que se iguala *tapiz* o *tela* con la obra literaria es frecuente en Cervantes.

<sup>24</sup> Autor del *Orlando furioso*. El inesperado epíteto *cristiano* quizá se deba a que C. lo leyó en la edición de Valvassore, que lo ponderaba como tal; la Inquisición mandó expurgar algunos trozos del poema.

<sup>25</sup> Hasta 1605 el *Orlando furioso* había tenido tres traducciones al español. En diversas ocasiones Cervantes se muestra contrario a las traducciones que se hacen de una lengua vulgar a otra, como se verá a continuación.

<sup>26</sup> En señal de respeto, como cosa muy superior. La expresión, metafórica, procede del acto de colocar sobre la cabeza, como prueba de acatamiento y vasallaje, las órdenes reales y las bulas del papa.

<sup>27</sup> Se alude a los pasajes considerados obscenos, mitigados o suprimidos en la traducción española.

<sup>28</sup> Libros del ciclo carolingio. Orlando es el nombre italianizado de Roldán, el sobrino de Carlomagno murió en Roncesvalles y protagonizó la *Chanson de Roland*.

<sup>29</sup> Para esconderlo, pero sin que el libro se deteriore a causa de la humedad. Estos pozos secos se utilizaban para guardar el grano, evitando que germinara.

<sup>30</sup> Parece ser el poema de Agustín Alonso *Historia de las hazañas y hechos del invencible caballero Bernardo del Carpio* (Toledo, 1585)

<sup>31</sup> La brevedad del título usado por Cervantes no permite saber a cuál de los libros que incluyen el nombre de Roncesvalles se refiere.

<sup>32</sup> Es el primer libro (Salamanca, 1511) de la familia de los Palmerines.

<sup>33</sup> Fue uno de los más populares libros de caballerías; escrito en portugués, fue traducido al castellano, sin excesivo esmero, en 1547. Desde muy temprano corrió la fama de ser su autor el rey don Juan III o II de Portugal: en el *Diálogo de la lengua*, Valdés, que condena los libros de caballerías, hace una excepción con este «por cierto respeto»; es la opinión que repite el cura.

<sup>34</sup> Se cuenta que Alejandro Magno tenía una copia de la *Ilíada* corregida de mano de Aristóteles, a la que llamaba «la *Ilíada* de la caja», que ponía bajo su cabecera junto con la espada.

<sup>35</sup> *Miraguarda* es el nombre de una infanta, personaje del *Palmerín de Inglaterra*, cuyo nombre sirve a Cervantes para hacer el inmediato juego de palabras

el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolás, que este y *Amadís de Gaula* queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más cala y cata<sup>36</sup>, perezcan.

—No, señor compadre —replicó el barbero—, que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianís*<sup>37</sup>.

—Pues ese —replicó el cura—, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya<sup>38</sup>, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama y otras impertinencias de más importancia<sup>39</sup>, para lo cual se les da término ultramarino<sup>40</sup>, y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia o de justicia; y en tanto, tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejéis leer a ninguno<sup>41</sup>.

—Que me place —respondió el barbero.

Y, sin querer cansarse más en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes<sup>42</sup> y diese con ellos en el corral. No se dijo a tonta ni a sorda, sino a quien tenía más gana de quemallos que de echar una tela<sup>43</sup>, por grande y delgada que fuera; y siendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno a los pies del barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vio que decía *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*<sup>44</sup>.

—¡Válame Dios —dijo el cura, dando una gran voz—, que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está don Quirieleisón de Montalbán, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalbán, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Hipólito, su escudero<sup>45</sup>. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con estas cosas de que todos los demás libros deste género carecen<sup>46</sup>. Con todo eso, os digo que merecía el que le compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran a galeras por todos los días de su vida<sup>47</sup>. Llévadle a casa y leedle, y veréis que es verdad cuanto dél os he dicho.

—Así será —respondió el barbero—, pero ¿qué haremos destos pequeños libros que quedan?

—Estos —dijo el cura— no deben de ser de caballerías, sino de poesía.

Y abriendo uno vio que era *La Diana* de Jorge de Montemayor<sup>48</sup>, y dijo, creyendo que todos los demás eran del mismo género:

---

<sup>36</sup> ‘investigación de la cantidad de provisiones que había en una población’; metafóricamente vale por ‘averiguaciones’.

<sup>37</sup> *Don Belianís de Grecia* fue escrito por Jerónimo Fernández, que atribuye el texto al sabio griego Frístón, al que se achacará que los libros desaparezcan. Este es el libro inacabado que quiso continuar DQ, hecho mencionado en el primer capítulo. De ahí la alusión del cura a los libros que faltan

<sup>38</sup> La infusión de raíz de *ruibarbo* se empleaba en medicina para purgar los humores colérico y flemático.

<sup>39</sup> La descripción que se hace en el *Belianís* del castillo de la Fama corresponde a una maquinaria mágica para recorrer grandes distancias.

<sup>40</sup> ‘plazo muy largo, casi inacabable’.

<sup>41</sup> La Iglesia podía dar permiso a determinadas personas para tener libros incluidos en los *Índices de libros prohibidos*, pero siempre con la condición de que no se prestasen ni se dejasen leer a nadie. El sentido burlesco de estas palabras es claro.

<sup>42</sup> Se refiere a los tomos en folio que se habían citado al principio del capítulo; los libros de caballerías se imprimían en gran formato, frente a los de versos o los pastoriles, que se editaban normalmente en octavo o aun en tamaños «de faltriquera».

<sup>43</sup> ‘tejerla’; pero *tela*, en germanía, es también ‘coito’.

<sup>44</sup> Obra de Joanot Martorell, terminada quizá por Martí Joan de Galba, se publicó por primera vez en 1490. C. hubo de conocer la traducción castellana anónima (Valladolid, 1511), en la que tampoco figuran los nombres de los autores; el libro debía de ser muy raro: de ahí la reacción del cura, a pesar de que acabó siendo uno de los libros de caballerías más valorados y, quizás junto al *Amadís*, los dos únicos que aún hoy conservan cierto aprecio.

<sup>45</sup> Todos son personajes y episodios del *Tirante*.

<sup>46</sup> C. elogia la novela según el concepto de verosimilitud vigente en la época e ilustrado por el canónigo en su juicio sobre los libros de caballerías

<sup>47</sup> *echar a galeras*: ‘condenar a remar en las galeras’ o ‘imprimir un libro’. Es difícil interpretar en esta frase si Cervantes elogia o censura al autor del *Tirante*.

<sup>48</sup> Se trata de *Los siete libros de la Diana*, la más antigua novela pastoril escrita en castellano y modelo de todas las del género. Hay que recordar que Cervantes comenzó su carrera literaria con la publicación de la novela pastoril *La Galatea*

—Estos no merecen ser quemados, como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho, que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero<sup>49</sup>.

—¡Ay, señor! —dijo la sobrina—, bien los puede vuestra merced mandar quemar como a los demás, porque no sería mucho que, habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballescaca, leyendo estos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo que sería peor, hacerse poeta, que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza<sup>50</sup>.

—Verdad dice esta doncella —dijo el cura—, y será bien quitarle a nuestro amigo este tropiezo y ocasión delante. Y pues comenzamos por *La Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada<sup>51</sup>, y casi todos los versos mayores, y quédesele enhorabuena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros.

—Este que se sigue —dijo el barbero— es *La Diana* llamada *segunda* del Salmantino<sup>52</sup>; y este, otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo<sup>53</sup>.

—Pues la del Salmantino —respondió el cura— acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos prisa, que se va haciendo tarde.

—Este libro es —dijo el barbero abriendo otro— *Los diez libros de Fortuna de amor*, compuestos por Antonio de Lofraso, poeta sardo.

—Por las órdenes que recibí —dijo el cura— que desde que Apolo fue Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que, por su camino, es el mejor y el más único de cuantos deste género han salido a la luz del mundo<sup>54</sup>, y el que no le ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio más haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia<sup>55</sup>.

Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo:

—Estos que se siguen son *El pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares* y *Desengaños de celos*<sup>56</sup>.

—Pues no hay más que hacer —dijo el cura—, sino entregarlos al brazo seglar del ama<sup>57</sup>, y no se me pregunte el porqué, que sería nunca acabar.

—Este que viene es *El pastor de Fílida*<sup>58</sup>.

—No es ése pastor —dijo el cura—, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa.

—Este grande que aquí viene se intitula —dijo el barbero— *Tesoro de varias poesías*<sup>59</sup>.

—Como ellas no fueran tantas —dijo el cura—, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene; guárdese, porque su autor es amigo mío, y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito.

<sup>49</sup> Sin perjuicio de tercero era una fórmula jurídica, de acuerdo con el tono general de juicio o inquisición que tiene todo el capítulo.

<sup>50</sup> Nueva ironía: era un tópico de la literatura satírica considerar a los poetas como locos o inútiles.

<sup>51</sup> Esta solución mágica de los amores de los protagonistas, propia de los libros de caballerías, no es del gusto de Cervantes.

<sup>52</sup> Se trata de la *Segunda parte de la Diana*, de Alonso Pérez, médico de Salamanca; fue impresa dos veces como suelta en 1563, y otras muchas acompañando a la de Montemayor para formar un volumen comercialmente razonable.

<sup>53</sup> Se refiere a *La Diana enamorada* (Valencia, 1564); la calidad de prosa y verso, así como el modo de afrontar éticamente los problemas eróticos, hacen que sea una de las más interesantes novelas del siglo XVI.

<sup>54</sup> *por su camino, es el mejor y el más único*: ‘en su estilo, es el mejor y el más singular’; el elogio del cura —quizá irónico— no es compartido por C., quien se burla de sus versos en el *Viaje del Parnaso*, y en el romance final de *El vizcaíno fingido*.

<sup>55</sup> ‘sarga de lana fina, impermeable’ que se empezó a elaborar en esa ciudad; se puso de moda a fines del XVI.

<sup>56</sup> Títulos de otras tres novelas pastoriles: la primera (Sevilla, 1591), de Bernardo de la Vega; la segunda (*Ninfas y pastores del Henares*, Alcalá, 1587), de Bernardo González de Bobadilla; la última (*Desengaño de celos —no Desengaños—*, Madrid, 1586), de Bartolomé López de Enciso. De las que se citan en el escrutinio, *El Pastor de Iberia* es la obra más cercana a la edición del Q., indicación que algunos críticos han considerado como válida para establecer la fecha de redacción de la novela

<sup>57</sup> El tribunal de la Inquisición entregaba sus condenados a la justicia criminal —el *brazo seglar* de la sociedad, frente al eclesiástico— para que se ejecutase la sentencia. Es la alusión más clara al carácter “inquisitorial” de este capítulo.

<sup>58</sup> Obra de Luis Gálvez de Montalvo, amigo de C., que compuso uno de los sonetos preliminares a *La Galatea*.

<sup>59</sup> De Pedro de Padilla. Se editó en Madrid en 1580 y se reeditó en 1587; C., que lo elogia en el «Canto de Calíope» de *La Galatea*, escribió un soneto para su *Jardín espiritual* y otro para su *Romancero*.

—Este es —siguió el barbero— el *Cancionero* de López Maldonado<sup>60</sup>.

—También el autor de ese libro —replicó el cura— es grande amigo mío, y sus versos en su boca admiran a quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las églogas, pero nunca lo bueno fue mucho; guárdese con los escogidos. Pero ¿qué libro es ese que está junto a él?

—*La Galatea* de Miguel de Cervantes<sup>61</sup> —dijo el barbero.

—Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención: propone algo, y no concluye nada; es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la emienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega<sup>62</sup>; y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.

—Que me place —respondió el barbero—. Y aquí vienen tres todos juntos: *La Araucana* de don Alonso de Ercilla<sup>63</sup>, *La Austríada* de Juan Rufo, jurado de Córdoba<sup>64</sup>, y *El Monserrato* de Cristóbal de Virués, poeta valenciano<sup>65</sup>.

—Todos esos tres libros —dijo el cura— son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos<sup>66</sup>, y pueden competir con los más famosos de Italia; guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.

Cansóse el cura de ver más libros, y así, a carga cerrada<sup>67</sup>, quiso que todos los demás se quemasen; pero ya tenía abierto uno el barbero, que se llamaba *Las lágrimas de Angélica*<sup>68</sup>.

—Lloráralas yo —dijo el cura en oyendo el nombre— si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fue uno de los famosos poetas del mundo, no solo de España, y fue felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio<sup>69</sup>.



Auto de fe que el cura y el Barbero hicieron de los libros de Don Quijote.

<sup>60</sup> Se imprimió en Madrid, 1586, con dos composiciones poéticas de C.; a su vez, Maldonado contribuyó a las poesías laudatorias de *La Galatea*.

<sup>61</sup> Fue la primera (1585) y única publicación extensa de C. antes del *Q.*; la promesa de continuación todavía se reiterará en la dedicatoria del *Persiles*, ya cerca de la muerte. Por tanto, Cervantes va a criticar su propia obra, en la que, como se verá, no deja de apreciar sus defectos.

<sup>62</sup> Referencia al sacramento de la confesión, en que se obliga a la penitencia: tras el arrepentimiento por los pecados cometidos, es preciso el propósito de *enmienda* para alcanzar el perdón.

<sup>63</sup> El mejor y más famoso de los poemas épicos en castellano: se editó en tres partes entre 1569 y 1589, completo en 1590; en él se relatan episodios de la conquista de Chile. El autor debió de ser amigo de C.

<sup>64</sup> Poema épico editado en 1584, trata de las hazañas de don Juan de Austria, entre ellas la victoria de Lepanto, en la que participó C.

<sup>65</sup> Publicado en Madrid en 1587, en él se cuentan los orígenes del monasterio catalán, partiendo de la aparición de la Virgen a Garín; aquí también, entre las visiones proféticas del monje, se anuncia la victoria sobre el turco en Lepanto.

<sup>66</sup> *verso heroico*: 'octava rima en endecasílabos'; era la forma habitual del poema épico culto.

<sup>67</sup> 'a bulto, sin examinar'

<sup>68</sup> De Luis Barahona de Soto, se imprimió en Granada, en 1586, con el título de *Primera parte de la Angélica*. El nombre que le da C. — y con el que hoy se le conoce— solo aparece en el colofón. El poema continúa el episodio de Angélica y Medoro que se cuenta en el *Orlando furioso*.

<sup>69</sup> Solo se conocen dos de estas fábulas: la de Vertumno y Pomona y la de Acteón; sin embargo, en la propia *Angélica* son abundantes los trozos en que se traducen o parafrasean las *Metamorfosis*.

## Capítulo VII

*De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha*<sup>1</sup>.

Estando en esto, comenzó a dar voces don Quijote, diciendo:

—¡Aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo<sup>2</sup>!

Por acudir a este ruido y estruendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demás libros que quedaban, y así se cree que fueron al fuego, sin ser vistos ni oídos<sup>3</sup>, *La Carolea*<sup>4</sup> y *León de España*<sup>5</sup>, con los hechos del Emperador, compuestos por don Luis de Ávila<sup>6</sup>, que sin duda debían de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los viera no pasaran por tan rigurosa sentencia.

Cuando llegaron a don Quijote, ya él estaba levantado de la cama y proseguía en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses a todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él y por fuerza le volvieron al lecho; y después que hubo sosegado un poco, volviéndose a hablar con el cura le dijo:

—Por cierto, señor arzobispo Turpín, que es gran mengua de los que nos llamamos Doce Pares<sup>7</sup> dejar tan sin más ni más llevar la vitoria deste torneo a los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres días antecedentes<sup>8</sup>.

—Calle vuestra merced, señor compadre —dijo el cura—, que Dios será servido que la suerte se mude y que lo que hoy se pierde se gane mañana; y atienda vuestra merced a su salud por agora, que me parece que debe de estar demasadamente cansado, si ya no es que está malferido.

—Ferido, no —dijo don Quijote—, pero molido y quebrantado, no hay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldán me ha molido a palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaría yo Reinaldos de Montalbán<sup>9</sup>, si en levantándome deste lecho no me lo pagare, a pesar de todos sus encantamientos; y por agora tráiganme de yantar<sup>10</sup>, que sé que es lo que más me hará al caso, y quédese lo del vengarme a mi cargo.

Hiciéronlo ansí: diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos, admirados de su locura.

Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecían guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutinador, y así se cumplió el refrán en ellos de que pagan a las veces justos por pecadores.

Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo fue que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase —quizá quitando la causa cesaría el efeto—, y que dijese que un encantador se los había llevado, y el aposento y todo; y así fue hecho con mucha presteza. De allí a dos días, se levantó don Quijote, y lo primero que hizo fue ir a ver sus libros; y como no hallaba el aposento donde le había dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solía tener la puerta, y tentábala con las manos, y

<sup>1</sup> Se ha supuesto que la narración de la primera salida de DQ, en los seis primeros capítulos, constituyera una versión primitiva del *Q*, en forma de novela corta. Con este capítulo empieza la narración de la segunda salida, que se prolongará hasta el final de la Primera parte del *Q*. (1605).

<sup>2</sup> ‘combate de caballeros en grupos’; en él, los *cortesanos* eran los organizadores o ‘mantenedores’; los que combatían contra ellos eran los *aventureros*.

<sup>3</sup> ‘inmediatamente’, pero es también término jurídico que indica la indefensión o la condena en rebeldía.

<sup>4</sup> Poema épico de Jerónimo Sempere (Valencia, 1560), en el que se inscribe un episodio sobre la batalla de Lepanto; sin embargo, existe otro libro en prosa del mismo título, de Juan Ochoa de la Salde (Lisboa, 1585): C. parece referirse al primero.

<sup>5</sup> De Pedro de la Vecilla Castellanos (Salamanca, 1586); relata la historia de la Ciudad de León.

<sup>6</sup> No se conoce ningún libro con ese título: Luis de Ávila escribió, en prosa, unos *Comentarios... de la guerra de Alemaña, hecha de Carlos V*, impresos en Venecia (1548).

<sup>7</sup> DQ acumula en sí la personalidad de los compañeros de Carlomagno; el *arzobispo Turpín* era uno de ellos, y a él se atribuye el relato de sus hechos.

<sup>8</sup> El *prez* ‘estima’ se simbolizaba en el premio que los jueces de campo concedían a los vencedores.

<sup>9</sup> Se alude al combate entre Orlando y Rinaldo en el *Orlando innamorato* de Boiardo; la enemistad entre los dos Pares, que aparece también en algún romance del grupo carolingio, se debe a la rivalidad por los amores de Angélica.

<sup>10</sup> ‘comer’, arcaísmo.

volvía y revolvía los ojos por todo, sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza<sup>11</sup> preguntó a su ama que hacia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que había de responder, le dijo:

—¿Qué aposento o qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo.

—No era diablo —replicó la sobrina—, sino un encantador que vino sobre una nube una noche, después del día que vuestra merced de aquí se partió, y, apeándose de una sierpe en que venía caballero<sup>12</sup>, entró en el aposento, y no sé lo que se hizo dentro, que a cabo de poca pieza salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo<sup>13</sup>; y cuando acordamos a mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno: solo se nos acuerda muy bien a mí y al ama que al tiempo del partirse aquel mal viejo dijo en altas voces que por enemistad secreta que tenía al dueño de aquellos libros y aposento dejaba hecho el daño en aquella casa que después se vería. Dijo también que se llamaba «el sabio Muñatón»<sup>14</sup>.

—«Frestón» diría —dijo don Quijote.

—No sé —respondió el ama— si se llamaba «Frestón» o «Fritón»<sup>15</sup>, solo sé que acabó en *tón* su nombre.

—Así es —dijo don Quijote—, que ese es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, a pelear en singular batalla con un caballero a quien él favorece y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; y mándole yo<sup>16</sup> que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.

—¿Quién duda de eso? —dijo la sobrina—. Pero ¿quién le mete a vuestra merced, señor tío, en esas pependencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo a buscar pan de trastrigo<sup>17</sup>, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados?

—¡Oh sobrina mía —respondió don Quijote—, y cuán mal que estás en la cuenta<sup>18</sup>! Primero que a mí me tresquilen tendré peladas y quitadas las barbas a cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello<sup>19</sup>.

No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendía la cólera.

Es, pues, el caso que él estuvo quince días en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos<sup>20</sup>; en los cuales días pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero<sup>21</sup>, sobre que él decía que la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El cura algunas veces le contradecía y otras concedía, porque si no guardaba este artificio no había poder averiguarse con él<sup>22</sup>.

En este tiempo solicitó don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien —si es que este título se puede dar al que es pobre<sup>23</sup>—, pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez le

---

<sup>11</sup> ‘un largo rato’

<sup>12</sup> ‘montado’.

<sup>13</sup> Como la serpiente, el *humo* es señal de aparición o desaparición demoníaca; coincide con situaciones del *Amadís de Gaula*

<sup>14</sup> Nombre que designaba a los profesionales de la hechicería contigua con la alcahuetería.

<sup>15</sup> ‘Fristón’, el sabio encantador y supuesto autor de *Don Belianís*; el ama deforma el nombre con su punto de vista de cocinera de la casa.

<sup>16</sup> *mándole yo*: ‘le prometo, le aseguro, preveo para él’

<sup>17</sup> ‘meterse en líos que le han de perjudicar’.

<sup>18</sup> ‘cómo te equivocas’.

<sup>19</sup> *tendré peladas y quitadas las barbas*: ‘habré vencido y hecho siervos míos’; la barba simbolizaba la virilidad, y era grave ofensa mesarla o cortarla

<sup>20</sup> ‘delirios’, ‘desatinos’.

<sup>21</sup> *pasó graciosísimos cuentos*: ‘tuvo conversaciones muy graciosas’.

<sup>22</sup> ‘ponerle en razón’.

<sup>23</sup> ariación de la frase hecha ‘pobre y hombre de bien, no puede ser’.

podía suceder aventura que ganase, en quítame allá esas pajas<sup>24</sup>, alguna ínsula<sup>25</sup>, y le dejase a él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó su mujer y hijos<sup>26</sup> y asentó por escudero de su vecino.

Dio luego don Quijote orden en buscar dineros, y, vendiendo una cosa y empeñando otra y malbaratándolas todas, llegó una razonable cantidad. Acomodóse asimesmo de una rodela<sup>27</sup> que pidió prestada a un su amigo y, pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó a su escudero Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester. Sobre todo, le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí llevaría y que ansimesmo pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba duecho<sup>28</sup> a andar mucho a pie. En lo del asno reparó un poco don Quijote, imaginando si se le acordaba si algún caballero andante había traído escudero caballero asnalmente, pero nunca le vino alguno a la memoria; mas, con todo esto, determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de más honrada caballería en habiendo ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le había dado; todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían aunque los buscasen.

Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca<sup>29</sup>, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido. Acertó don Quijote a tomar la misma derrota<sup>30</sup> y camino que el que él había tomado en su primer viaje, que fue por el campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles a soslayo<sup>31</sup> los rayos del sol no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza a su amo:

—Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar, por grande que sea.

A lo cual le respondió don Quijote:

—Has de saber, amigo Sancho Panza, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores a sus escuderos de las ínsulas o reinos que ganaban<sup>32</sup>, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza, antes pienso aventajarme en ella<sup>33</sup>: porque ellos algunas veces, y quizá las más, esperaban a que sus escuderos fuesen viejos, y, ya después de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches, les daban algún título de conde, o por lo mucho de marqués, de algún valle o provincia de poco más a menos<sup>34</sup>; pero si tú vives y yo vivo bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino, que tuviese otros a él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas a mucho, que cosas y casos acontecen a los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aun más de lo que te prometo.

—De esa manera —respondió Sancho Panza—, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos<sup>35</sup> Juana Gutiérrez<sup>36</sup>, mi oísló<sup>37</sup>, vendría a ser reina, y mis hijos infantiles.

---

<sup>24</sup> ‘en un instante’

<sup>25</sup> La forma culta de ‘isla’, que aparece en los libros de caballerías; para el labrador, que no comprende su significado, tiene el valor de ‘territorio del que, casi milagrosamente, puede ser gobernador como premio a sus méritos’

<sup>26</sup> Recuerdo del Evangelio de Mateo, XIX, 29.

<sup>27</sup> ‘escudo pequeño, redondo, de madera, que se sujetaba al brazo izquierdo’; en la época de DQ se empleaba, junto con la espada, para combatir a pie, «a la romana». No se sabe qué se ha hecho de la *adarga* que DQ llevaba en su primera salida.

<sup>28</sup> *duecho*: ‘ducho, acostumbrado’; es forma rústica.

<sup>29</sup> ‘a sus anchas, muy a gusto’, es frase popular.

<sup>30</sup> ‘rumbo, derrotero’

<sup>31</sup> ‘alumbrarles oblicuamente, de lado’.

<sup>32</sup> Hay ejemplos en los libros de caballerías, como en el *Amadís de Gaula*, II, 45, cuando el caballero da el señorío de la Ínsula Firme a su escudero Gandalfín

<sup>33</sup> ‘superar a todos los demás en esta usanza’

<sup>34</sup> ‘de poca importancia’

<sup>35</sup> ‘nada menos que’

<sup>36</sup> La mujer de Sancho recibe distintos nombres en la novela: un poco más abajo se la llama Mari, y en otros lugares Teresa Panza, Cascajo o Sancha

<sup>37</sup> ‘persona con la que se tiene trato de confianza’; se empleaba sobre todo para dirigirse a la esposa

—Pues ¿quién lo duda? —respondió don Quijote.

—Yo lo dudo —replicó Sancho Panza—, porque tengo para mí que, aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Mari Gutiérrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda<sup>38</sup>.

—Encomiéndalo tú a Dios, Sancho —respondió don Quijote—, que Él dará lo que más le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas a contentar con menos que con ser adelantado<sup>39</sup>.

—No haré, señor mío —respondió Sancho—, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.



*En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero.*

(Grabado de G. Duré)

<sup>38</sup> Frase hecha que de manera elíptica encarece la dificultad para hacer algo.

<sup>39</sup> ‘governador con plenos poderes en un territorio fronterizo o recién conquistado’; en el siglo XVI no era más que un título honorífico, sin atribuciones reales, pero DQ da al término su valor antiguo, que se conservaba en los romances.



## Capítulo VIII

*Del buen suceso<sup>1</sup> que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento<sup>2</sup>, con otros sucesos dignos de felice recordación*

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que esta es buena guerra<sup>3</sup>, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves —respondió su amo—, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquellos que allí se parecen<sup>4</sup> no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece —respondió don Quijote— que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y, diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto<sup>5</sup> en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas:

—Non fuyades<sup>6</sup>, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:

—Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo<sup>7</sup>, me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre<sup>8</sup>, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fue el golpe que dio con él Rocinante.

—¡Válame Dios! —dijo Sancho—. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

—Calla, amigo Sancho —respondió don Quijote—, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su

<sup>1</sup> 'éxito', nueva ironía, dado el resultado de este encuentro.

<sup>2</sup> Los *molinos de viento* se conocían desde antiguo en *España*, pero el tipo que vio DQ probablemente era una relativa novedad, y hay quien dice que se introdujo hacia 1575, procedente de los Países Bajos; por tanto, se ha interpretado a veces que este encuentro simboliza el choque con el progreso de los nuevos tiempos.

<sup>3</sup> 'guerra justa', en la que era lícito quedarse con el botín.

<sup>4</sup> *se parecen*: 'se ven'.

<sup>5</sup> *tan puesto en que*: 'tan empeñado, tan convencido de que'.

<sup>6</sup> 'No huyáis'; al volver a la aventura caballeresca, DQ retoma el lenguaje arcaico.

<sup>7</sup> Hermano de los Titanes, hijo de Urano y la Tierra, que se opuso a Júpiter; según la mitología poseía cien brazos y cincuenta cabezas con bocas que arrojaban llamas: la idea de amenaza horrible se hace así presente.

<sup>8</sup> *ristre*: 'soporte en el peto de la coraza para encajar y afianzar la empuñadura de la lanza'; así, al atacar, se podía impulsar con todo el cuerpo y no solo con el brazo.

vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo<sup>9</sup> han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede —respondió Sancho Panza.

Y, ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado<sup>10</sup> estaba. Y, hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice<sup>11</sup>, porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero<sup>12</sup>; sino que iba muy pesaroso, por haberle faltado la lanza; y diciéndoselo a su escudero, le dijo:

—Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre «Machuca»<sup>13</sup>, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante «Vargas y Machuca». Hete dicho esto porque de la primera encina o roble que se me depare pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel que me imagino; y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a vellas y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

—A la mano de Dios<sup>14</sup> —dijo Sancho—. Yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

—Así es la verdad —respondió don Quijote—, y si no me quejo del dolor, es porque no es dado<sup>15</sup> a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella.

—Si eso es así, no tengo yo que replicar —respondió Sancho—; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se dejó de reír don Quijote de la simplicidad de su escudero; y, así, le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana o con ella, que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia, se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y, sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio<sup>16</sup>, y de cuando en cuando empinaba la bota, con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga<sup>17</sup>. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen.

En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó don Quijote un ramo seco que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados<sup>18</sup>, entretenidos con las memorias de sus señoras<sup>19</sup>. No la pasó ansí Sancho Panza, que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria<sup>20</sup>, de un sueño se la

<sup>9</sup> ‘al fin de todo’; la duplicación, como en otras ocasiones, es un potenciador.

<sup>10</sup> ‘tenía medio descoyuntada la paletilla’.

<sup>11</sup> Paso entre dos colinas en el camino real de la Mancha a Andalucía, también llamado Ventas de Puerto Lápice.

<sup>12</sup> ‘transitado’, por donde pasaba mucha gente.

<sup>13</sup> Lo relatado sucedió en el cerco de Jerez (1223), en tiempo de Fernando III; *machucar*: ‘machacar’.

<sup>14</sup> ‘Que sea lo que Dios quiera’, ‘Hágase su voluntad’; procede de ‘*me encomiendo a la mano (en mano) de Dios*’.

<sup>15</sup> *no es dado*: ‘no está permitido, no es apropiado’.

<sup>16</sup> ‘a sus anchas, con toda comodidad’.

<sup>17</sup> Los vinos de Málaga se contaban entre los célebres de España.

<sup>18</sup> *florestas*: ‘bosques, arboledas’.

<sup>19</sup> ‘la evocación de sus señoras’; la situación del héroe que pasa la noche en vela pensando en su amada es muy frecuente en los libros de caballerías.

<sup>20</sup> ‘cocimiento de bulbo de achicoria tostado y molido’; se creía que hacía dormir.

llevó toda, y no fueran parte para despertarle<sup>21</sup>, si su amo no lo llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse, dio un tiento a la bota<sup>22</sup>, y hallóla algo más flaca que la noche antes, y afligiósele el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quijote, porque, como está dicho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su comenzado camino del Puerto Lápice, y a obra de las tres del día<sup>23</sup> le descubrieron.

—Aquí —dijo en viéndole don Quijote— podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Mas advierte que, aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme<sup>24</sup>, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero, si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero.

—Por cierto, señor —respondió Sancho—, que vuestra merced será muy bien obedecido en esto, y más, que yo de mí<sup>25</sup> me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias. Bien es verdad que en lo que tocare a defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle.

—No digo yo menos —respondió don Quijote—, pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener a raya tus naturales ímpetus.

—Digo que así lo haré —respondió Sancho— y que guardaré ese precepto tan bien como el día del domingo.

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran más pequeñas dos mulas en que venían<sup>26</sup>. Traían sus antojos de camino<sup>27</sup> y sus quitasoles. Detrás dellos venía un coche, con cuatro o cinco de a caballo que le acompañaban y dos mozos de mulas a pie. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína que iba a Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba a las Indias con un muy honroso cargo<sup>28</sup>. No venían los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; mas apenas los divisó don Quijote, cuando dijo a su escudero:

—O yo me engaño, o esta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen deben de ser y son sin duda algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto a todo mi poderío<sup>29</sup>.

—Peor será esto que los molinos de viento —dijo Sancho—. Mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera. Mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe.

—Ya te he dicho, Sancho —respondió don Quijote—, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.

Y diciendo esto se adelantó y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y, en llegando tan cerca que a él le pareció que le podrían oír lo que dijese, en alta voz dijo:

—Gente endiablada y descomunal<sup>30</sup>, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas<sup>31</sup>; si no, aparejaos a recibir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras.

<sup>21</sup> 'no hubieran sido suficientes para despertarle'.

<sup>22</sup> 'bebió un trago de la bota'; el desayuno con vino o aguardiente era normal para los hombres.

<sup>23</sup> *a obra de las tres del día*: 'a eso (alrededor) de las tres de la tarde'.

<sup>24</sup> Sancho, como villano, no lleva espada: DQ habla influido por los libros de caballerías; sin embargo, ciertos pasajes del *Q.* parecen señalar que el escudero algunas veces sí que la llevaba, mientras que otros, en cambio, lo desmienten.

<sup>25</sup> 'por mi condición natural, por mi carácter'.

<sup>26</sup> El uso de la metáfora hiperbólica de *dromedario* para indicar una cabalgadura muy grande podría ser un recuerdo de los libros de caballerías.

<sup>27</sup> *antojos de camino*: 'anteojos de cristal de roca acoplados a un tafetán que tapaba el rostro para protegerlo durante los viajes'.

<sup>28</sup> *pasaba a las Indias*: 'iba a América'; *Sevilla* era el centro de todos los asuntos relacionados con las Indias; de allí, dos veces al año, salía la flota.

<sup>29</sup> 'con toda mi autoridad'.

<sup>30</sup> 'fuera de lo común', 'monstruosa'; adjetivos que en los libros de caballerías se aplican a los gigantes.

<sup>31</sup> El episodio se corresponde con otro de *El caballero de la Cruz*, en que cuatro gigantes llevan presos en una carreta al emperador, la emperatriz y la princesa, y son desafiados por el infante Floramor. El libro está entre los quemados en el escrutinio de la biblioteca

Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados así de la figura de don Quijote como de sus razones, a las cuales respondieron:

—Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen o no ningunas forzadas princesas.

—Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla<sup>32</sup> —dijo don Quijote.

Y sin esperar más respuesta picó a Rocinante y, la lanza baja, arremetió contra el primero fraile, con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun malferido, si no cayera muerto<sup>33</sup>. El segundo religioso, que vio del modo que trataban a su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula<sup>34</sup>, y comenzó a correr por aquella campaña, más ligero que el mismo viento.

Sancho Panza, que vio en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno arremetió a él y le comenzó a quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba a él ligitimamente como despojos de la batalla que su señor don Quijote había ganado. Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya don Quijote estaba desviado de allí hablando con las que en el coche venían, arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y, sin dejarle pelo en las barbas, le molieron a coces y le dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido. Y, sin detenerse un punto, tornó a subir el fraile, todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vio a caballo, picó tras su compañero<sup>35</sup>, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en qué paraba aquel sobresalto, y, sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces<sup>36</sup> que si llevaran al diablo a las espaldas.

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole:

—La vuestra fermosura, señora mía, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante<sup>37</sup>, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo; y por que no penéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso; y, en pago del beneficio que de mí habéis recibido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso y que de mi parte os presentéis ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho<sup>38</sup>.

Todo esto que don Quijote decía escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno<sup>39</sup>, el cual, viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fue para don Quijote y, asiéndole de la lanza, le dijo, en mala lengua castellana y peor vizcaína, desta manera:

—Anda, caballero que mal andes; por el Dios que crióme, que, si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno<sup>40</sup>.

Entendióle muy bien don Quijote, y con mucho sosiego le respondió:

---

<sup>32</sup> ‘gente despreciable y perjura’

<sup>33</sup> ‘e incluso malherido, y es posible que hasta cayese muerto’

<sup>34</sup> ‘golpeó con talones y rodillas a la mula para que corriese’, porque no era caballero y no llevaba espuelas; *castillo* apunta tanto al tamaño de la cabalgadura (arriba tildada de *dromedario*) como a la hazaña caballeresca.

<sup>35</sup> *picó*: ‘apresuró el paso’

<sup>36</sup> *haciéndose cruces*: ‘santiguándose para conjurar el mal’

<sup>37</sup> ‘lo que fuere de su gusto’

<sup>38</sup> Como en tantos episodios, DQ imita a otros caballeros de novela, como Amadís, quien encargó a los caballeros y doncellas que él había salvado del poder del gigante Madarque que fuesen a presentarse ante la reina Brisena

<sup>39</sup> ‘vasco’, de cualquiera de las tres provincias; este personaje era guipuzcoano, de Azpeitia. El *vizcaíno* es un personaje típico frecuente, que suele ser objeto de burlas por su forma de hablar tanto en el teatro como en otros géneros

<sup>40</sup> ‘Vete, caballero, en hora mala, que, por el Dios que me crió, si no dejas el coche es tan cierto que este vizcaíno te matará como que tú estás aquí’; el parlamento del vizcaíno esconde dos chistes a cuenta de DQ: decir *caballero* que mal andes a quien pretende ser caballero andante, y *vizcaíno*, que equivalía a ‘tonto’, que por concordancia se puede aplicar a DQ.

—Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.

A lo cual replicó el vizcaíno:

—¿Yo no caballero? Juro a Dios tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, ¡el agua cuán presto verás que al gato llevas! Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa<sup>41</sup>.

—Ahora lo veredes, dijo Agrajes<sup>42</sup> —respondió don Quijote.

Y, arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaíno, con determinación de quitarle la vida. El vizcaíno, que así le vio venir, aunque quisiera apearse de la mula, que, por ser de las malas de alquiler, no había que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien<sup>43</sup> que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada, que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz, mas no pudo, porque decía el vizcaíno en sus mal trabadas razones que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo había de matar a su ama y a toda la gente que se lo estorbaba. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se desviase de allí algún poco, y desde lejos se puso a mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dio el vizcaíno una gran cuchillada a don Quijote encima de un hombro, por encima de la rodela, que, a dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desafortado golpe, dio una gran voz, diciendo:

—¡Oh, señora de mi alma, Dulcinea, flor de la fermosura, socorred a este vuestro caballero, que por satisfacer a la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla!

El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaíno, todo fue en un tiempo, llevando determinación de aventurarlo todo a la de un golpe solo.

El vizcaíno, que así le vio venir contra él, bien entendió por su desnudo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que don Quijote; y, así, le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula a una ni a otra parte<sup>44</sup>, que ya, de puro cansada y no hecha a semejantes niñerías, no podía dar un paso.

Venía, pues, como se ha dicho, don Quijote contra el cauto vizcaíno con la espada en alto, con determinación de abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba ansimesmo levantada la espada y aferrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban<sup>45</sup>; y la señora del coche y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos a todas las imágenes y casas de devoción<sup>46</sup> de España, porque Dios librase a su escudero y a ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban.

Pero está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla<sup>47</sup>, disculpándose que no halló más escrito destas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra<sup>48</sup> no quiso creer que tan curiosa historia

---

<sup>41</sup> ]¿Que no soy caballero? Juro a Dios, como cristiano, que mientes mucho. Si arrojas la lanza y sacas la espada ¡verás cuán presto me llevo el gato al agua! El vizcaíno es hidalgo por tierra, por mar y por el diablo; y mira que mientes si dices otra cosa'; *llevarse el gato al agua*: 'salirse con la suya'. Era proverbial el aferramiento de los vascos a su hidalguía; ponerla en duda constituía para ellos la mayor ofensa: por eso el vasco desmiente (y ofende gravemente) dos veces a DQ.

<sup>42</sup> Fórmula proverbial de amenaza; con todo, *Agrajes*, personaje del *Amadís*, nunca en el texto conservado utiliza tal expresión.

<sup>43</sup> *avínole bien*: 'tuvo la fortuna'.

<sup>44</sup> 'sin conseguir que la mula girase sobre sí misma' para poder dar frente a DQ.

<sup>45</sup> *casas de devoción*: 'santuarios, ermitas'

<sup>46</sup> *casas de devoción*: 'santuarios, ermitas'

<sup>47</sup> 'combate, batalla singular'; la interrupción del relato para suscitar el interés del lector, recurso literario frecuente en los libros de caballerías y en poemas épicos, es utilizada por C. con intención jocosa.

<sup>48</sup> Hasta este momento la historia de DQ ha sido contada en primera persona («no quiero acordarme») por un narrador innominado y neutro, que ha recogido, ocasionalmente, las indicaciones que el propio DQ hacía al futuro historiador que escribiría sus aventuras; pero ha dicho que «hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben»: se crea así una ambigüedad sobre la identidad de los narradores, traductores y revisores de esta «verdadera historia», que modifican la perspectiva y la focalización del relato, lo que ha sido motivo de amplia discusión entre los comentaristas del *Q*.

estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.



Portada de la versión en cómic de la Editorial Bruguera, 1973 (Ilustración cubierta: Antonio Bernal Romero. original en color).

Colección de cromos,  
1897(original en color)



Estupenda batalla que tuvo Don Quijote con el escudero vizcaino.

# Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha<sup>1</sup>

## Capítulo IX

*Donde se concluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron*

Dejamos en la primera parte desta historia al valeroso vizcaíno y al famoso don Quijote con las espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes<sup>2</sup>, tales, que, si en lleno se acertaban, por lo menos se dividirían y fenderían de arriba abajo y abrirían como una granada; y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor dónde se podría hallar lo que della faltaba.

Causóme esto mucha pesadumbre<sup>3</sup>, porque el gusto de haber leído tan poco se volvía en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecía para hallar lo mucho que a mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre que a tan buen caballero le hubiese faltado algún sabio<sup>4</sup> que tomara a cargo el escrebir sus nunca vistas hazañas<sup>5</sup>, cosa que no faltó a ninguno de los caballeros andantes,

de los que dicen las gentes  
que van a sus aventuras<sup>6</sup>,

porque cada uno dellos tenía uno o dos sabios como de molde, que no solamente escribían sus hechos, sino que pintaban sus más mínimos pensamientos y niñerías, por más escondidas que fuesen; y no había de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase a él lo que sobró a Platir y a otros semejantes<sup>7</sup>. Y, así, no podía inclinarme a creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa a la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas<sup>8</sup>, el cual, o la tenía oculta, o consumida.

Por otra parte, me parecía que, pues entre sus libros se habían hallado tan modernos como *Desengaño de celos* y *Ninfas y pastores de Henares*, que también su historia debía de ser moderna<sup>9</sup> y que, ya que no estuviese escrita, estaría en la memoria de la gente de su aldea y de las a ella circunvecinas. Esta imaginación me traía confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas<sup>10</sup>, y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes<sup>11</sup> y con toda su virginidad a cuestras, de monte en monte y de valle en valle: que si no era que algún follón o algún villano de hacha y capellina<sup>12</sup> o algún descomunal

<sup>1</sup> El *Q.* de 1605, aunque con numeración seguida de capítulos, aparece dividido en cuatro partes de muy desigual extensión. Las razones de esta distribución han sido muy discutidas, atribuyéndose unas veces a propósitos literarios y otras a una reelaboración del original primitivo.

<sup>2</sup> *en guisa*: ‘en actitud de’; *fendientes*: ‘golpes dados con el filo de la espada, de arriba abajo’.

<sup>3</sup> El segundo narrador o, quizá mejor, el narrador paralelo convertido en lector, toma la palabra en primera persona para contar su aventura personal con relación a la historia contada y a la que se va a contar; se recupera así el *yo* con que comenzaba el libro.

<sup>4</sup> Los libros de caballerías solían atribuirse a *sabios*

<sup>5</sup> Otro posible doble sentido: *nunca vistas*: ‘insólitas, extraordinarias’, pero también ‘que nunca fueron vistas’, porque no existieron.

<sup>6</sup> Los versos están emparentados con los que añade Álgar Gómez de Ciudad Real en su traducción del *Triunfo de Amor* de Petrarca; en ellos se combina el caballero aventurero con el enamorado.

<sup>7</sup> Se refiere al protagonista de la *Crónica del caballero Platir*.

<sup>8</sup> Traducción y amplificación del «Tempus edax rerum» de Ovidio, *Metamorfosis*, XV, 234.

<sup>9</sup> Las dos obras, citadas en I, 6, 85, son de 1586 y 1587 respectivamente, pero el libro más *moderno* que se cita en la Primera parte es *El pastor de Iberia*, de 1591. Este dato, entre otros, ha sido utilizado para establecer las fechas de la primera elaboración del *Q.*

<sup>10</sup> Se enuncia el lugar común de la calamidad del presente debida a la decadencia moral del hombre; es la Edad de Hierro frente a la Edad de Oro pasada, que se plantea varias veces en el libro

<sup>11</sup> *azotes*: ‘fustas, correas cortas y anchas que se emplean como látigos’; *palafrenes*: ‘caballos pequeños y mansos, propios para viaje, pero no para las armas’; Covarrubias, *Tesoro*, añade: «En estos, según los libros de caballerías, caminaban las doncellas por las selvas».

<sup>12</sup> ‘capacete, casquete’; *hacha* y *capellina* eran las armas que tenían a su disposición el labrador y los de baja condición. También se armaba así, con lo que tenía a mano, el villano que, por alguna razón, se echaba al monte

gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que, al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un día debajo de tejado, y se fue tan entera a la sepultura como la madre que la había parido<sup>13</sup>. Digo, pues, que por estos y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Quijote de continuas y memorables alabanzas, y aun a mí no se me deben negar, por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia; aunque bien sé que si el cielo, el caso y la fortuna<sup>14</sup> no me ayudan, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con atención la leyere. Pasó, pues, el hallarla en esta manera:

Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero<sup>15</sup>; y como yo soy aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía y vile con caracteres que conocí ser arábigos. Y puesto que aunque los conocía no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado<sup>16</sup> que los leyese, y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua le hallara<sup>17</sup>. En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y, leyendo un poco en él, se comenzó a reír.

Preguntéle yo que de qué se reía, y respondiome que de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen por anotación. Díjele que me la dijese, y él, sin dejar la risa, dijo:

—Está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto: «Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha».

Cuando yo oí decir «Dulcinea del Toboso», quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de don Quijote. Con esta imaginación, le di prisa que leyese el principio, y haciéndolo ansí, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: *Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*<sup>18</sup>. Mucha discreción fue menester para disimular el contento que recibí cuando llegó a mis oídos el título del libro, y, salteándosele al sedero<sup>19</sup>, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que si él tuviera discreción y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor, y roguéle me volviese<sup>20</sup> aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo<sup>21</sup>, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad. Pero yo, por facilitar más el negocio y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje a mi casa, donde en poco más de mes y medio la tradujo toda, del mismo modo que aquí se refiere.

Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de don Quijote con el vizcaíno, puestos en la misma postura que la historia cuenta<sup>22</sup>, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del vizcaíno tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler a tiro de ballesta<sup>23</sup>. Tenía a los pies escrito el vizcaíno un título que decía, «Don Sancho de Azpeitia» que, sin duda, debía de ser su nombre, y a los pies de Rocinante estaba otro que decía «Don Quijote».

<sup>13</sup> *y se fue...*: la construcción cambia a mitad del período. Se invierte, con malicia, el esperable: «como le había parido la madre».

<sup>14</sup> *el cielo, el caso y la fortuna*: 'la providencia, el azar y la fortuna', elementos que se conjugan con frecuencia en el Humanismo, acaso con origen en Boecio.

<sup>15</sup> *La Alcaná* era calle mercantil; *cartapacios*: 'papeles en que se apuntan cosas diversas' o 'pliegos contenidos en una carpeta'; las mercancías se envolvían frecuentemente en papeles usados.

<sup>16</sup> *morisco aljamiado*: 'el que habla castellano'.

<sup>17</sup> El autor se refiere al hebreo, considerada la lengua mejor y la más antigua, por ser la del Antiguo Testamento. Posiblemente haya una alusión a los criptojudíos (falsos conversos) que seguían en Toledo, pese a la expulsión de 1492.

<sup>18</sup> La figura, nombre y función del autor ficticio, Cide Hamete Benengeli, y del traductor morisco han planteado múltiples problemas a la crítica. El presentarse como simple traductor de una obra escrita por otro es recurso frecuente en los libros de caballerías.

<sup>19</sup> 'adelantándome en el negocio al sedero'.

<sup>20</sup> *volviese*: 'tradujese'.

<sup>21</sup> *arrobas*: 'medida de peso, equivalente a unos doce kilos'; *fanegas*: 'medida de capacidad para grano, que equivale a unos cincuenta litros'. Con las pasas y la sémola del trigo se preparaba el alcuzcuz, plato muy apreciado por los moros.

<sup>22</sup> *historia*: 'relato, crónica'; pero aquí puede significar también 'dibujo'.

<sup>23</sup> 'desde bastante lejos'; se opone a *tiro de piedra*. La *ballesta* es el arma manual, salvando las de fuego, que lanza el proyectil con más fuerza.



Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido<sup>24</sup>, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan héptico confirmado<sup>25</sup>, que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le había puesto el nombre de «Rocinante». Junto a él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro rótulo<sup>26</sup> que decía «Sancho Zancas»<sup>27</sup>, y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de «Panza» y de «Zancas», que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias había que advertir, pero todas son de poca importancia y que no hacen al caso a la verdadera relación de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera.

Si a esta se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos<sup>28</sup>; aunque, por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado. Y ansí me parece a mí, pues cuando pudiera y debiera estender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria<sup>29</sup> las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y nonada apasionados<sup>30</sup>, y que ni el interés ni el miedo, el rancor ni la afición<sup>31</sup>, no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En esta sé que se hallará todo lo que se acertare a desear en la más apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fue por culpa del galgo de su autor<sup>32</sup>, antes que por falta del sujeto<sup>33</sup>. En fin, su segunda parte, siguiendo la traducción, comenzaba desta manera:

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, a la tierra y al abismo<sup>34</sup>: tal era el denuedo y continente que tenían. Y el primero que fue a descargar el golpe fue el colérico vizcaíno; el cual fue dado con tanta fuerza y tanta furia, que, a no volvésele la espada en el camino<sup>35</sup>, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin a su rigurosa contienda y a todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo que, aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada, con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy maltrecho.

¡Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro manchego, viéndose parar<sup>36</sup> de aquella manera! No se diga más sino que fue de manera que se alzó de nuevo en los estribos y, apretando más la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaíno, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que, sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó a echar sangre por las narices y por la boca y por los oídos, y a dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera, sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero, con todo eso, sacó los pies de los estribos y luego soltó los brazos, y la mula, espantada del terrible golpe, dio a correr por el campo, y a pocos corcovos<sup>37</sup> dio con su dueño en tierra.

---

<sup>24</sup> *largo y tendido*: 'con todo detalle'.

<sup>25</sup> *atenuado*: 'fino, casi transparente'; *espinazo*: 'espina dorsal'; *héptico confirmado*: 'tísico o tuberculoso consumido'.

<sup>26</sup> 'rótulo'; en C. es la forma normal.

<sup>27</sup> Es la única ocasión en que se le llama así en el *Q*.

<sup>28</sup> *aquella nación*: 'los musulmanes'; C. mantiene la ambigüedad sobre la veracidad de lo que se relata, ya que poco antes trata a Cide Hamete de «historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas». La falsía y engaño de moros, turcos y musulmanes eran proverbiales.

<sup>29</sup> *de industria*: 'adrede'.

<sup>30</sup> 'nada apasionados'.

<sup>31</sup> 'el odio ni la amistad'.

<sup>32</sup> *galgo* y *perro* eran insultos que se aplicaban recíprocamente cristianos y musulmanes.

<sup>33</sup> 'asunto, materia'.

<sup>34</sup> 'al mar'; es decir, al universo entero.

<sup>35</sup> *volvérsele*: 'desviársele'.

<sup>36</sup> *parar*: 'maltratar'.

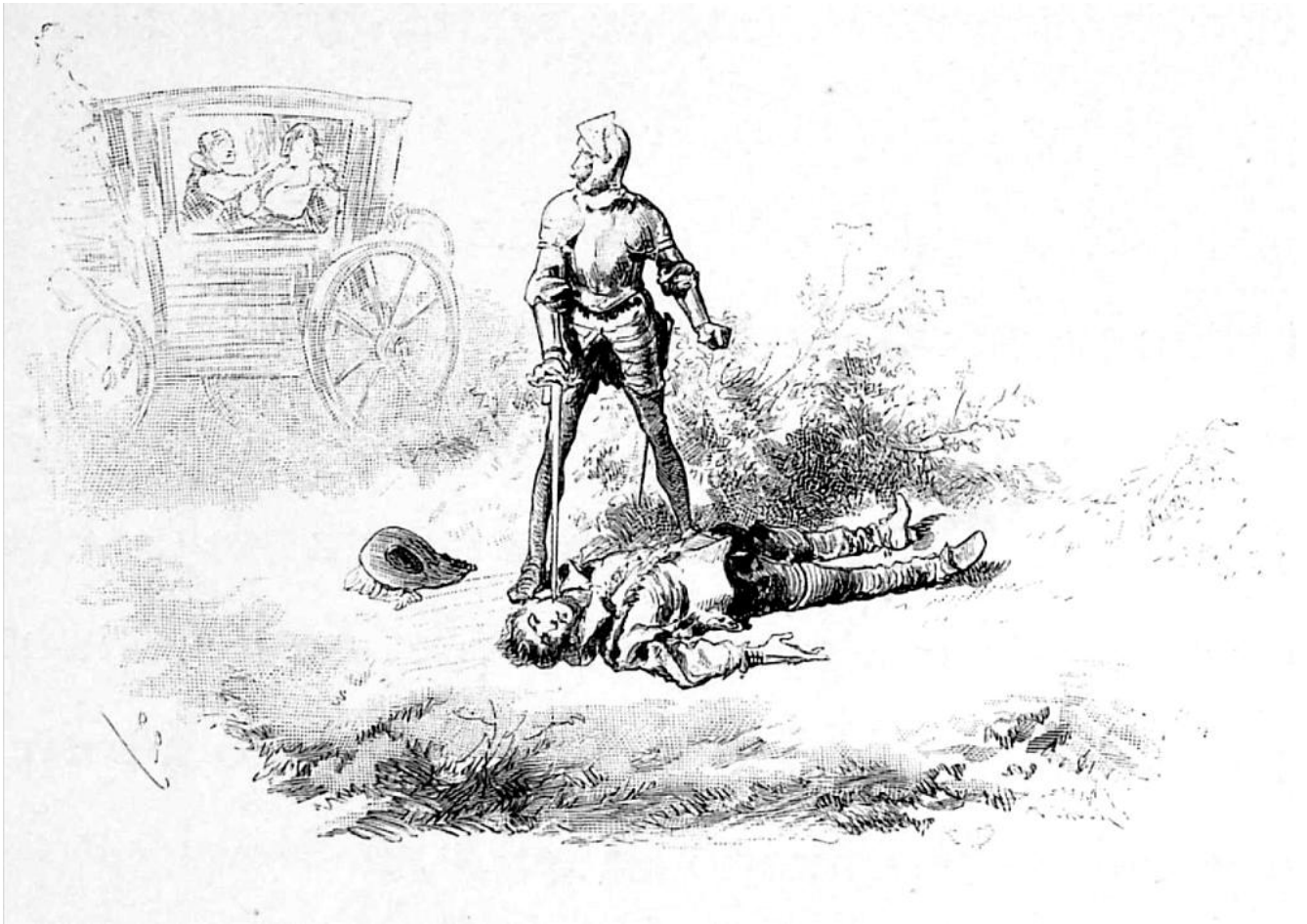
<sup>37</sup> *corcovos*: 'saltos, botes'.

Estábaselo con mucho sosiego mirando don Quijote, y como<sup>38</sup> lo vio caer, saltó de su caballo y con mucha ligereza se llegó a él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese; si no, que le cortaría la cabeza. Estaba el vizcaíno tan turbado, que no podía responder palabra; y él lo pasara mal, según estaba ciego don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habían mirado la pendencia, no fueran a donde estaba y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida a aquel su escudero. A lo cual don Quijote respondió, con mucho entono y gravedad:

—Por cierto, hermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís, mas ha de ser con una condición y concierto<sup>39</sup>: y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso y presentarse de mi parte ante la sin par doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que más fuere de su voluntad.

La temerosa y desconsolada señora, sin entrar en cuenta de lo que don Quijote pedía, y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haría todo aquello que de su parte le fuese mandado.

—Pues en fe de esa palabra yo no le haré más daño, puesto que me lo tenía bien merecido<sup>40</sup>.



*...y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese; si no, que le cortaría la cabeza.*  
(Grabado de Ricardo Balagá)

<sup>38</sup> *como*: tan pronto como

<sup>39</sup> *concierto*: 'pacto, acuerdo, convenio'

<sup>40</sup> 'aunque lo tenía bien merecido, en mi concepto'; el *me* es un dativo de interés.

## Capítulo X

*De lo que más le avino a don Quijote con el vizcaíno y del peligro en que se vio con una caterva de yangüeses*<sup>1</sup>

Ya en este tiempo se había levantado Sancho Panza, algo maltratado de los mozos de los frailes, y había estado atento a la batalla de su señor don Quijote, y rogaba a Dios en su corazón fuese servido de darle vitoria y que en ella ganase alguna ínsula de donde le hiciese gobernador, como se lo había prometido. Viendo, pues, ya acabada la pendencia y que su amo volvía a subir sobre Rocinante, llegó a tenerle el estribo y, antes que subiese, se hincó de rodillas delante dél y, asiéndole de la mano, se la besó<sup>2</sup> y le dijo:

—Sea vuestra merced servido, señor don Quijote mío, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que, por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo.

A lo cual respondió don Quijote:

—Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las a esta semejantes no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza, o una oreja menos. Tened paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino más adelante<sup>3</sup>.

Agradecióselo mucho Sancho y, besándole otra vez la mano y la falda de la loriga<sup>4</sup>, le ayudó a subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno y comenzó a seguir a su señor, que a paso tirado<sup>5</sup>, sin despedirse ni hablar más con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguía Sancho a todo el trote de su jumento, pero caminaba tanto Rocinante, que, viéndose quedar atrás, le fue forzoso dar voces a su amo que se aguardase. Hízolo así don Quijote, teniendo las riendas a Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual, en llegando, le dijo:

—Páreceme, señor, que sería acertado irnos a retraer a alguna iglesia<sup>6</sup>, que, según quedó maltrecho aquel con quien os combatistes, no será mucho que den noticia del caso a la Santa Hermandad<sup>7</sup> y nos prendan; y a fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo<sup>8</sup>.

—Calla —dijo don Quijote—, ¿y dónde has visto tú o leído jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por más homicidios que hubiese cometido?

—Yo no sé nada de omecillos —respondió Sancho—, ni en mi vida le caté<sup>9</sup> a ninguno; solo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto.

—Pues no tengas pena, amigo —respondió don Quijote—, que yo te sacaré de las manos de los caldeos<sup>10</sup>, cuanto más de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida: ¿has visto más valeroso

<sup>1</sup> El título del capítulo no corresponde a lo que se va a narrar: el episodio del vizcaíno ya ha terminado y a DQ no le sucede nada más con él. Con los *yangüeses* (o ‘gallegos’) no se encontrará hasta I, 15. Este posible descuido de C. ha provocado, desde antiguo, muchas especulaciones.

<sup>2</sup> En señal de respeto y vasallaje. La mano se besaba a un superior, sobre todo cuando se agradecía o pedía alguna merced, como sucede ahora.

<sup>3</sup> ‘sino aun más que eso, algo de mayor categoría’.

<sup>4</sup> cota ligera, de cuero, de tejido guateado, de laminillas de acero o de malla, sobre la que se colocaba la *coraza* propiamente dicha’. La *loriga* dejaba colgando un faldón, que es lo que, en señal de extrema sumisión, besa Sancho, como también se lo besan en ocasiones a los héroes de los libros de caballerías.

<sup>5</sup> ‘a paso rápido, sin llegar al trote’

<sup>6</sup> ‘acogernos a sagrado’, donde la ley prohíbe al poder civil que se prenda a nadie. Sancho teme las consecuencias de su anterior aventura si era denunciada a las autoridades; no así DQ, ya que en las novelas de caballerías, como en muchas películas actuales, eso nunca pasaba.

<sup>7</sup> Cuerpo armado, regularizado por los Reyes Católicos (1476), que tenía jurisdicción policial y condenatoria, sin apelación a tribunal, sobre los hechos delictivos cometidos en descampado, sobre todo frente al bandidismo; sus miembros –los *cuadrilleros*– no tenían demasiada buena fama, tanto por la arbitrariedad de su comportamiento y, a veces, corrupción, como por su tendencia a desentenderse de los asuntos difíciles y no ser capaces de proporcionar seguridad a los viajeros.

<sup>8</sup> ‘hemos de pasar muchos trabajos’; *hopo* es ‘mechón de pelo, copete o barba’.

<sup>9</sup> Sancho interpreta la voz culta *homicidio* como *omecillos* ‘malas voluntades, rencores’; *le caté*: ‘le guardé’. [

<sup>10</sup> ‘yo te sacaré de apuros’. Se trata de una alusión bíblica, que puede remitir a varios pasajes de Jeremías (XXXII, 28; XLIII, 3; L, 8, etc.); *caldeos* es, algunas veces, sinónimo de ‘magos, encantadores’.

caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en historias otro que tenga ni haya tenido más brío en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar?

—La verdad sea —respondió Sancho— que yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escribir; mas lo que osaré apostar es que más atrevido amo que vuestra merced yo no le he servido en todos los días de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego a vuestra merced es que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo hilas y un poco de unguento blanco<sup>11</sup> en las alforjas.

—Todo eso fuera bien escusado —respondió don Quijote— si a mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás<sup>12</sup>, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas.

—¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? —dijo Sancho Panza.

—Es un bálsamo —respondió don Quijote— de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor a la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna. Y así, cuando yo le haga y te le dé, no tienes más que hacer sino que, cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer<sup>13</sup>, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sutileza, antes que la sangre se yele<sup>14</sup>, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajallo igualmente y al justo<sup>15</sup>. Luego me darás a beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar más sano que una manzana.

—Si eso hay<sup>16</sup> —dijo Panza—, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios<sup>17</sup> sino que vuestra merced me dé la receta de ese estremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza<sup>18</sup> adondequiera más de a dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente. Pero es de saber agora si tiene mucha costa el hacelle.

—Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres<sup>19</sup> —respondió don Quijote.

—¡Pecador de mí! —replicó Sancho—, pues ¿a qué aguarda vuestra merced a hacelle y a enseñármelo?

—Calla, amigo —respondió don Quijote—, que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hacerte; y, por agora, curémonos, que la oreja me duele más de lo que yo quisiera.

Sacó Sancho de las alforjas hilas y unguento. Mas, cuando don Quijote llegó a ver rota su celada, pensó<sup>20</sup> perder el juicio y, puesta la mano en la espada<sup>21</sup> y alzando los ojos al cielo, dijo:

—Yo hago juramento al Criador de todas las cosas y a los santos cuatro Evangelios, donde más largamente están escritos<sup>22</sup>, de hacer la vida que hizo el grande marqués de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos, que fue de no comer pan a manteles, ni con su mujer

---

<sup>11</sup> *ungüento blanco*: ‘pomada protectora y cicatrizante’

<sup>12</sup> Bálsamo que había servido para ungir a Jesús antes de enterrarlo. En un poema épico francés, el bálsamo formaba parte del botín que consiguieron el rey moro Balán y su hijo el gigante Fierabrás («el de feroces brazos») cuando saquearon Roma. Allí, Oliveros se cura de sus mortales heridas bebiendo un sorbo del unguento. La leyenda está ligada al ciclo de libros de caballerías sobre Carlomagno y los Doce Pares. DQ preparará y beberá este bálsamo, con efectos muy curiosos. También se emplea el *bálsamo de Fierabrás* en *Don Belianís de Grecia*.

<sup>13</sup> La hipóbole es tópica, y ya no sólo en libros de caballerías, sino en historias y poemas épicos. Sirve para encarecer la fortaleza o la cólera de quien propina el golpe.

<sup>14</sup> ‘se coagule’

<sup>15</sup> ‘encajarlo en su sitio y de manera que una parte se ajuste con la otra’.

<sup>16</sup> ‘Si tal cosa existe’, ‘si eso es cierto’

<sup>17</sup> Fórmula fija que cierra los memoriales al rey solicitando algún premio o puesto; aquí es una nueva ironía.

<sup>18</sup> ‘medida de peso, correspondiente a poco menos de treinta gramos’; *estremado*: ‘singular’, ‘excelente’

<sup>19</sup> El *azumbre* es una medida de capacidad para líquidos, equivalente a unos dos litros.

<sup>20</sup> *pensó*: ‘estuvo a punto de...’

<sup>21</sup> ‘en actitud de jurar’, como va a hacer a continuación; la espada tiene forma de cruz y sobre ella apoya su mano DQ.

<sup>22</sup> DQ utiliza la fórmula legal de juramento común —«por Dios y por la señal de la cruz»—, puesto que cualquier otra forma estaba prohibida por la ley LXVII de Toro, y añade una coletilla legal que utilizaban los escribanos cuando algún documento de testimonio era resumen de otro de mayor longitud y más exacto

folgar, y otras cosas que, aunque dellas no me acuerdo, las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me fizo.

Oyendo esto Sancho, le dijo:

—Advierta vuestra merced, señor don Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado de irse a presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debía, y no merece otra pena si no comete nuevo delito.

—Has hablado y apuntado muy bien —respondió don Quijote—, y, así, anulo el juramento en cuanto lo que toca a tomar dél nueva venganza; pero hágole y confírmole de nuevo de hacer la vida que he dicho hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta a algún caballero. Y no pienses, Sancho, que así a humo de pajas<sup>23</sup> hago esto, que bien tengo a quien imitar en ello: que esto mismo pasó, al pie de la letra, sobre el yelmo de Mambrino<sup>24</sup>, que tan caro le costó a Sacripante<sup>25</sup>.

—Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos<sup>26</sup>, señor mío —replicó Sancho—, que son muy en daño de la salud y muy en perjuicio de la conciencia. Si no, dígame ahora: si acaso en muchos días no topamos hombre armado con celada, ¿qué hemos de hacer? ¿Hase de cumplir el juramento, a despecho de tantos inconvenientes e incomodidades, como será el dormir vestido y el no dormir en poblado<sup>27</sup>, y otras mil penitencias que contenía el juramento de aquel loco viejo del marqués de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no solo no traen celadas, pero quizá no las han oído nombrar en todos los días de su vida.

—Engañaste en eso —dijo don Quijote—, porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos más armados que los que vinieron sobre Albraca, a la conquista de Angélica la Bella<sup>28</sup>.

—Alto, pues; sea así —dijo Sancho—, y a Dios prazga<sup>29</sup> que nos suceda bien y que se llegue ya el tiempo de ganar esta ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego<sup>30</sup>.

—Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que, cuando faltare ínsula, ahí está el reino de Dinamarca, o el de Sobradisa<sup>31</sup>, que te vendrán como anillo al dedo, y más que, por ser en tierra firme, te debes más alegrar. Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algún castillo donde alojemos esta noche y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto a Dios<sup>32</sup> que me va doliendo mucho la oreja.

—Aquí trayo una cebolla y un poco de queso<sup>33</sup>, y no sé cuántos mendrugos de pan —dijo Sancho—, pero no son manjares que pertenecen a tan valiente caballero como vuestra merced.

—¡Qué mal lo entiendes! —respondió don Quijote—. Hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y, ya que coman, sea de aquello que hallaren más a mano; y esto se te hiciera cierto si hubieras leído tantas historias como yo, que, aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relación de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso y en

<sup>23</sup> *a humo de pajas*: ‘vanamente, sin fundamento, solo por cumplir’.

<sup>24</sup> Rey moro cuyo yelmo consiguió Reinaldos de Montalbán (*Orlando innamorato*); Dardinel muere en el intento de recuperarlo (*Orlando furioso*). La idea del yelmo maravilloso desarrollará un papel importantísimo a partir de I, 21, en que DQ arrebató su bacía (palangana) a un barbero, tomándola por el citado yelmo.

<sup>25</sup> DQ sustituye a Dardinel por *Sacripante*, que peleó con Reinaldos por su caballo y por amores de Angélica en el *Orlando furioso*.

<sup>26</sup> *que dé al diablo*: ‘desprecie, olvide, mande al infierno’

<sup>27</sup> Sancho recuerda la continuación de romance y juramento: «De no vestir otras ropas / ni renovar mi calzare, / de no entrar en poblado / ni las armas me quitare». Es una prueba de la popularidad que llegaron a alcanzar estos relatos heroicos, incluso entre los más ignorantes.

<sup>28</sup> Se refiere al episodio contado en el *Orlando innamorato*, I, 10, cuando multitud de ejércitos cristianos y moros, atraídos por la belleza de Angélica, pusieron cerco al castillo que se levantaba sobre la peña *Albraca*, donde la tenía encerrada su padre Galfrón, rey de Catay. Solo el ejército que mandaba Agricane estaba formado por dos millones doscientos mil caballeros armados.

<sup>29</sup> ‘ojalá’, ‘Dios lo quiera’; *prazga* es forma sayaguesa por *plazga* o *plegue*. El sayagués es una variedad del dialecto leonés que, de forma tópica, se solía utilizar en el teatro de la época para caracterizar el habla rústica de los personajes ignorantes.

<sup>30</sup> Fórmula para expresar el deseo ardiente de algo: ‘y ya podré morir en paz’

<sup>31</sup> *Sobradisa*: nombre de un reino imaginario, del que es rey Galaor, hermano de Amadís.

<sup>32</sup> ‘te juro por Dios’

<sup>33</sup> la *cebolla con pan* es comida propia de villanos, no de caballeros

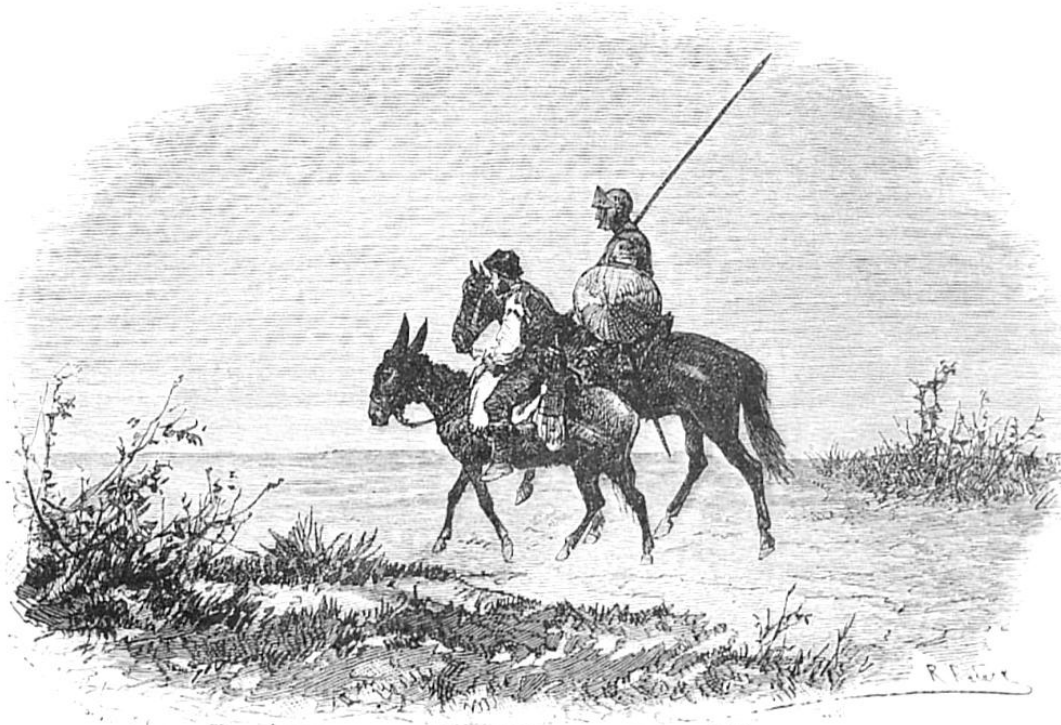
algunos suntuosos banquetes que les hacían, y los demás días se los pasaban en flores<sup>34</sup>. Y aunque se deja entender que no podían pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efeto eran hombres como nosotros, hase de entender también que andando lo más del tiempo de su vida por las florestas y despoblados, y sin cocinero, que su más ordinaria comida sería de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces<sup>35</sup>. Así que, Sancho amigo, no te congoje lo que a mí me da gusto: ni quieras tú hacer mundo nuevo<sup>36</sup>, ni sacar la caballería andante de sus quicios.

—Perdóneme vuestra merced —dijo Sancho—, que como yo no sé leer ni escrebir, como otra vez he dicho, no sé ni he caído en las reglas de la profesión caballeresca; y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced, que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de más sustancia<sup>37</sup>.

—No digo yo, Sancho —replicó don Quijote—, que sea forzoso a los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su más ordinario sustento debía de ser dellas y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocían y yo también conozco.

—Virtud es —respondió Sancho— conocer esas yerbas, que, según yo me voy imaginando, algún día será menester usar de ese conocimiento.

Y sacando en esto lo que dijo que traía, comieron los dos en buena paz y compañía. Pero, deseosos de buscar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida. Subieron luego a caballo y diéronse prisa por llegar a poblado antes que anocheciese, pero faltóles el sol, y la esperanza de alcanzar lo que deseaban, junto a unas chozas de unos cabreros, y, así, determinaron de pasarla allí; que cuanto fue de pesadumbre para Sancho no llegar a poblado fue de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedía era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería<sup>38</sup>.



(Ricardo Balagá, 1879)

<sup>34</sup> Se juega con el significado literal ‘cosas hermosas, espirituales’, de dónde vienen expresiones como *flos sanctorum* (flor de santos) o palabras derivadas como *florilegio*; pero *pasárselo en flores* es también ‘gastar el tiempo en cosas inútiles’.

<sup>35</sup> El no hacer asco DQ a estos manjares y la forma de aceptación recuerda el episodio de Lázaro y el escudero (*Lazarillo*, III). También da a entender que, a pesar de las elaboradas excusas de DQ, no debía de ser este un alimento extraño para el empobrecido hidalgo.

<sup>36</sup> ‘ni quieras cambiar lo establecido por la costumbre’

<sup>37</sup> Burla evidente de Sancho; *volátiles* son ‘cosas impalpables’, como el aroma de las flores, y también ‘aves’, que se conservaban en fiambre, en escabeche, en adobo o empanadas, y se llevaban para comer en los viajes.

<sup>38</sup> *acto posesivo*: ‘acto con el que se demuestra la posesión de un derecho de cuya propiedad puede dudarse’, en este caso el derecho de ser caballero.

# RESUMEN DE CAPÍTULOS OMITIDOS<sup>1</sup>

## Capítulos XI-XIV

### Los cabreros y el discurso sobre la Edad de Oro.

Don Quijote y Sancho llegan al anochecer a las chozas de unos cabreros que les dan hospitalidad amablemente, y al acabar la cena, cogiendo un puñado de bellotas, aquél pronuncia ante su rústico auditorio el famoso discurso sobre la Edad de Oro, en el que Cervantes reúne con acierto y varias veces con ironía una serie de tópicos de autores clásicos y renacentistas sobre aquella ideal época en que la virtud y la bondad imperaban en el mundo. Es de notar que varios de los conceptos desarrollados en este discurso de don Quijote (que empieza con las palabras «*Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron el nombre de dorados...*») reaparecen en la comedia de Cervantes *El trato de Argel*, donde el cautivo Aurelio pronuncia un soliloquio que empieza:

*Oh santa edad, por nuestro mal pasada,  
a quien nuestros antiguos le pusieron  
el dulce nombre de la edad dorada... !*

### La historia de Grisóstomo y Marcela.

Durante la permanencia de don Quijote y Sancho con los cabreros (1, 11-14) se desarrolla el final de la historia de los amores pastoriles de Grisóstomo y Marcela, en la que amo y criado son unos meros espectadores. Se trata de un episodio de tipo pastoril que termina trágicamente con la muerte de Grisóstomo (que tal vez se suicida; Cervantes evita precisar este punto) a causa de los desdenes de Marcela, displicente y desdenosa. El ambiente y el estilo de esta historia es similar al de la novela pastoril, que Cervantes había cultivado con su primera obra, la *Galatea*; pero es preciso tener en cuenta que aquí logra dar una mayor sensación de naturalidad. Hay en estos capítulos del Quijote una doble visión de la vida rústica la de los cabreros y la de los pastores. Los primeros están tomados de la realidad, como Pedro, que en su hablar gracioso y campesino comete errores idiomáticos y emplea vulgarismos que don Quijote se apresura a corregirle. Los pastores, en cambio, son seres más literarios que auténticos, como Grisóstomo, el «famoso pastor estudiante», que había frecuentado las aulas de Salamanca y que es autor de una extensa «Canción desesperada» al estilo de Garcilaso de la Vega. Esta doble visión, si bien se pudiera justificar admitiendo que los cabreros no pasan de ser unos palurdos y los pastores son unos labradores acomodados, no por esto deja de tener algo de arbitrario, aunque cae plenamente dentro del gusto de la época.

## Tercera parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha

### Capítulo XV

*Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses<sup>2</sup>*

Don Quijote y Sancho abandonan a los cabreros y pastores y reemprenden su viaje. Mientras descansan a la hora de la siesta Rocinante se entremete en el tranquilo pacer de unas hacas, o jacas, de unos yangüeses (o sea naturales de Yanguas; pero en la primera edición son llamados «gallegos»); éstos dan una paliza al caballo y luego a don Quijote y a Sancho, que quedan molidos en el suelo comentando melancólicamente tan inesperado suceso. Con penas y trabajos llegan a una venta, que don Quijote toma por castillo, a pesar de las razones y advertencias de Sancho (1, 15).

---

<sup>1</sup> Todos estos resúmenes serán extraídos literalmente de: **Martín DE RIQUER**: *Aproximación al Quijote*. Biblioteca Básica SALVAT, Estella (Navarra), 1970.

<sup>2</sup> ‘naturales de Yanguas’, nombre de dos pueblos: uno de la actual provincia de Soria, pero de la diócesis de Calahorra, y otro cercano a Segovia. Ya advertimos en el capítulo X del error (¿del propio Cervantes?) al poner el título de aquel capítulo, que podría hacer pensar que todo el episodio con los cabreros fue añadido más tarde, entre la aventura del vizcaíno y la de los yangüeses, y que C. probablemente olvidó corregir también el título.



¡Anda, caballero que mal andas; por el Dios que creóme, que, si no defas coche, así te matas como estás ahí, vetealno!

¡Si fueras caballero, ya yo hubiera castigado tu san-  
ciez y atrevimiento!



¿Yo no caballero?...  
... Si lanza arrojas y espada  
sacas, ¡el agua cuán presto veras  
que al gato llevas!



¡Ahora lo veredes!



Revista juvenil *Trinca*, nº 63, Madrid, Editorial Doncel, 1973. Guión: Nydia Lozano. Dibujos: Leopoldo Sánchez (original en color)



# Tercera parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha<sup>1</sup>

## Capítulo XVI

*De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él se imaginaba ser castillo<sup>2</sup>*

El ventero, que vio a don Quijote atravesado en el asno, preguntó a Sancho qué mal traía. Sancho le respondió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo, y que venía algo brumadas las costillas<sup>3</sup>. Tenía el ventero por mujer a una no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y se dolía de las calamidades de sus prójimos; y, así, acudió luego a curar a don Quijote y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase a curar a su huésped. Servía en la venta asimesmo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote<sup>4</sup>, de nariz roma<sup>5</sup>, del un ojo tuerta y del otro no muy sana. Verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera<sup>6</sup>. Esta gentil moza, pues, ayudó a la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama a don Quijote en un camaranchón<sup>7</sup> que en otros tiempos daba manifiestos indicios que había servido de pajar muchos años; en la cual también alojaba un arriero, que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro don Quijote, y, aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos<sup>8</sup>, hacía mucha ventaja a la de don Quijote, que solo contenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos y un colchón que en lo sutil parecía colcha, lleno de bodoques<sup>9</sup>, que, a no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga<sup>10</sup>, y una frazada cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta<sup>11</sup>.

En esta maldita cama se acostó don Quijote, y luego la ventera y su hija le emplastaron<sup>12</sup> de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana; y como al bizmalle<sup>13</sup> viesse la ventera tan acardenalado a partes a don Quijote, dijo que aquello más parecían golpes que caída.

—No fueron golpes —dijo Sancho—, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones, y que cada uno había hecho su cardenal.

Y también le dijo:

—Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas<sup>14</sup>, que no faltará quien las haya menester, que también me duelen a mí un poco los lomos.

—Desa manera —respondió la ventera—, también debistes vos de caer.

—No caí —dijo Sancho Panza—, sino que, del sobresalto que tomé de ver caer a mi amo, de tal manera me duele a mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos.

<sup>1</sup> Realmente, la tercera parte comienza en el capítulo XV

<sup>2</sup> Vuelve a aparecer la *venta* (I, 2, 48, n. 37) como lugar de encuentro de los personajes. Una vez más, DQ la confunde con un castillo.

<sup>3</sup> *brumadas*: ‘magulladas’. Parece claro que Sancho está aquí mintiendo con el propósito de defender la reputación de su amo.

<sup>4</sup> Casi sinónimo de ‘astutoriano’ o ‘cuellicorto’; la falta de cogote en ellos era un tópico en el Siglo de Oro.

<sup>5</sup> ‘chata’; la nariz achatada era signo, en la mujer, de naturaleza lujuriosa. El recurso generalizado de caracterizar psicológicamente a un personaje por medio de su aspecto físico (aún hoy frecuente, tanto en la literatura como en el cine), es utilizado por Cervantes con una maestría quizás nunca superada. Como ya vimos desde el principio, con el retrato de DQ, cualquier rasgo físico de un personaje, aparentemente irrelevante, puede esconder una sutil alusión a un rasgo relevante de su personalidad.

<sup>6</sup> Era uso de las doncellas recatadas *mirar al suelo* cuando hablaban con algún hombre.

<sup>7</sup> ‘cobertizo o edificación hecha de tablones y más o menos cercana a la casa’

<sup>8</sup> *enjalmas*: ‘especie de manta o almohadilla rellena de borra que se coloca sobre los lomos de un animal de carga antes de ponerle la silla’; *machos*: ‘mulos’.

<sup>9</sup> ‘bolas de barro cocido, muy duras, que se disparaban con la ballesta’

<sup>10</sup> Para hacer las adargas se empleaba el cuero más duro, semejante al que se usa para suelas de zapatos.

<sup>11</sup> *frizada*: ‘manta de lana, de pelo largo’; por lo común no se enfurtía ni se apretaba demasiado la trama.

<sup>12</sup> *le emplastaron*: ‘lo ungieron con una pomada curativa’.

<sup>13</sup> *al bizmalle*: ‘al aplicarle el emplasto’; las *bizmas* o apósitos se preparaban empapando hilas de estopa en el líquido medicinal.

<sup>14</sup> ‘hilos del lino que quedan en el rastro cuando se carda’; las *bizmas* o apósitos se preparaban empapando hilas de estopa en el líquido medicinal.

—Bien podrá ser eso —dijo la doncella—, que a mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído.

—Ahí está el toque, señora —respondió Sancho Panza—, que yo, sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor don Quijote.

—¿Cómo se llama este caballero? —preguntó la asturiana Maritornes.

—Don Quijote de la Mancha —respondió Sancho Panza—, y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo.

—¿Qué es caballero aventurero? —replicó la moza.

—¿Tan nueva sois en el mundo, que no lo sabéis vos? —respondió Sancho Panza—. Pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras<sup>15</sup> se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendría dos o tres coronas de reinos que dar a su escudero.

—Pues ¿cómo vos, siéndolo deste tan buen señor —dijo la ventera—, no tenéis, a lo que parece, siquiera algún condado?

—Aún es temprano —respondió Sancho—, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea<sup>16</sup>; y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra. Verdad es que si mi señor don Quijote sana desta herida... o caída y yo no quedo contrecho della, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España.

Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento don Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano a la ventera, le dijo:

—Creedme, fermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal, que si yo no la alabo es por lo que suele decirse que la alabanza propia envilece<sup>17</sup>; pero mi escudero os dirá quién soy. Solo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me durare; y pluguiera a los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto a sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes<sup>18</sup>: que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad.

Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritornes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban a ofrecimiento y requiebros; y, como no usadas<sup>19</sup> a semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban<sup>20</sup>; y, agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Maritornes curó a Sancho, que no menos lo había menester que su amo.

Había el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarían juntos, y ella le había dado su palabra de que, en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le iría a buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza<sup>21</sup> que jamás dio semejantes palabras que no las cumpliera, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumía muy de hidalga<sup>22</sup>, y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta, porque decía ella que desgracias y malos sucesos la habían traído a aquel estado.

<sup>15</sup> *en dos palabras*: ‘en un santiamén, en un instante’

<sup>16</sup> Juego paronomásico: *buscando aventuras* implica *buscando venturas*, para hallar *desventuras*; Sancho quiere decir que hasta el momento no han hallado ninguna ventura. Nótese que Sancho miente al decir que hace *un mes*, pues no han pasado más de tres días que salieron de su aldea; DQ, por su parte, oye y calla.

<sup>17</sup> Traducción del adagio latino «Laus in ore proprio vilescit»

<sup>18</sup> ‘que musito para mí’

<sup>19</sup> ‘acostumbradas’

<sup>20</sup> ‘un hombre fuera de lo normal, distinto de lo acostumbrado’

<sup>21</sup> *buena moza* es expresión irónica, dada la figura de la asturiana, pero significaba también ‘prostituta’

<sup>22</sup> Los asturianos alardeaban de descender de los godos, sin ninguna mezcla de razas. Asturias era, junto con Santander, Vizcaya y Galicia, tierra solar de la hidalguía española.

El duro, estrecho, apocado y fermentado<sup>23</sup> lecho de don Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo<sup>24</sup>, y luego junto a él hizo el suyo Sancho, que solo contenía una estera de enea y una manta, que antes mostraba ser de anjeo tundido que de lana<sup>25</sup>. Sucedió a estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, según lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mención porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo<sup>26</sup>. Fuera de que Cide Mahamate Benengeli fue historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras<sup>27</sup>, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan a los labios<sup>28</sup>, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia o ignorancia, lo más sustancial de la obra. ¡Bien haya mil veces el autor de *Tablante de Ricamonte*<sup>29</sup>, y aquel del otro libro donde se cuenta los hechos del conde Tomillas<sup>30</sup>, y con qué puntualidad lo describen todo<sup>31</sup>!

Digo, pues, que después de haber visitado el arriero a su recua y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas y se dio a esperar a su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho bismado y acostado, y, aunque procuraba dormir, no lo consentía el dolor de sus costillas; y don Quijote, con el dolor de las suyas, tenía los ojos abiertos como liebre<sup>32</sup>. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara que colgada en medio del portal ardía.

Esta maravillosa quietud y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos que a cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia, le trujo a la imaginación una de las estrañas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fue que él se imaginó haber llegado a un famoso castillo (que, como se ha dicho, castillos eran a su parecer todas las ventas donde alojaba) y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se había enamorado dél y prometido que aquella noche, a furto<sup>33</sup> de sus padres, vendría a yacer con él una buena pieza; y teniendo toda esta quimera que él se había fabricado por firme y valedera, se comenzó a acuitar<sup>34</sup> y a pensar en el peligroso trance en que su honestidad se había de ver, y propuso en su corazón de no cometer alevosía<sup>35</sup> a su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dama Quinaña se le pusiesen delante.

Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fue menguada<sup>36</sup>) de la venida de la asturiana, la cual, en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustán<sup>37</sup>, con táticos y atentados pasos<sup>38</sup>, entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero. Pero apenas llegó a la puerta, cuando don Quijote la sintió y, sentándose en la cama, a pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir a su hermosa doncella. La asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando a su querido, topó con los brazos de don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca y tirándola hacia sí, sin que ella osase hablar

<sup>23</sup> *apocado y fermentado*: ‘pequeño, cobarde y desleal’, porque promete descanso y no lo da.

<sup>24</sup> *estaba primero*: ‘era el que estaba en primer lugar, el primero que se encontraba al entrar’; por *estrellado establo* hay que entender que a través del techo del camaranchón se podían contemplar las estrellas.

<sup>25</sup> *anjeo*: ‘lienzo basto, de estopa de lino o cáñamo, que se usaba para la fabricación de hábitos de penitencia o de talegas’; además de basto, era *tundido* ‘cortado el pelo que sobresalía’ para eliminar cualquier sensación de suavidad.

<sup>26</sup> Los arrieros eran, según se decía, casi todos moriscos.

<sup>27</sup> ‘bajas, viles’

<sup>28</sup> No se disfrutaban, no se les coge el sabor.

<sup>29</sup> Se trata de la obra con el larguísimo título de *La crónica de los nobles caballeros Tablante de Ricamonte y Jofre, hijo de Donasón...*, sacada de las crónicas y grandes hazañas de los caballeros de la Tabla Redonda.

<sup>30</sup> Personaje secundario de la *Historia de Enrique, fi de Oliva*; Tomillas es el calumniador que deshonra con sus palabras a la madre de Enrique.

<sup>31</sup> Es otra ironía; Cervantes se burla de los autores que alargan innecesariamente las obras, deteniéndose en detalles irrelevantes

<sup>32</sup> Es creencia popular que las liebres nunca cierran los ojos, ni siquiera para dormir.

<sup>33</sup> ‘a escondidas’, *furto* era un término legal

<sup>34</sup> preocupar

<sup>35</sup> *Alevosía* aquí significa ‘deslealtad’

<sup>36</sup> desdichada

<sup>37</sup> *albanega*: ‘cofia de mujer de forma redonda’; *fustán*: tela de algodón con la que se hace la ropa interior blanca.

<sup>38</sup> ‘pasos callados y prudentes’

palabra, la hizo sentar sobre la cama. Tentóle luego la camisa, y, aunque ella era de arpillera, a él le pareció ser de finísimo y delgado cendal<sup>39</sup>. Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero a él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraban a crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecía<sup>40</sup>; y el aliento, que sin duda alguna olía a ensalada fiambre y trasnochada<sup>41</sup>, a él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y, finalmente, él la pintó en su imaginación, de la misma traza y modo, lo que había leído en sus libros de la otra princesa que vino a ver el malferido caballero vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto ni el aliento ni otras cosas que traía en sí la buena doncella<sup>42</sup> no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar a otro que no fuera arriero; antes le parecía que tenía entre sus brazos a la diosa de la hermosura. Y, teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja le comenzó a decir:

—Quisiera hallarme en términos, hermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran ferrosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir a los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer a la vuestra fuera imposible<sup>43</sup>. Y más, que se añade a esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada a la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos; que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto.

Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de don Quijote, y, sin entender ni estar atenta a las razones que le decía, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, a quien tenían despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima<sup>44</sup> por la puerta la sintió, estuvo atentamente escuchando todo lo que don Quijote decía, y, celoso de que la asturiana le hubiese faltado la palabra por otro, se fue llegando más al lecho de don Quijote y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podía entender; pero como vio que la moza forcejaba por desasirse y don Quijote trabajaba por tenella, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre; y, no contento con esto, se le subió encima de las costillas y con los pies más que de trote se las paseó todas de cabo a cabo.

El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dio consigo en el suelo, a cuyo gran ruido despertó el ventero y luego imaginó que debían de ser pendencias de Maritornes, porque, habiéndola llamado a voces, no respondía. Con esta sospecha se levantó y, encendiendo un candil, se fue hacia donde había sentido la pelaza<sup>45</sup>. La moza, viendo que su amo venía y que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada se acogió a la cama de Sancho Panza, que aún dormía, y allí se acorruco y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo:

—¿Adónde estás, puta? A buen seguro que son tus cosas éstas<sup>46</sup>.

En esto despertó Sancho y, sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía la pesadilla y comenzó a dar puñadas a una y otra parte, y, entre otras, alcanzó con no sé cuántas a Maritornes, la cual, sentida del dolor, echando a rodar la honestidad<sup>47</sup> dio el retorno a Sancho con tantas, que, a su despecho, le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera, y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo.

<sup>39</sup> *arpillera*: ‘tejido basto de estopa de lino o cáñamo’; *cendal*: ‘tela muy fina de seda’.

<sup>40</sup> La igualación del cabello de la mujer con *hebras de oro*, que oscurece al sol, es tópica en la lírica renacentista.

<sup>41</sup> ‘ensalada ya rancia y revenida’; la cebolla era un componente esencial de cualquier ensalada.

<sup>42</sup> El equívoco es triple: *doncella* significa tanto ‘joven soltera’ —es decir, la hija del ventero— como ‘criada de una casa’, en este caso, Maritornes; además *buena doncella* se empleaba, a mala parte, para designar a una prostituta.

<sup>43</sup> La situación de rechazo a la dama que se ofrece no es rara en los libros de caballerías.

<sup>44</sup> *coima*: ‘prostituta’

<sup>45</sup> ‘oído la refriega’

<sup>46</sup> ‘que esto es cosa tuya’, ‘que tú tienes la culpa’

<sup>47</sup> ‘despreciando el decoro’; ahora Maritornes, que presume de hidalga, pone en juego la «honra», que puede empezar a rodar en boca de todos.

Viendo, pues, el arriero, a la lumbre del candil del ventero, cuál andaba su dama, dejando a don Quijote, acudió a dalle el socorro necesario. Lo mismo hizo el ventero, pero con intención diferente, porque fue a castigar a la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasión de toda aquella armonía<sup>48</sup>. Y así como suele decirse «el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo»<sup>49</sup>, daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo; y fue lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y, como quedaron ascuras, dábanse tan sin compasión todos a bulto, que a doquiera que ponían la mano no dejaban cosa sana.

Alojaba acaso<sup>50</sup> aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad Vieja de Toledo<sup>51</sup>, el cual, oyendo ansimesmo el estraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos<sup>52</sup>, y entró ascuras en el aposento, diciendo:

—¡Ténganse a la justicia! ¡Ténganse a la Santa Hermandad!

Y el primero con quien topó fue con el apuñeado de don Quijote, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno; y, echándole a tiento mano a las barbas, no cesaba de decir:

—¡Favor a la justicia!

Pero viendo que el que tenía asido no se bullía ni meneaba, se dio a entender que estaba muerto y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y, con esta sospecha, reforzó la voz, diciendo:

—¡Ciérrese la puerta de la venta! ¡Miren no se vaya nadie, que han muerto aquí a un hombre!

Esta voz sobresaltó a todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz<sup>53</sup>. Retiróse el ventero a su aposento, el arriero a sus enjalmas, la moza a su rancho<sup>54</sup>; solos los desventurados don Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de don Quijote y salió a buscar luz para buscar y prender los delincuentes, mas no la halló, porque el ventero, de industria<sup>55</sup>, había muerto la lámpara cuando se retiró a su estancia, y fuele forzoso acudir a la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.



... enarboló el brazo en alto y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero...

(G. Doré)

<sup>48</sup> ‘música’; aquí, por antífrasis, ‘trifulca’

<sup>49</sup> *rato*: ‘ratón’; se alude a un cuento, de tradición popular, muy divulgado y construido mediante concatenación de elementos.

<sup>50</sup> *acaso*: ‘por casualidad’

<sup>51</sup> La establecida en el siglo XIII en el antiguo Reino de Toledo, para distinguirla de la nueva Hermandad

<sup>52</sup> Los jefes de pelotón de la Santa Hermandad (*cuadrilleros*) llevaban, como símbolo de su autoridad, *media vara*, un bastón corto de color verde; los documentos acreditativos de su condición los llevaban en un canuto de *hoja de lata* que se podía sujetar a la cintura.

<sup>53</sup> ‘en la actitud en que alcanzó a oír la voz’.

<sup>54</sup> ‘alojamiento, normalmente mal acondicionado o mal provisto’.

<sup>55</sup> ‘adrede, deliberadamente’

## Capítulo XVII

*Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta que por su mal pensó que era castillo*

Había ya vuelto en este tiempo de su parasismo<sup>1</sup> don Quijote, y con el mismo tono de voz con que el día antes había llamado a su escudero, cuando estaba tendido en el val de las estacas<sup>2</sup>, le comenzó a llamar, diciendo:

—Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes, amigo Sancho?

—¡Qué tengo de dormir, pesía a mí<sup>3</sup> —respondió Sancho, lleno de pesadumbre y de despecho—, que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche!

—Puedeslo creer así, sin duda —respondió don Quijote—, porque o yo sé poco o este castillo es encantado. Porque has de saber... Mas esto que ahora quiero decirte hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta después de mi muerte.

—Sí juro —respondió Sancho.

—Dígolo —replicó don Quijote— porque soy enemigo de que se quite la honra a nadie.

—Digo que sí juro —tornó a decir Sancho— que lo callaré hasta después de los días de vuestra merced<sup>4</sup>, y plega a Dios que lo pueda descubrir mañana<sup>5</sup>.

—¿Tan malas obras te hago, Sancho —respondió don Quijote—, que me querrías ver muerto con tanta brevedad?

—No es por eso —respondió Sancho—, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querría que se me pudriesen de guardadas.

—Sea por lo que fuere —dijo don Quijote—, que más fío de tu amor y de tu cortesía; y, así, has de saber que esta noche me ha sucedido una de las más estrañas aventuras que yo sabré encarecer, y, por contártela en breve, sabrás que poco ha que a mí vino la hija del señor deste castillo, que es la más apuesta y hermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¿Qué te podría decir del adorno de su persona? ¿Qué de su gallardo entendimiento? ¿Qué de otras cosas ocultas, que, por guardar la fe que debo a mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio? Solo te quiero decir que, envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me había puesto en las manos, o quizá, y esto es lo más cierto, que, como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por dónde venía vino una mano pegada a algún brazo de algún descomunal gigante y asentóme una puñada en las quijadas, tal, que las tengo todas bañadas en sangre; y después me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer cuando los arrieros, que por demasías de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes. Por donde conjeturo que el tesoro de la hermosura desta doncella le debe de guardar algún encantado moro<sup>6</sup>, y no debe de ser para mí.

—Ni para mí tampoco —respondió Sancho—, porque más de cuatrocientos moros me han aporreado a mí, de manera que el molimiento de las estacas fue tortas y pan pintado<sup>7</sup>. Pero dígame, señor, cómo llama a esta buena y rara aventura, habiendo quedado della cual quedamos. Aun vuestra merced, menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable hermosura que ha dicho; pero yo ¿qué tuve sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida? ¡Desdichado de mí y de la madre que me parió, que ni soy caballero andante ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte!

<sup>1</sup> *parasismo*: 'paroxismo, síncope, pérdida de conocimiento'

<sup>2</sup> *val*: 'valle'; la frase evoca un célebre romance: «Por el *val de las estacas* / el buen Cid pasado había», cuando «va buscando al moro Audalla»; el Audalla del romance anuncia al *encantado moro* de que en seguida se hablará.

<sup>3</sup> 'pese a mí', 'condenado sea'

<sup>4</sup> 'hasta el fin de sus días', 'hasta después de que muera vuestra merced'

<sup>5</sup> 'quiera Dios que lo pueda revelar mañana mismo'

<sup>6</sup> En el folclore español, los tesoros escondidos suelen estar guardados por moros encantados o duendes vestidos a la morisca, y destinarse a ser entregados a los que cumplan determinadas condiciones.

<sup>7</sup> Frase hecha que se usa para indicar que algún mal es pequeño comparado con otro

—Luego ¿también estás tú aporreado? —respondió don Quijote.

—¿No le he dicho que sí, pesia a mi linaje? —dijo Sancho.

—No tengas pena, amigo —dijo don Quijote—, que yo haré agora el bálsamo precioso, con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos.

Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero y entró a ver el que pensaba que era muerto; y así como le vio entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara<sup>8</sup>, preguntó a su amo:

—Señor, ¿si será este, a dicha<sup>9</sup>, el moro encantado, que nos vuelve a castigar, si se dejó algo en el tintero<sup>10</sup>?

—No puede ser el moro —respondió don Quijote—, porque los encantados no se dejan ver de nadie.

—Si no se dejan ver, déjense sentir —dijo Sancho—; si no, díganlo mis espaldas.

—También lo podrían decir las mías —respondió don Quijote—, pero no es bastante indicio ese para creer que este que se vea sea el encantado moro.

Llegó el cuadrillero y, como los halló hablando en tan sosegada conversación, quedó suspenso. Bien es verdad que aún don Quijote se estaba boca arriba sin poderse menear, de puro molido y emplastado. Llegóse a él el cuadrillero y díjole:

—Pues ¿cómo va, buen hombre?

—Hablara yo más bien criado<sup>11</sup> —respondió don Quijote—, si fuera que vos<sup>12</sup>. ¿Úsase en esta tierra hablar desa suerte a los caballeros andantes, majadero?

El cuadrillero, que se vio tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer<sup>13</sup>, no lo pudo sufrir, y, alzando el candil con todo su aceite, dio a don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado; y como todo quedó ascuras, salióse luego, y Sancho Panza dijo:

—Sin duda, señor, que este es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos.

—Así es —respondió don Quijote—, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamientos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas, que, como son invisibles y fantásticas, no hallaremos de quién vengarnos, aunque más lo procuremos<sup>14</sup>. Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo<sup>15</sup>; que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado.

Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos y fue ascuras donde estaba el ventero; y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo:

—Señor, quienquiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama malferido por las manos del encantado moro que está en esta venta.

Cuando el cuadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso; y, porque ya comenzaba a amanecer, abrió la puerta de la venta y, llamando al ventero, le dijo lo que aquel buen hombre quería. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó a don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le había hecho más mal que levantarle dos chichones algo

---

<sup>8</sup> Como la *camisa* parece un albornoz y el *pañó de cabeza* ('pañuelo que se ponía en la cabeza para dormir') recuerda el que solían llevar los moriscos del campo, Sancho confunde al cuadrillero con un *encantado moro*.

<sup>9</sup> 'por casualidad'

<sup>10</sup> 'por si se olvidó de algo'

<sup>11</sup> Tratar a alguien de *buen hombre* se tenía por ofensivo; *más bien criado*: 'con mejor educación'.

<sup>12</sup> 'si estuviera en vuestro lugar'

<sup>13</sup> 'de tan mal aspecto', y también 'de tan mal juicio, tan poco sensato'.

<sup>14</sup> 'por más que lo intentemos'

<sup>15</sup> *aceite, vino, sal y romero* eran los elementos que se empleaban en la medicina casera

crecidos, y lo que él pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta.

En resolución, él tomó sus simples<sup>16</sup>, de los cuales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza o aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donación<sup>17</sup>, y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta paternostres y otras tantas avemarías, salves y credos, y a cada palabra acompañaba una cruz, a modo de bendición; a todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos<sup>18</sup>.

Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y, así, se bebió, de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido, casi media azumbre<sup>19</sup>; y apenas lo acabó de beber, cuando comenzó a vomitar, de manera que no le quedó cosa en el estómago; y con las ansias y agitación del vómito le dio un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo así y quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás y que con aquel remedio podía acometer desde allí adelante sin temor alguno cualesquiera ruinas<sup>20</sup>, batallas y pependencias, por peligrosas que fuesen.

Sancho Panza, que también tuvo a milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese a él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo don Quijote, y él, tomándola a dos manos, con buena fe y mejor talante se la echó a pechos<sup>21</sup> y envasó bien poco menos que su amo. Es, pues, el caso que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y, así, primero que vomitase le dieron tantas ansias<sup>22</sup> y bascas, con tantos trasudores<sup>23</sup> y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado, maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado. Viéndole así don Quijote, le dijo:

—Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar a los que no lo son.

—Si eso sabía vuestra merced —replicó Sancho—, ¡mal haya yo y toda mi parentela!, ¿para qué consintió que lo gustase?

En esto hizo su operación el brebaje y comenzó el pobre escudero a desaguarse por entrambas canales<sup>24</sup>, con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se había vuelto a echar, ni la manta de anjeo con que se cubría, fueron más de provecho. Sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podía tener.

Pero don Quijote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego a buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele al mundo y a los en él menesterosos de su favor y amparo, y más, con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo. Y así, forzado deste deseo, él mismo ensilló a Rocinante y enalbardó al jumento de su escudero, a quien también ayudó a vestir y a subir en el asno. Púsose luego a caballo y, llegándose a un rincón de la venta, asió de un lanzón<sup>25</sup> que allí estaba, para que le sirviese de lanza.

---

<sup>16</sup> ‘elementos básicos en la composición de un medicamento, antes de empezar a mezclarlos’

<sup>17</sup> sin cobrárselos

<sup>18</sup> ‘andaba ocupado en el cuidado de sus mulos’

<sup>19</sup> **azumbre**: ‘unidad de volumen, equivalente a unos dos litros’

<sup>20</sup> ‘estragos, daños’

<sup>21</sup> ‘bebió un trago muy grande’.

<sup>22</sup> **ansias**: ‘congojas, angustias’

<sup>23</sup> **trasudores**: ‘sudores fríos que se producen por algún malestar’

<sup>24</sup> ‘a echar por uno y por otro lado, es decir, con vómito y diarrea’

<sup>25</sup> **lanzón**: ‘chuzo, palo corto armado con un hierro’; lo usaban en la Mancha los guardadores de viñas y melonares; era, pues, arma de villanos, no de caballeros



Estábanle mirando todos cuantos había en la venta, que pasaban de más de veinte personas; mirábale también la hija del ventero, y él también no quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro, que parecía que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debía de ser del dolor que sentía en las costillas —a lo menos pensábanlo aquellos que la noche antes le habían visto bizmar.

Ya que estuvieron los dos a caballo, puesto a la puerta de la venta, llamó al ventero y con voz muy reposada y grave le dijo:

—Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y quedo obligadísimo a agradeceróslas todos los días de mi vida<sup>26</sup>. Si os las puedo pagar en haceros vengado de algún soberbio que os haya fecho algún agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer a los que poco pueden y vengar a los que reciben tuertos y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria, y si halláis alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla, que yo os prometo por la orden de caballero que recibí de faceros satisfecho y pagado a toda vuestra voluntad<sup>27</sup>.

El ventero le respondió con el mismo sosiego:

—Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, cuando se me hacen. Solo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias como de la cena y camas.

—Luego ¿venta es esta? —replicó don Quijote.

—Y muy honrada —respondió el ventero.

—Engañado he vivido hasta aquí —respondió don Quijote—, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es así que no es castillo, sino venta, lo que se podrá hacer por agora es que perdonéis por la paga<sup>28</sup>, que yo no puedo contravenir a la orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto, sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario, que jamás pagaron posada<sup>29</sup> ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho<sup>30</sup> cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, a pie y a caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos a todas las inclemencias del cielo y a todos los incómodos<sup>31</sup> de la tierra.

—Poco tengo yo que ver en eso —respondió el ventero—. Págueme lo que se me debe y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda<sup>32</sup>.

—Vos sois un sandio y mal hostelero —respondió don Quijote.

Y poniendo piernas a Rocinante y terciando su lanzón<sup>33</sup> se salió de la venta sin que nadie le detuviese, y él, sin mirar si le seguía su escudero, se alongó<sup>34</sup> un buen trecho.

El ventero, que le vio ir y que no le pagaba, acudió a cobrar de Sancho Panza, el cual dijo que pues su señor no había querido pagar, que tampoco él pagaría, porque, siendo él escudero de caballero andante como era, la misma regla y razón corría por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse<sup>35</sup> mucho desto el ventero y amenazóle que si no le pagaba, que lo cobraría de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió que, por la ley de caballería que su amo había recibido, no pagaría un solo cornado<sup>36</sup>, aunque le costase la vida, porque no había de perder por

---

<sup>26</sup> La frase, o alguna otra semejante, es ritual para despedirse del señor del castillo que ha acogido a un caballero.

<sup>27</sup> ‘satisfaceros y contentaros en todo lo que deseáis’

<sup>28</sup> ‘disculpéis que no se os pague’

<sup>29</sup> Sin embargo, esto no es del todo cierto: esta situación se da en algunos libros de caballerías, y los escuderos son obligados a pagar.

<sup>30</sup> Expresión jurídica: ‘tanto por privilegio como por ley’

<sup>31</sup> ‘incomodidades’

<sup>32</sup> *hacienda*, aquí significa ‘trabajo’

<sup>33</sup> ‘cogiendo el lanzón para pasar a la posición de ataque’

<sup>34</sup> *se alongó*: ‘se alejó’

<sup>35</sup> *Amohinóse*: ‘Disgustóse’

<sup>36</sup> ‘ni un céntimo’; el *cornado* era la moneda de menor cuantía: seis cornados hacían un maravedí.

él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habían de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perailles<sup>37</sup> de Segovia, tres agujeros<sup>38</sup> del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de Sevilla<sup>39</sup>, gente alegre, bienintencionada, maleante y juguetona, los cuales, casi como instigados y movidos de un mismo espíritu, se llegaron a Sancho, y, apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y, echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra y determinaron salirse al corral, que tenía por límite el cielo; y allí, puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron a levantarle en alto y a holgarse con él como con perro por carnestolendas<sup>40</sup>.

Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron a los oídos de su amo, el cual, deteniéndose a escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venía, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y, volviendo las riendas, con un penado galope<sup>41</sup> llegó a la venta, y, hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado a las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vio el mal juego que se le hacía a su escudero. Viole bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que, si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó a subir desde el caballo a las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo, y, así, desde encima del caballo comenzó a decir tantos denuestos y baldones a los que a Sancho manteaban, que no es posible acertar a escribillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho<sup>42</sup> dejaba sus quejas, mezcladas, ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó, hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle allí su asno y, subiéndole encima, le arrojaron con su gabán<sup>43</sup>; y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y, así, se le trujo del pozo, por ser más frío. Tomóle Sancho y, llevándole a la boca, se paró a las voces que su amo le daba, diciendo:

—Hijo Sancho, no bebas agua; hijo, no la bebas, que te matará<sup>44</sup>. ¿Ves? Aquí tengo el santísimo bálsamo —y enseñáble la alcuza del brebaje—, que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda.

A estas voces volvió Sancho los ojos, como de través<sup>45</sup>, y dijo con otras mayores:

—¿Por dicha hásele olvidado a vuestra merced como yo no soy caballero, o quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme a mí.

Y el acabar de decir esto y el comenzar a beber todo fue uno; mas como al primer trago vio que era agua, no quiso pasar adelante y rogó a Maritornes que se le trujese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero: porque, en efecto, se dice della que, aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y lejos de cristiana<sup>46</sup>.

Así como bebió Sancho, dio de los carcaños a su asno<sup>47</sup> y, abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della, muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intención, aunque había sido a costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se

---

<sup>37</sup> *perailles*: ‘cardadores de lana’.

<sup>38</sup> *agujeros*: ‘fabricantes de agujas’

<sup>39</sup> ‘el Barrio de la Feria (con aspiración de la hache) o mercado’

<sup>40</sup> ‘por carnaval’, cuando era costumbre mantear perros o peleles

<sup>41</sup> *con un penado galope*: ‘con un galope dificultoso’

<sup>42</sup> *volador* porque va por el aire, pero también por las voces que da, oídas como murmullos; *volador* es nombre popular de la bramadera, instrumento típico del carnaval.

<sup>43</sup> ‘chaquetón con capucha de quita y pon, propio de campesinos y caminantes’

<sup>44</sup> El agua fría se consideraba, alternativamente, remedio o causa de enfermedad

<sup>45</sup> ‘de soslayo, como con desprecio o enfado’

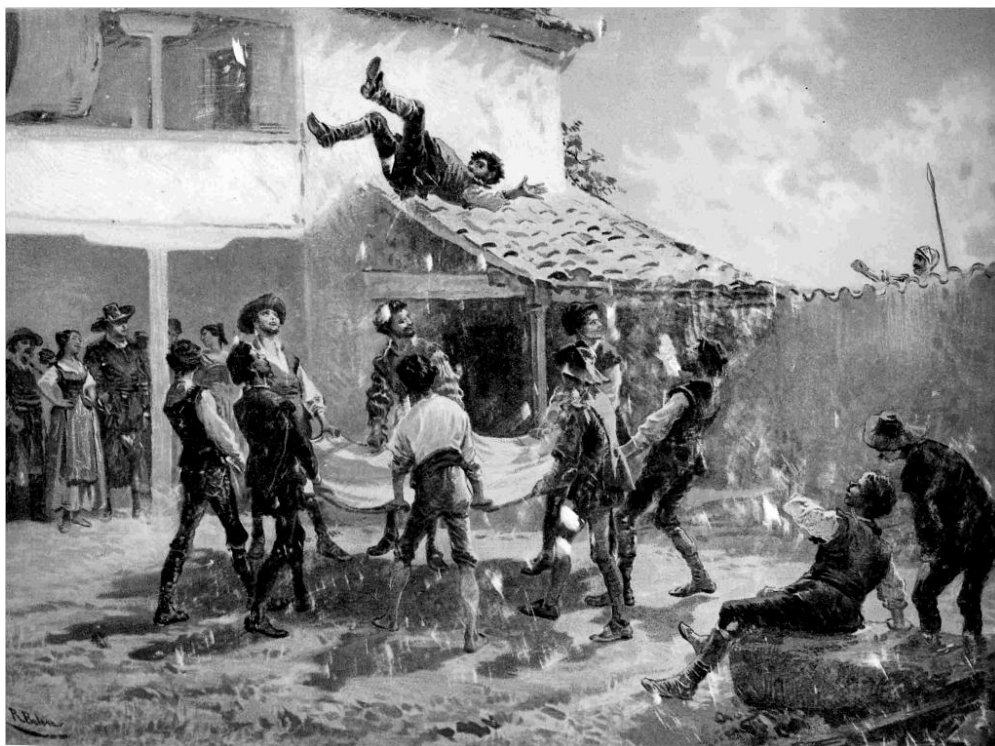
<sup>46</sup> *sombras y lejos* son términos de pintura, que se oponen a lo iluminado y cercano; al referirlos a *cristiana*, se vuelve del revés lo normal en la época: ocultar con luces de cristiano lo oculto de judío o moro.

<sup>47</sup> ‘le dio al asno con los talones para arrearlo’

quedó con sus alforjas, en pago de lo que se le debía; mas Sancho no las echó menos, según salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta así como le vio fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que, aunque don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites<sup>48</sup>.



*...le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora... (G. Doré)*



*...no hubo llegado a las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vio el mal juego que se le hacía a su escudero.*

(R. Balagá, original en color)

<sup>48</sup> **ardite**: 'moneda navarra o catalana de poco valor'; cuando se publicó el Q., ya no tenían curso corriente, pero un ardite se había convertido ya, incluso en la actualidad, en término de comparación para lo que no importa nada o no tiene ningún valor; algo así como 'me importa un pimiento'.

# Don Quijote



Inicio de la aventura de los rebaños. Revista juvenil *Trinca*, nº 64, Madrid, Editorial Doncel, 1973. Guión: Nydia Lozano. Dibujos: Leopoldo Sánchez (original en color)

## **RESUMEN DE CAPÍTULOS OMITIDOS<sup>1</sup>**

### **Capítulos XVIII-XXXV**

#### ***Aventura de los rebaños.***

Otra vez en el campo ven venir, uno hacia el otro, dos rebaños que don Quijote cree, en su exaltada imaginación, que se trata de dos poderosos ejércitos dispuestos a reñir una fiera batalla. Con desbordante inventiva describe a los combatientes de uno y otro bando, sus armas y sus escudos, en una brillantísima enumeración llena de nombres pintorescos, cómicos y altisonantes y de referencias a pueblos reales y fabulosos de la antigüedad<sup>2</sup>.

Don Quijote, en presencia de los rebaños, decide favorecer a uno de los dos ejércitos, y a pesar de los ruegos y advertencias de Sancho, que intenta convencerle de que se trata de ovejas y carneros, los acomete y, como era de esperar, es derribado por los pastores a pedradas. En todas estas aventuras, de estructura similar, en las que don Quijote desfigura la realidad acomodándola al estilo de los libros de caballerías, al llegar el desengaño y ver las cosas tal como son, atribuye la realidad al poder mágico de ciertos encantadores enemigos suyos, que le transforman lo ideal; y así don Quijote quedará convencido de que luchó contra un verdadero ejército, pero convencido también de que los encantadores, a fin de humillar su gloria, lo han transformado en un rebaño.

#### ***La aventura del cuerpo muerto o de los encamisados.***

Aquella misma noche cabalgando don Quijote y Sancho por el oscuro camino vieron llegar un gran grupo de hombres revestidos de camisas por encima del atuendo y que llevaban antorchas encendidas, detrás de las cuales venía una litera cubierta de luto. A don Quijote «*figurósele que la litera eran andas donde debía de ir algún mal ferido o muerto caballero, cuya venganza a él solo estaba reservada*» (1, 19); y cuando luego pregunta a uno de los acompañantes quién mató al caballero, le responde: «*Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron*». Con ello se rompe la tensión heroica el que va en la litera no ha muerto luchando, sino de una normal y corriente enfermedad, y no existe posibilidad de tomar venganza. Este episodio, es una réplica paródica, consciente e intencionada, de otro que se narra en el Palmerín de Inglaterra.

#### ***El caballero de la Triste Figura.***

En el transcurso de la anterior aventura Sancho Panza tuvo ocasión de contemplar a don Quijote a la luz de la antorcha de uno de los encamisados, y pareciéndole que presentaba «la más mala figura, de poco acá, que jamás he visto», le dio el nombre de «el caballero de la Triste Figura», denominación que agradó a don Quijote y que decidió adoptar como apelativo, al estilo de los caballeros andantes que, por diversas razones, tomaban nombres semejantes. Cervantes, al adjudicar este apelativo para su héroe es posible que también tuviera presente que los hombres de temperamento seco como don Quijote eran, según Huarte de San Juan, de carácter melancólico.

#### ***La aventura de los batanes.***

La aventura de los batanes (1, 20) no es más que un cómico e infundado temor que se apodera de don Quijote y Sancho; pero ello da pie a un magnífico diálogo entre ambos y a que el escudero explique el

---

<sup>1</sup> Las siguientes notas de este apartado también proceden del mismo libro de Martín de Riquer, para no alargar en exceso este resumen, pero teniendo en cuenta su interés, hemos preferido insertarlas como notas al pie. No son imprescindibles para entender el resumen.

<sup>2</sup> A nadie le puede caber la menor duda de que todo esto está escrito en broma. Pero la intención paródica y burlesca de estas descripciones se advierte perfectamente cuando se comparan con pasajes semejantes escritos «en serio» por otros autores. Algunos de los conceptos puestos por Cervantes en boca de don Quijote son parodia de la larga descripción de caballeros que figura al final del libro de caballerías Palmerín de Inglaterra. Pero hay en las descripciones de don Quijote una malicia más sutil si reparamos en que en ellas también se están satirizando ciertos pasajes del libro tercero de la Arcadia de Lope de Vega, obra que había aparecido en 1598. Lope de Vega describe unos retratos de héroes y capitanes ilustres. Cervantes ha caricaturizado no tan sólo los libros de caballerías sino unas páginas de Lope, más de una vez zaherido en el Quijote.

tradicional cuento de la pastora Torralba. En este punto de la novela la personalidad de Sancho se ha fijado ya de un modo inconfundible. Precisamente pocas páginas antes (al final del capítulo 19) ha dicho el primero de sus refranes («Váyase el muerto a la sepultura y el vivo a la hogaza»), que constituirán una de las características más salientes de su hablar. En sus reflexiones durante la temerosa noche de los batanes y los comentarios subsiguientes al final de la inocua aventura, así como en la narración del citado cuento de la Torralba, se determina la típica agudeza cazurra del escudero, ahora ya perfectamente delineado.

Va llegando la mañana. El escudero desata el caballo. Amo y criado se adentran en la arboleda buscando el origen de aquel ruido. Resulta que son seis mazos de batán (artilugio movido por el agua, que con esos mazos golpea paños para desengrasarlos).

### ***La aventura del yelmo de Mambrino.***

Al día siguiente don Quijote y Sancho topan con un barbero que, para resguardarse de la lluvia, se había puesto la bacía en la cabeza, que por ser de metal brillante y estar muy limpia, relumbraba extraordinariamente. Don Quijote se imaginó que se trataba de un caballero que llevaba un rico yelmo de oro, y creyó que éste era el famoso yelmo que, según los poemas caballerescos italianos, Reinaldos de Montalbán había ganado matando al rey moro Mambrino.

Poco trabajo le costó a don Quijote apoderarse de lo que él imaginaba yelmo de Mambrino, pues así que el barbero lo vio llegar lanza en ristre, se dejó caer del asno que montaba y huyó ligerísimo, dejando en el suelo la bacía. Don Quijote se apoderó de ella, por creer que la había ganado en buena lid, y se la puso en la cabeza, lo que produjo la risa de Sancho, que bien veía que se trataba del tan vulgar y corriente adminículo de los barberos, y, por su cuenta, se apoderó de la albarda del asno del fugitivo. Pero don Quijote creerá siempre que se trata del rico y valioso yelmo de Mambrino y no dejará de cubrirse con él la cabeza, lo que produciría la risa o la estupefacción de cuantos le encuentren. Tras esta aventura don Quijote, en un largo parlamento a Sancho, traza un perfecto esquema de la trama más común de los libros de caballerías.

### ***La aventura de los galeotes.*<sup>3</sup>**

Este episodio es uno de los más acertados y más famosos del Quijote. Amo y escudero se topan con una comitiva formada por doce hombres encadenados que caminan custodiados por guardianes que los conducen, como delincuentes que son, a cumplir la condena remando en las galeras del Rey. Don Quijote los detiene y se informa detalladamente de sus fechorías, que con desparpajo y sorna le cuentan los propios maleantes, entre los que se destaca Ginés de Pasamonte, el más cargado de delitos y de cadenas. Don Quijote, interpretando elementalmente uno de los fines de la caballería medieval (dar libertad al forzado o esclavizado), aunque ello suponga el olvido de los principios de justicia y de castigo de los malhechores, que constituían una de las misiones esenciales del caballero, da libertad a los galeotes, lo que le es relativamente fácil porque cuenta con la colaboración de éstos.

El principal de los galeotes, Ginés de Pasamonte, que desempeñará un papel no insignificante en la primera y segunda partes del Quijote, posiblemente está inspirado en el real e histórico Jerónimo de Pasamonte, aragonés que fue soldado en Italia y luchó en Lepanto y Navarino y que fue cautivo en Argel de 1574 a 1592, o sea de biografía muy similar a la de Cervantes, y que en 1603 redactó unas curiosas memorias.

---

<sup>3</sup> Literariamente este episodio parece arrancado de una de las mejores novelas picarescas españolas, ya que los personajes que en él intervienen pertenecen al mundo de la delincuencia y del hampa que tan realísticamente retrata aquel género. Los galeotes emplean en su lenguaje voces propias de la germanía o jerga de maleantes, que el mismo don Quijote no entiende.

La crítica romántica interpretó este episodio de un modo totalmente arbitrario: vio en él a don Quijote actuando como paladín de la libertad y valiente adversario de la tiranía. Lo cierto es que don Quijote revela en este episodio un desquiciamiento del concepto de la justicia, pues defiende no causas justas sino las más injustas que darse puedan, como es la de libertar a seres socialmente peligrosos, y que luego, al apedrear a don Quijote y a Sancho, pondrán de manifiesto la vileza de su condición. La aventura de los galeotes constituye una de las mayores «quijotadas» de don Quijote, dando a la palabra el sentido que ha adquirido en español

### ***En Sierra Morena. La historia de Cardenio.***

La libertad de los galeotes pone a don Quijote, e incluso a Sancho que colaboró en ella en la medida de sus fuerzas, fuera de la ley, y por temor a la Santa Hermandad amo y criado se internan en Sierra Morena. Allí Ginés de Pasamonte roba una noche el rucio de Sancho, y allí encuentran una maleta con papeles amorosos, poesías, ropas y dinero de un joven llamado Cardenio que, con la razón extraviada y en estado semisalvaje, vive en la Sierra. Cardenio ha enloquecido porque su amada Luscinda lo ha dejado por don Fernando, al paso que éste ha abandonado a su amada Dorotea. Los antecedentes de esta historia amorosa serán explicados por Cardenio y por Dorotea, que también se encuentra en la Sierra, vestida de hombre, y su desenlace acaecerá paralelamente a la acción principal del Quijote. De hecho en los capítulos 23 a 36 Cervantes irá imbricando esta historia sentimental y grave en el asunto de las aventuras de don Quijote, que en esta sección del libro se verá interrumpida por la inserción de otros relatos marginales.

Los personajes de la historia de Cardenio, sobre todo Dorotea, intervienen activamente en la trama de las aventuras de don Quijote.<sup>4</sup>

### ***La penitencia de don Quijote y la carta a Dulcinea.***

Don Quijote decide suspender transitoriamente su vagabundeo en busca de aventuras y permanecer un tiempo solo en Sierra Morena entregado a la penitencia y al desatino. Se trata de un constante tópico de la novela caballeresca, en la que era frecuente que el caballero, desesperado por desdenes amorosos o por cualquier otro motivo, se retirara a la soledad de los bosques, donde no tan sólo se entregaba a la oración, ayuno y disciplina (penitencia) sino también a cierta furia demencial, que le llevaba a cometer toda suerte de desatinos. Pero los modelos que más presentes tiene don Quijote son los de Amadís de Gaula y de Orlando furioso<sup>5</sup>

Don Quijote combina la penitencia de Amadís con la furia demencial de Orlando, y no tan sólo reza, suspira y hace versos, que escribe en las cortezas de los árboles, sino que da volteretas en camisa (I, 25 y 26). En este trance don Quijote da muestras de cordura, ya que desde el momento que quiere hacer «locuras» revela que procede desde la razón. Esto es muy sutil, pero se confirma con otros incidentes que acaece en estas mismas páginas. Decide enviar a Sancho con una carta a Dulcinea del Toboso, y a fin de orientar al escudero, con un estudiado circunloquio le da a entender que la dama de sus pensamientos es la hija de Lorenzo Corchuelo y Aldonza Nogales. Sancho se queda estupefacto, pues conoce perfectamente a Aldonza Lorenzo, moza de condición muy similar a la suya, y jamás hubiera podido imaginar que se trataba de aquella Dulcinea del Toboso que tanto pondera su amo. La conversación que sobre este punto mantienen don Quijote y Sancho es de suma importancia, ya que aquél, con palabras razonables y totalmente cuerdas, le explica que del mismo modo que las Dianas, Galateas, Filis, Silvias, etc., de los poetas y de las novelas pastoriles son la sublimación de damas de carne y hueso, así Aldonza Lorenzo ha sido sublimada e idealizada por su imaginación poética: «Yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad» (1, 25). Ésta es la única vez en toda la novela que don Quijote abre su secreto y que confiesa que la sin par Dulcinea es la moza labradora Aldonza Lorenzo. Es un paréntesis de cordura, que nos revela hasta qué punto es literaria la locura de don Quijote, ya que confiesa que su Dulcinea es equivalente a las idealizaciones de los poetas.

Como puede verse ni un solo momento pierde el Quijote su carácter paródico, pues precisamente en la sátira de los libros de caballerías se basa toda su estructura y el sucederse de sus episodios. Los

---

<sup>4</sup> La novelita sobre los amores de las parejas Cardenio-Luscinda y don Fernando-Dorotea inspiró una comedia de Shakespeare, hoy perdida, que se titulaba *The history of Cardenio* y que se representó en el palacio real de Londres en 1613 (téngase en cuenta que la primera parte del Quijote apareció traducida al inglés, en Londres, el año 1612).

<sup>5</sup> El primero (Amadís), desesperado porque su amada Oriana le ha ordenado que no vuelva a su presencia, por creerle desleal, se retira a una especie de isla llamada la Peña Pobre, donde había una ermita, y toma el nombre de Beltenebrós y allí se entrega a la oración y a la penitencia y compone tristes versos. En el poema de Ariosto, Orlando, al enterarse de los amores de la Bella Angélica con Medoro, enloqueció y, medio desnudo, arrancó furiosamente árboles, enturbió las aguas de los arroyos, mató pastores y animales y realizó otros excesos.



españoles de principios del siglo XVII, conocedores del popularísimo *Amadis de Gaula*, podían advertir en la penitencia de don Quijote en Sierra Morena y en la carta a Dulcinea unas intenciones burlescas que hoy escapan a la mayoría de los que leen nuestra novela.

### ***El cura y el barbero en busca de don Quijote.***

Sancho Panza, dejando a don Quijote en Sierra Morena, emprende el camino hacia el Toboso para entregar la carta a Dulcinea. Al llegar a la venta donde tantas pendencias hubo y fue manteado, se encuentra con el cura y el barbero de su lugar, los cuales habían salido en busca de don Quijote. Sancho les explica las aventuras de éste, les dice que queda haciendo penitencia y que lleva la carta. Pero como fuera que ésta se había quedado olvidada con don Quijote, Sancho se esfuerza en repetirla de memoria, lo que da lugar a constantes disparates. Así, pues, Cervantes nos ofrece la desfiguración rústica de una carta que a su vez era una parodia del epistolario caballeresco.

El cura, el barbero y Sancho, se internan en Sierra Morena con la finalidad de atraer a don Quijote. Encuentran a Cardenio (el enamorado de Luscinda) y a Dorotea, la inteligente muchacha que, burlada por don Fernando, se ha ocultado en las fragosidades de los montes. Ambos explican muy prolijamente la historia de sus amores, y Dorotea se ofrece a desempeñar el papel de princesa menesterosa que pedirá ayuda a don Quijote a fin de sacarle de su penitencia y conducirlo a su aldea. Dorotea, conocedora de los lances y del estilo de los libros de caballerías, y bajo el grotesco nombre de Princesa Micomicona, se postra ante don Quijote y le suplica que empeñe su palabra en no entremeterse en aventura alguna hasta haber matado a un temible gigante que le había usurpado su reino.

Por vez primera don Quijote es engañado con una ficción caballeresca, aspecto que será muy frecuente en la segunda parte de la novela. Ahora no se trata de una imaginación fantasiosa del caballero, que acomoda la realidad a lo literario y fabuloso, sino de una traza engañosa merced a la cual lo ficticio se le presenta como una realidad que captan sus sentidos sin deformarla. Dorotea se ve obligada a inventar toda una fantástica e inverosímil historia, muy al estilo de los libros de caballerías, pero con una intencionada deformación humorística.

### ***La Dulcinea de Sancho.***

Don Quijote, en cuanto tiene ocasión de estar a solas con Sancho, le pregunta por su mensaje a Dulcinea. El escudero, que incumpliendo las órdenes de su amo, no ha ido para nada al Toboso, se ve precisado a inventar un viaje a este pueblo y una entrevista con aquélla. El diálogo que sostienen ambos (I, 31) es una maravilla de matices e intenciones. Don Quijote permanece fiel a su locura caballeresca y le pregunta a su escudero si halló «aquella reina de la hermosura... ensartando perlas o bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero», si besó, la carta al recibirla y si le regaló alguna joya al despedirle, «usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes», etc. Es decir, para don Quijote ya se ha eclipsado Aldonza Lorenzo y sólo existe Dulcinea. Sancho, como quiere que su amo esté convencido de que ha realizado el mensaje y como sabe que Dulcinea es Aldonza Lorenzo, inventa de pies a cabeza una entrevista con la auténtica Aldonza, moza labradora. Afirma que la encontró ahechando dos hanegas de trigo rubión, que le ayudó a poner un costal sobre un jumento, que despedía un olorcillo algo hombruno por lo sudada que estaba y que no se enteró del contenido de la carta ni la contestó porque no sabe leer ni escribir.

Dos ficciones se han contrapuesto en torno a Aldonza-Dulcinea: la idealizadora de don Quijote y la realista de Sancho. Y si aquél se ha mantenido en su locura caballeresca, éste, que ahora ha comprendido la demencia de su amo, se ha esforzado en inventar una escena y unos detalles que corresponden exactamente a lo que hubiera sido lógico que ocurriera si hubiese cumplido su misión. Ésta es la primera invención de Sancho respecto a Dulcinea; en la segunda parte de la novela se atreverá a ir más lejos.

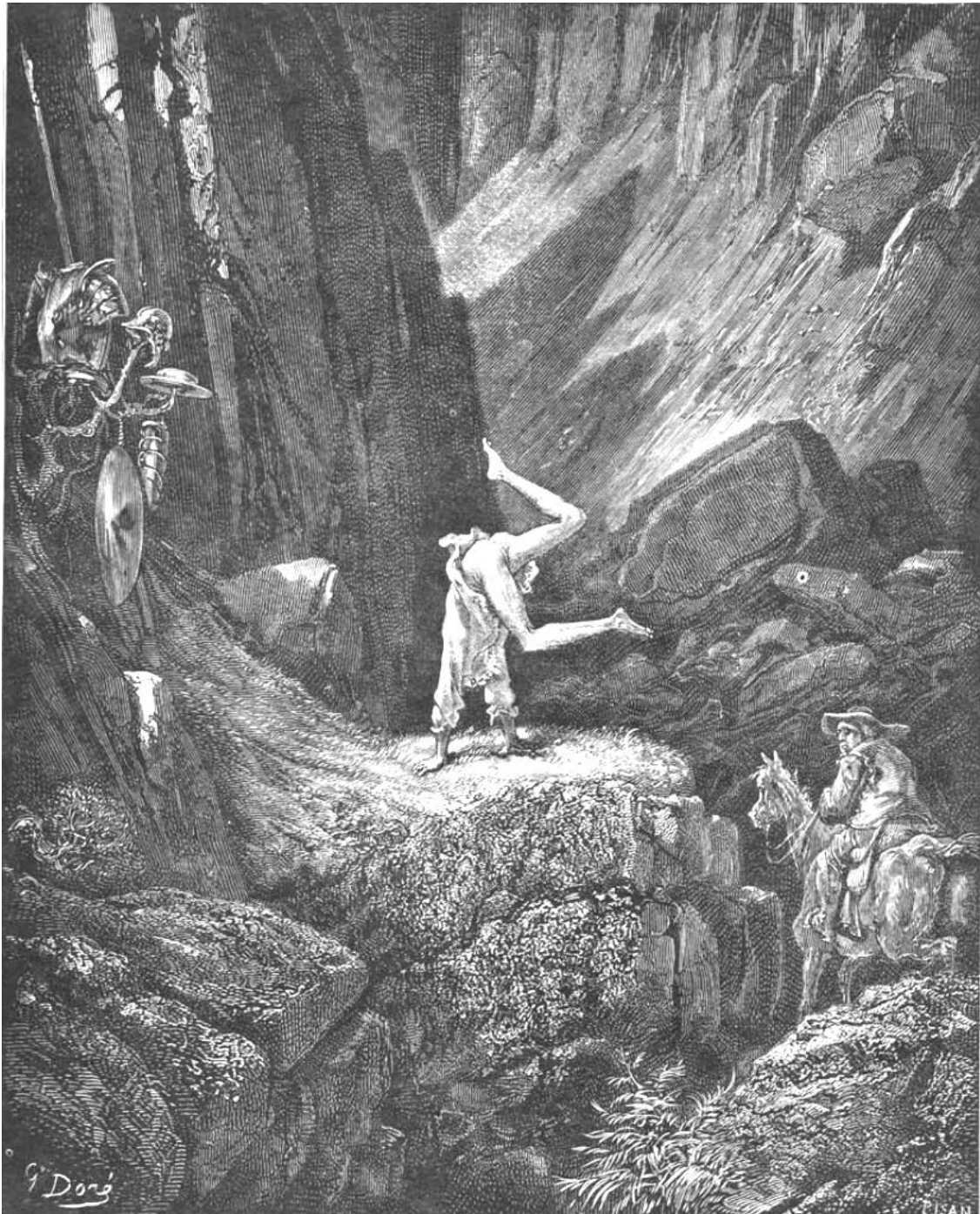
### ***La novela del Curioso Impertinente y la aventura de los cueros de vino.***

Reunidos el cura, el barbero, Dorotea, Cardenio y Sancho en la venta y mientras don Quijote descansa, el primero lee a los circunstantes una novela que un pasajero había dejado manuscrita en el mesón. La lectura de esta novela ocupa los capítulos 33 a 35 de la primera parte del Quijote, y no tiene nada que



ver con la trama y la acción del libro. Las características de esta narración corresponden a las de algunas de las *Novelas ejemplares* de Cervantes. La acción de la novela se sitúa en Florencia, a principios del siglo XVI, y su asunto procede de una historia de amor que se relata en el canto XLIII del *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto.

La lectura del *Curioso impertinente* es interrumpida, poco antes de finalizarse, por un gran alboroto que arma don Quijote quien, actuando como un sonámbulo, estaba destrozando con la espada unos grandes cueros de vino que había en la habitación donde dormía, convencido de que luchaba contra el gigante enemigo de la princesa Micomicona.



Don Quijote haciendo penitencia en Sierra Morena (G. Doré)



Final de la aventura de los galeotes. Con la entrada en Sierra Morena, acaba la serie publicada en Revista juvenil *Trinca*, nº 64, Madrid, Editorial Doncel, 1973. Guión: Nydia Lozano. Dibujos: Leopoldo Sánchez (original en color)

# Cuarta parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha<sup>1</sup>

## Capítulo XXXVI

*Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, con otros raros sucesos que en la venta le sucedieron<sup>2</sup>*

Estando en esto, el ventero, que estaba a la puerta de la venta, dijo:

—Esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes; si ellos paran aquí, gaudeamus tenemos<sup>3</sup>.

—¿Qué gente es? —dijo Cardenio.

—Cuatro hombres —respondió el ventero— vienen a caballo, a la jineta, con lanzas y adargas<sup>4</sup>, y todos con antifaces negros; y junto con ellos viene una mujer vestida de blanco, en un sillón<sup>5</sup>, ansimesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos de a pie.

—¿Vienen muy cerca? —preguntó el cura.

—Tan cerca —respondió el ventero—, que ya llegan.

Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro y Cardenio se entró en el aposento de don Quijote; y casi no habían tenido lugar para esto, cuando entraron en la venta todos los que el ventero había dicho, y apeándose los cuatro de a caballo, que de muy gentil talle y disposición eran, fueron a apearse a la mujer que en el sillón venía, y tomándola uno dellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba a la entrada del aposento donde Cardenio se había escondido. En todo este tiempo, ni ella ni ellos se habían quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna: solo que al sentarse la mujer en la silla dio un profundo suspiro y dejó caer los brazos, como persona enferma y desmayada. Los mozos de a pie llevaron los caballos a la caballeriza.

Viendo esto el cura, deseoso de saber qué gente era aquella que con tal traje y tal silencio estaba, se fue donde estaban los mozos y a uno dellos le preguntó lo que ya deseaba; el cual le respondió:

—Pardiez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea esta: solo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó a tomar en sus brazos a aquella señora que habéis visto; y esto dígolo porque todos los demás le tienen respeto y no se hace otra cosa más de la que él ordena y manda.

—Y la señora ¿quién es? —preguntó el cura.

—Tampoco sabré decir eso —respondió el mozo—, porque en todo el camino no la he visto el rostro; suspirar sí la he oído muchas veces, y dar unos gemidos, que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma<sup>6</sup>. Y no es de maravillar que no sepamos más de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no ha más de dos días que los acompañamos; porque, habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose a pagárnoslo muy bien.

—Y ¿habéis oído nombrar a alguno dellos? —preguntó el cura.

—No, por cierto —respondió el mozo—, porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven a lástima, y sin duda tenemos creído que ella va forzada donde quiera que va; y, según se puede colegir

<sup>1</sup> La cuarta parte ha comenzado en el capítulo XXVIII, cuando el cura y el barbero se internan en Sierra Morena en busca de DQ.

<sup>2</sup> La *batalla* aquí mencionada se narró en el capítulo anterior. Es otro de los errores en la división de capítulos que tantas interpretaciones críticas han provocado.

<sup>3</sup> ‘fiesta tenemos’

<sup>4</sup> *a la jineta*: ‘con estribos cortos y las piernas recogidas’, para andar rápidamente, de camino, y no para pelear. En el camino se llevaban, para defenderse de posibles asaltantes, la *lanza* y la *adarga*, propias del modo de montar *a la jineta*.

<sup>5</sup> ‘clase de silla de montar alta para las mujeres, con respaldo y brazos de madera tapizada’; se colocaba sujeto a unos bastes especiales, de manera que los pies reposaban en una tabla, sobre el lomo del animal de montura.

<sup>6</sup> ‘se pone en trance de morir’

por su hábito, ella es monja o va a serlo, que es lo más cierto, y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío, va triste, como parece.

—Todo podría ser —dijo el cura.

Y, dejándolos, se volvió adonde estaba Dorotea, la cual, como había oído suspirar a la embozada<sup>7</sup>, movida de natural compasión, se llegó a ella y le dijo:

—¿Qué mal sentís, señora mía? Mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle<sup>8</sup>, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros.

A todo esto callaba la lastimada señora, y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado que dijo el mozo que los demás obedecían y dijo a Dorotea:

—No os canséis, señora, en ofrecer nada a esa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procuréis que os responda, si no queréis oír alguna mentira de su boca.

—Jamás la dije —dijo a esta sazón la que hasta allí había estado callando—, antes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas me veo ahora en tanta desventura; y desto vos mesmo quiero que seáis el testigo, pues mi pura verdad os hace a vos ser falso y mentiroso.

Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decía, que sola la puerta del aposento de don Quijote estaba en medio; y así como las oyó, dando una gran voz dijo:

—¡Válgame Dios! ¿Qué es esto que oigo? ¿Qué voz es esta que ha llegado a mis oídos?

Volvió la cabeza a estos gritos aquella señora, toda sobresaltada, y no viendo quién las daba, se levantó en pie y fuese a entrar en el aposento; lo cual visto por el caballero, la detuvo, sin dejarla mover un paso. A ella, con la turbación y desasosiego, se le cayó el tafetán con que traía cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado<sup>9</sup>, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahínco, que parecía persona fuera de juicio; cuyas señales<sup>10</sup>, sin saber por qué las hacía, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y, por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir a alzarse el embozo que se le caía, como en efeto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vio que el que abrazada ansimesmo la tenía era su esposo don Fernando, y apenas le hubo conocido, cuando, arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo «¡ay!», se dejó caer de espaldas desmayada; y a no hallarse allí junto el barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo.

Acudió luego el cura a quitarle el embozo, para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió, la conoció don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla; pero no porque dejase, con todo esto, de tener a Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual había conocido en el suspiro a Cardenio, y él la había conocido a ella. Oyó asimesmo Cardenio el «¡ay!» que dio Dorotea cuando se cayó desmayada, y, creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido, y lo primero que vio fue a don Fernando, que tenía abrazada a Luscinda. También don Fernando conoció luego a Cardenio; y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les había acontecido.

Callaban todos y mirábanse todos, Dorotea a don Fernando, don Fernando a Cardenio, Cardenio a Luscinda, y Luscinda a Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fue Luscinda, hablando a don Fernando desta manera:

—Dejadme, señor don Fernando, por lo que debéis a ser quien sois<sup>11</sup>, ya que por otro respeto no lo hagáis, dejadme llegar al muro de quien yo soy yedra<sup>12</sup>, al arrimo de quien no me han podido apartar

<sup>7</sup> ‘la que tenía el rostro cubierto’

<sup>8</sup> Se alude al *mal* propio de su sexo, la menstruación.

<sup>9</sup> ‘aterrorizado, ensombrecido’

<sup>10</sup> ‘gestos significativos, sintomáticos’

<sup>11</sup> ‘por lo que os obliga vuestra condición de noble’

<sup>12</sup> La yedra arrimada al muro es imagen tradicional para expresar la unión entre los amantes.

vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas ni vuestras dádivas. Notad cómo el cielo, por desusados y a nosotros encubiertos caminos, me ha puesto a mi verdadero esposo delante, y bien sabéis por mil costosas experiencias que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria. Sean, pues, parte tan claros desengaños para que volváis, ya que no podáis hacer otra cosa, el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada; quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida.

Había en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y había estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quién ella era; que viendo que don Fernando aún no la dejaba de los brazos ni respondía a sus razones, esforzándose lo más que pudo se levantó y se fue a hincar de rodillas a sus pies, y, derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó a decir:

—Si ya no es, señor mío, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsado tienes te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que a tus pies está arrodillada es la sin ventura hasta que tú quieras y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde a quien tú, por tu bondad o por tu gusto, quisiste levantar a la alteza de poder llamarse tuya; soy la que, encerrada en los límites de la honestidad, vivió vida contenta hasta que a las voces de tus importunidades y, al parecer, justos y amorosos sentimientos abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad, dádiva de ti tan mal agradecida cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas y verte yo a ti de la manera que te veo. Pero, con todo esto, no querría que cayese en tu imaginación pensar que he venido aquí con pasos de mi deshonor, habiéndome traído solo los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo de manera que aunque ahora quieras que no lo sea no será posible que tú dejes de ser mío. Mira, señor mío, que puede ser recompensa a la hermosura y nobleza por quien me dejas la incomparable voluntad que te tengo. Tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mío, ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio; y más fácil te será, si en ello miras, reducir tu voluntad a querer a quien te adora, que no encaminar la que te aborrece a que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste a mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué a toda tu voluntad: no te queda lugar ni acogida de llamarte a engaño<sup>13</sup>; y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me heciste en los principios? Y si no me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quíereme a lo menos y admíteme por tu esclava; que como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas, con dejarme y desampararme, que se hagan y junten corrillos en mi deshonor; no des tan mala vejez a mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que, como buenos vasallos, a los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mía, considera que pocas o ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mujeres no es la que hace al caso en las ilustres decendencias<sup>14</sup>, cuanto más que la verdadera nobleza consiste en la virtud<sup>15</sup>, y si esta a ti te falta negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con más ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo es que, quieras o no quieras, yo soy tu esposa: testigos son tus palabras, que no han ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello por que me desprecias; testigo será la firma que hiciste<sup>16</sup>, y testigo el cielo, a quien tú llamaste por testigo de lo que me prometías. Y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho y turbando tus mejores gustos y contentos.

Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea, con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban a don Fernando y cuantos presentes estaban la acompañaron en ellas. Escuchóla don

---

<sup>13</sup> 'acogerse a que fue engañado para deshacer un contrato'; era término legal, convertido hoy en frase hecha.

<sup>14</sup> La hidalguía y la nobleza se transmitían en Castilla por vía paterna y no materna.

<sup>15</sup> El concepto, expresado con palabras similares ya en la tradición clásica, aparece con frecuencia tanto en la literatura del Siglo de Oro como en las polémicas de la limpieza de sangre.

<sup>16</sup> Se alude a la cédula de esposo que era costumbre dar en los matrimonios clandestinos. Al no haberse referido a ella en I, 38, ni por tanto poderla presentar Dorotea, hay que suponer una nueva confusión de C. o bien entender la frase en sentido figurado: 'la manera que tuviste de hacer firme tu palabra'. [

Fernando sin replicarle palabra, hasta que ella dio fin a las suyas y principio a tantos sollozos y suspiros, que bien había de ser corazón de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirándola estaba Luscinda, no menos lastimada de su sentimiento que admirada de su mucha discreción y hermosura; y aunque quisiera llegarse a ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de don Fernando, que apretada la tenían. El cual, lleno de confusión y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando a Dorotea, abrió los brazos y, dejando libre a Luscinda, dijo:

—Venciste, hermosa Dorotea, venciste; porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas.

Con el desmayo que Luscinda había tenido así como la dejó don Fernando, iba a caer en el suelo; mas hallándose Cardenio allí junto, que a las espaldas de don Fernando se había puesto porque no le conociese<sup>17</sup>, pospuesto todo temor y aventurando a todo riesgo, acudió a sostener a Luscinda, y, cogiéndola entre sus brazos, le dijo:

—Si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algún descanso, leal, firme y hermosa señora mía, en ninguna parte creo yo que le tendrás más seguro que en estos brazos que ahora te reciben y otro tiempo te recibieron, cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mía.

A estas razones, puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado a conocerle, primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista<sup>18</sup>, casi fuera de sentido y sin tener cuenta a ningún honesto respeto, le echó los brazos al cuello y, juntando su rostro con el de Cardenio, le dijo:

—Vos sí, señor mío, sois el verdadero dueño desta vuestra captiva, aunque más lo impida la contraria suerte y aunque más amenazas le hagan a esta vida que en la vuestra se sustenta.

Estraño espectáculo fue este para don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle a Dorotea que don Fernando había perdido la color del rostro y que hacía ademán de querer vengarse de Cardenio, porque le vio encaminar la mano a ponella en la espada; y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas le decía:

—¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mío, en este tan impensado trance? Tú tienes a tus pies a tu esposa, y la que quieres que lo sea está en los brazos de su marido. Mira si te estará bien o te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho, o si te convendrá querer levantar a igualar a ti mismo<sup>19</sup> a la que, pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego y por quien tú eres te suplico que este tan notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo más fuerza la razón que el apetito.

En tanto que esto decía Dorotea, aunque Cardenio tenía abrazada a Luscinda, no quitaba los ojos de don Fernando, con determinación de que, si le viese hacer algún movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender como mejor pudiese a todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida. Pero a esta sazón acudieron los amigos de don Fernando, y el cura y el barbero, que a todo habían estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban a don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que, siendo verdad, como sin duda ellos creían que lo era, lo que en sus razones había dicho, que no permitiese quedase defraudada de sus tan justas esperanzas; que considerase que no acaso<sup>20</sup>, como parecía, sino con particular providencia del cielo, se habían todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaba; y que advirtiese —dijo el cura— que sola la muerte podía apartar a Luscinda de Cardenio, y aunque los

<sup>17</sup> Cardenio y don Fernando ya se habían visto y reconocido unas páginas antes (426-427), en este mismo capítulo. Un nuevo descuido.

<sup>18</sup> C. incurre en otro descuido, pues parece olvidar que Luscinda había reconocido a Cardenio apenas había entrado en la venta y que se había servido de su presencia para intentar ablandar el corazón de don Fernando.

<sup>19</sup> Es decir, 'te será conveniente y honroso llevarme a mí hasta la altura de tu nobleza'

<sup>20</sup> 'no por casualidad'



dividiesen filos de alguna espada<sup>21</sup>, ellos tendrían por felicísima su muerte, y que en los lazos inremediables<sup>22</sup> era suma cordura, forzándose y venciendo a sí mismo<sup>23</sup>, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el cielo ya les había concedido; que pusiese los ojos ansimesmo en la beldad de Dorotea y vería que pocas o ninguna se le podían igualar, cuanto más hacerle ventaja, y que juntase a su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenía, y sobre todo advirtiese que si se preciaba de caballero y de cristiano, que no podía hacer otra cosa que cumplirlle la palabra dada, y que cumpliéndosela cumpliría con Dios y satisfaría a las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerrogativa de la hermosura, aunque esté en sujeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse e igualarse a cualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la levanta e iguala a sí mismo; y cuando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue.

En efeto, a estas razones añadieron todas otras, tales y tantas, que el valeroso pecho de don Fernando —en fin, como alimentado con ilustre sangre<sup>24</sup>—; se ablandó y se dejó vencer de la verdad, que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dio de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le había propuesto fue abajarse y abrazar a Dorotea, diciéndole:

—Levantaos, señora mía, que no es justo que esté arrodillada a mis pies la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amáis os sepa estimar en lo que merecéis. Lo que os ruego es que no me reprehendáis mi mal término y mi mucho descuido<sup>25</sup>, pues la misma ocasión y fuerza que me movió para acetaros por mía, esa misma me impelió para procurar no ser vuestro. Y que esto sea verdad<sup>26</sup>, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallaréis disculpa de todos mis yerros; y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea.

Y, diciendo esto, la tornó a abrazar y a juntar su rostro con el suyo, con tan tierno sentimiento, que le fue necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señas de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron a derramar tantas, los unos de contento propio y los otros del ajeno, que no parecía sino que algún grave y mal caso a todos había sucedido. Hasta Sancho Panza lloraba, aunque después dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era, como él pensaba, la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algún espacio, junto con el llanto, la admiración en todos, y luego Cardenio y Luscinda se fueron a poner de rodillas ante don Fernando, dándole gracias de la merced que les había hecho, con tan corteses razones, que don Fernando no sabía qué responderles; y, así, los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesía.

Preguntó luego a Dorotea le dijese cómo había venido a aquel lugar, tan lejos del suyo. Ella, con breves y discretas razones, contó todo lo que antes había contado a Cardenio, de lo cual gustó tanto don Fernando y los que con él venían, que quisieran que durara el cuento más tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras. Y así como hubo acabado, dijo don Fernando lo que en la ciudad le había acontecido después que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya. Dijo que la quiso matar, y lo hiciera si de sus padres no fuera impedido, y que, así, se salió de su casa despechado y corrido, con determinación de vengarse con más comodidad; y que otro día supo como Luscinda había faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir dónde se había ido, y que, en resolución, al cabo de algunos meses vino a saber como estaba en un monesterio, con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio; y que así como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, a la cual no había querido hablar, temeroso que en sabiendo que él estaba allí había de

<sup>21</sup> ‘pesase sobre ellos una amenaza de muerte’

<sup>22</sup> *lazos inremediables* son los del amor.

<sup>23</sup> La victoria de sí mismo, asociada a la paciencia cristiana, permite alcanzar la *tranquillitas animi*, y es virtud del hombre esforzado.

<sup>24</sup> La creencia de que la nobleza se transmite por la sangre no era una simple metáfora, sino que se entendía al pie de la letra, en términos fisiológicos, y no resultaba incompatible con la idea de que «La verdadera... consiste en la virtud»

<sup>25</sup> ‘mi mal comportamiento y mi mucha descortesía’.

<sup>26</sup> ‘Y para comprobar que esto es verdad’.

haber más guarda en el monesterio; y, así, aguardando un día a que la portería estuviere abierta, dejó a los dos a la guarda de la puerta, y él con otro habían entrado en el monesterio buscando a Luscinda, la cual hallaron en el claustro hablando con una monja, y, arrebatándola, sin darle lugar a otra cosa, se habían venido con ella a un lugar donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traella; todo lo cual habían podido hacer bien a su salvo, por estar el monesterio en el campo, buen trecho fuera del pueblo. Dijo que así como Luscinda se vio en su poder, perdió todos los sentidos, y que después de vuelta en sí, no había hecho otra cosa sino llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna, y que, así, acompañados de silencio y de lágrimas, habían llegado a aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.



*Callaban todos y mirábanse todos, Dorotea a don Fernando, don Fernando a Cardenio, Cardenio a Luscinda, y Luscinda a Cardenio. (Ricardo Balagá)*



## Capítulo XXXVII

*Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras*

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desaparecían e iban en humo las esperanzas de su ditado<sup>1</sup> y que la linda princesa Micomicona se le había vuelto en Dorotea, y el gigante en don Fernando, y su amo se estaba durmiendo a sueño suelto, bien descuidado de todo lo sucedido. No se podía asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseía; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corría por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallaba tan a pique de perder el crédito y el alma; y, finalmente, cuantos en la venta estaban estaban contentos y gozosos del buen suceso que habían tenido tan trabados y desesperados negocios.

Todo lo ponía en su punto el cura, como discreto, y a cada uno daba el parabién del bien alcanzado; pero quien más jubilaba<sup>2</sup> y se contentaba era la ventera, por la promesa que Cardenio y el cura le habían hecho de pagalle todos los daños e intereses que por cuenta de don Quijote le hubiesen venido<sup>3</sup>. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste; y así, con malencónico semblante, entró a su amo<sup>4</sup>, el cual acababa de despertar, a quien dijo:

—Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura<sup>5</sup>, dormir todo lo que quisiere, sin cuidado de matar a ningún gigante ni de volver a la princesa su reino, que ya todo está hecho y concluido.

—Eso creo yo bien —respondió don Quijote—, porque he tenido con el gigante la más descomunal y desafortada batalla que pienso tener en todos los días de mi vida, y de un revés, ¡zas!, le derribé la cabeza en el suelo, y fue tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrían por la tierra como si fueran de agua.

—Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor —respondió Sancho—, porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre, seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre<sup>6</sup>, y la cabeza cortada es la puta que me parió<sup>7</sup>, y llévelo todo Satanás.

—¿Y qué es lo que dices, loco? —replicó don Quijote—. ¿Estás en tu seso?

—Levántese vuestra merced —dijo Sancho— y verá el buen recado que ha hecho<sup>8</sup> y lo que tenemos que pagar, y verá a la reina convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos que, si cae en ellos, le han de admirar.

—No me maravillaría de nada deso —replicó don Quijote—, porque, si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dije yo que todo cuanto aquí sucedía eran cosas de encantamento, y no sería mucho que ahora fuese lo mismo.

—Todo lo creyera yo —respondió Sancho—, si también mi manteamiento fuera cosa dese jaez, mas no lo fue, sino real y verdaderamente; y vi yo que el ventero que aquí está hoy día tenía del un cabo de la manta y me empujaba hacia el cielo con mucho donaire y brío, y con tanta risa como fuerza; y donde interviene conocerse las personas<sup>9</sup>, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura.

—Ahora bien, Dios lo remediará —dijo don Quijote—. Dame de vestir<sup>10</sup> y déjame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices.

<sup>1</sup> 'dictado, título nobiliario'

<sup>2</sup> *jubilaba*: 'se regocijaba'; es italianismo.

<sup>3</sup> 'pagar los daños causados por DQ con los intereses resultantes'; era fórmula de documentos mercantiles.

<sup>4</sup> 'atacó a su amo'

<sup>5</sup> La construcción encierra un desaire hacia el Caballero de la Triste Figura.

<sup>6</sup> *arroba* o *cántara*: 'medida de capacidad que equivale a unos dieciséis litros'

<sup>7</sup> Expresión muy fuerte para denotar sentimientos de indignación o sorpresa.

<sup>8</sup> 'la ganancia que ha conseguido'

<sup>9</sup> *donde interviene*: 'en los casos en que entra, cuando ocurre...?'

<sup>10</sup> 'Ayúdame a vestir'

Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestía contó el cura a don Fernando y a los demás las locuras de don Quijote, y del artificio que habían usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho había contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles lo que a todos parecía: ser el más estraño género de locura que podía caber en pensamiento disparatado. Dijo más el cura: que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedía pasar con su disignio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar a su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haría y representaría la persona de Dorotea.

—No —dijo don Fernando—, no ha de ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su invención; que como no sea muy lejos de aquí el lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio.

—No está más de dos jornadas de aquí.

—Pues aunque estuviera más, gustara yo de caminallas, a trueco de hacer tan buena obra.

Salió en esto don Quijote, armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela<sup>11</sup> y arrimado a su tronco o lanzón. Suspendió a don Fernando y a los demás la estraña presencia de don Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura<sup>12</sup>, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuvieron callando, hasta ver lo que él decía; el cual, con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo:

—Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero que la vuestra grandeza se ha aniquilado y vuestro ser se ha deshecho, porque de reina y gran señora que solíades ser os habéis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por orden del rey nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo ni sabe de la misa la media<sup>13</sup> y que fue poco versado en las historias caballerescas; porque si él las hubiera leído y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallara a cada paso como otros caballeros de menor fama que la mía habían acabado cosas más dificultosas, no siéndolo mucho matar a un gigantillo, por arrogante que sea; porque no ha muchas horas que yo me vi con él, y quiero callar, porque no me digan que miento, pero el tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dirá cuando menos lo pensemos.

—Vístesos vos con dos cueros<sup>14</sup>, que no con un gigante —dijo a esta sazón el ventero.

Al cual mandó don Fernando que callase y no interrumpiese la plática de don Quijote en ninguna manera; y don Quijote prosiguió diciendo:

—Digo, en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho vuestro padre ha hecho este metamorfóseos en vuestra persona<sup>15</sup>, que no le deis crédito alguno, porque no hay ningún peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la cual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré a vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves días.

No dijo más don Quijote y esperó a que la princesa le respondiese; la cual, como ya sabía la determinación de don Fernando de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar a su tierra a don Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió:

—Quienquiera que os dijo, valeroso Caballero de la Triste Figura, que yo me había mudado y trocado de mi ser, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fui me soy hoy. Verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado, la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser la que antes y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso e invulnerable brazo que siempre he tenido. Así que, señor mío, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamás acertara a tener la ventura que tengo; y en

<sup>11</sup> ‘con la rodela (escudo redondo) en el brazo’

<sup>12</sup> Con la cara larga, quizás como muestra de enfado, o bien de su extrema delgadez.

<sup>13</sup> Frase hecha habitual hoy en día: ‘no sabe casi nada’.

<sup>14</sup> *Vístesos vos*: ‘Os visteis, os enfrentasteis’

<sup>15</sup> *metamorfóseos*: ‘transformación, metamorfosis’

esto digo tanta verdad como son buenos testigos della los más destos señores que están presentes. Lo que resta es que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demás del buen suceso que espero, lo dejaré a Dios y al valor de vuestro pecho.

Esto dijo la discreta Dorotea, y en oyéndolo don Quijote se volvió a Sancho y con muestras de mucho enojo le dijo:

—Ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España. Dime, ladrón, vagamundo, ¿no me acabaste de decir ahora que esta princesa se había vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté a un gigante era la puta que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusión que jamás he estado en todos los días de mi vida? ¡Voto... —y miró al cielo y apretó los dientes—<sup>16</sup>; que estoy por hacer un estrago en ti que ponga sal en la mollera a todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo!

—Vuestra merced se sosiegue, señor mío —respondió Sancho—, que bien podría ser que yo me hubiese engañado en lo que toca a la mutación de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca a la cabeza del gigante, o a lo menos a la horadación de los cueros y a lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros allí están heridos, a la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento, y si no, al freír de los huevos lo verá<sup>17</sup>: quiero decir que lo verá cuando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo<sup>18</sup>. De lo demás, de que la señora reina se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte, como a cada hijo de vecino.

—Ahora yo te digo, Sancho —dijo don Quijote—, que eres un mentecato, y perdóname, y basta.

—Basta —dijo don Fernando—, y no se hable más en esto; y pues la señora princesa dice que se camine mañana, porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversación hasta el venidero día, donde todos acompañaremos al señor don Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas e inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que a su cargo lleva.

—Yo soy el que tengo de serviros y acompañaros —respondió don Quijote—, y agradezco mucho la merced que se me hace y la buena opinión que de mí se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, o me costará la vida, y aun más, si más costarme puede.

Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre don Quijote y don Fernando, pero a todo puso silencio un pasajero que en aquella sazón entró en la venta, el cual en su traje mostraba ser cristiano recién venido de tierra de moros, porque venía vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello<sup>19</sup>; los calzones eran asimismo de lienzo azul, con bonete<sup>20</sup> de la misma color; traía unos borcegués datilados<sup>21</sup> y un alfanje morisco, puesto en un tahelí que le atravesaba el pecho<sup>22</sup>. Entró luego tras él, encima de un jumento, una mujer a la morisca vestida, cubierto el rostro, con una toca en la cabeza; traía un bonetillo de brocado<sup>23</sup>, y vestida una almalafa<sup>24</sup>, que desde los hombros a los pies la cubría.

Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco más de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la barba muy bien puesta; en resolución, él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido le juzgaran por persona de calidad y bien nacida.

---

<sup>16</sup> El gesto, tras el *Voto...*, es tanto eufemístico, para callar el *Dios* esperado, como de expresión de contención de su cólera.

<sup>17</sup> ‘cuando llegue la hora de dar cuentas, tendrá la ocasión de comprobarlo’

<sup>18</sup> ‘el pago de todo lo destrozado’

<sup>19</sup> La descripción corresponde a la prenda que se llamaba *jalaco* o *jaleco*; el color azul más oscuro o turquí distinguía las ropas de los cautivos.

<sup>20</sup> ‘gorro de paño o lana en forma de casquete’

<sup>21</sup> ‘botas de montar de cuero blando o paño, a veces con bordados’, aquí de color de dátil maduro.

<sup>22</sup> *alfanje*: ‘especie de sable curvo, con el corte por la parte cóncava’; *tahelí*, hoy *tahalí*, ‘tira de cuero, cruzada desde el hombro derecho hasta el lado izquierdo de la cintura, para sostener la espada’. Entre los moros era un cordón grueso de lana o seda.

<sup>23</sup> ‘tela de seda bordada con hebras de oro o plata’

<sup>24</sup> ‘manto rectangular grande, de paño fino, muchas veces con orla de color o bordada, en el que envuelven el cuerpo las moras y más raramente los moros, sobre todo en verano’; se sujeta delante con un broche grande

Pidió en entrando un aposento, y como le dijeron que en la venta no le había, mostró recibir pesadumbre y, llegándose a la que en el traje parecía mora, la apeó en sus brazos<sup>25</sup>. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritornes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto traje, rodearon a la mora, y Dorotea, que siempre fue agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que así ella como el que la traía se congojaban por la falta del aposento, le dijo:

—No os dé mucha pena, señora mía, la incomodidad de regalo que aquí falta<sup>26</sup>, pues es propio de ventas no hallarse en ellas; pero, con todo esto, si gustáredes de pasar con nosotras —señalando a Luscinda—, quizá en el discurso de este camino habréis hallado otros no tan buenos acogimientos.

No respondió nada a esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se había, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, dobló el cuerpo en señal de que lo agradecía<sup>27</sup>. Por su silencio imaginaron que, sin duda alguna, debía de ser mora, y que no sabía hablar cristiano<sup>28</sup>. Llegó en esto el cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces había estado, y viendo que todas tenían cercada a la que con él venía, y que ella a cuanto le decían callaba, dijo:

—Señoras mías, esta doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme a su tierra, y por esto no debe de haber respondido ni responde a lo que se le ha preguntado.

—No se le pregunta otra cosa ninguna —respondió Luscinda— sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodáremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere, con la voluntad que obliga a servir a todos los extranjeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo mujer a quien se sirve.

—Por ella y por mí —respondió el cautivo— os beso, señora mía, las manos, y estimo mucho y en lo que es razón la merced ofrecida, que en tal ocasión, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande.

—Decidme, señor —dijo Dorotea—: ¿esta señora es cristiana o mora? Porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querríamos que fuese.

—Mora es en el traje y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo<sup>29</sup>.

—Luego ¿no es bautizada? —replicó Luscinda.

—No ha habido lugar para ello —respondió el cautivo— después que salió de Argel, su patria y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase a bautizalla sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra Madre la Santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice, con la decencia<sup>30</sup> que la calidad de su persona merece, que es más de lo que muestra su hábito y el mío.

Estas razones puso gana en todos los que escuchándole estaban de saber quién fuese la mora y el cautivo, pero nadie se lo quiso preguntar por entonces, por ver que aquella sazón era más para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó a sentar junto a sí y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al cautivo, como si le preguntara le dijese lo que decían y lo que ella haría. Él en lengua arábiga le dijo que le pedían se quitase el embozo, y que lo hiciese; y, así, se lo quitó y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por más hermosa que a Luscinda, y Luscinda por más hermosa que a Dorotea, y todos los circustantes conocieron que si alguno se podría igualar al de las dos era el de la mora, y aun hubo algunos que le aventajaron en alguna cosa<sup>31</sup>. Y como la hermosura tenga prerrogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades<sup>32</sup>, luego se rindieron todos al deseo de servir y acariciar<sup>33</sup> a la hermosa mora.

<sup>25</sup> 'la cogió en sus brazos para ayudarla a desmontar'

<sup>26</sup> 'la falta de acomodo decente que hay aquí'

<sup>27</sup> Es la forma gestual de saludo islámico.

<sup>28</sup> 'hablar en un lenguaje inteligible para el interlocutor'; pero el *no saber hablar cristiano* Zoraida es precisamente el problema desencadenante de la historia entera y su sentido.

<sup>29</sup> Se refiere al llamado «bautismo de deseo», que tiene validez canónica mientras no se pueda aplicar el solemne.

<sup>30</sup> *decencia*: 'decoro, dignidad'.

<sup>31</sup> 'pensaron que les sacaba un poco de ventaja'

<sup>32</sup> Se repite el tópico de la fuerza de la hermosura.

<sup>33</sup> *acariciar*: 'mostrar cariño, tratar con ternura', y no en el sentido moderno.

Preguntó don Fernando al cautivo cómo se llamaba la mora, el cual respondió que *Lela Zoraida*<sup>34</sup>; y así como esto oyó, ella entendió lo que le habían preguntado al cristiano y dijo con mucha priesa, llena de congoja y donaire:

—¡No, no *Zoraida: María, María!* —dando a entender que se llamaba *María* y no *Zoraida*.

Estas palabras, el grande afecto<sup>35</sup> con que la mora las dijo hicieron derramar más de una lágrima a algunos de los que la escucharon, especialmente a las mujeres, que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor, diciéndole:

—Sí, sí, *María, María*.

A lo cual respondió la mora:

—¡Sí, sí, *María: Zoraida macange*<sup>36</sup>! —que quiere decir *no*.

Ya en esto llegaba la noche, y por orden de los que venían con don Fernando había el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que a él le fue posible. Llegada, pues, la hora, sentáronse todos a una larga mesa, como de tinelo<sup>37</sup>, porque no la había redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que<sup>38</sup> él lo rehusaba, a don Quijote, el cual quiso que estuviese a su lado la señora Micomicona, pues él era su aguardador<sup>39</sup>. Luego se sentaron Luscinda y Zoraida, y frontero dellas don Fernando y Cardenio, y luego el cautivo y los demás caballeros, y al lado de las señoras, el cura y el barbero. Y, así, cenaron con mucho contento, y acrecentóseles más viendo que, dejando de comer don Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió a hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó a decir<sup>40</sup>:

—Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes e inauditas cosas ven los que profesan la orden de la andante caballería. Si no, ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta deste castillo entrara y de la suerte que estamos nos viere, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora que está a mi lado es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora no hay que dudar sino que esta arte y ejercicio excede a todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto más se ha de tener en estima cuanto a más peligros está sujeto. Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen. Porque la razón que los tales suelen decir y a lo que ellos más se atienen es que los trabajos del espíritu exceden a los del cuerpo y que las armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes<sup>41</sup>, para el cual no es menester más de buenas fuerzas, o como si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento, o como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene a su cargo un ejército o la defensa de una ciudad sitiada así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales a saber y conjeturar el intento del enemigo, los disignios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, así que las armas requieren espíritu<sup>42</sup> como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado o el del guerrero, trabaja más, y esto se vendrá a conocer por el fin y paradero a que cada uno se encamina, porque aquella intención se ha de estimar en más que tiene por objeto más noble fin<sup>43</sup>. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que a un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar: hablo de las letras

<sup>34</sup> *Lela (le.la)*: fórmula de respeto que se antepone al nombre en el árabe norteafricano.

<sup>35</sup> *el grande afecto*: 'la gran emoción'

<sup>36</sup> Literalmente 'no es eso', pero funciona como negación enfática: 'de ninguna manera'.

<sup>37</sup> 'comedor de la servidumbre en las casas ricas'; es italianismo.

<sup>38</sup> puesto que: 'aunque'

<sup>39</sup> 'guardián, protector'

<sup>40</sup> Comienza ahora el llamado «Discurso de las armas y las letras»

<sup>41</sup> 'mozos de cuerda', que se dedican a transportar cargas; era término ofensivo.

<sup>42</sup> *espíritu*: 'vivacidad de ingenio', en este lugar.

<sup>43</sup> Es doctrina aristotélica; véase, por ejemplo, *Ética a Nicómaco*, III, VII, 1115b20: «Para el valiente la valentía es algo noble, y tal lo será el fin correspondiente, porque todo se define por su fin».

humanas<sup>44</sup>, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva y dar a cada uno lo que es suyo) entender y hacer que las buenas leyes se guarden. Fin por cierto generoso y alto y digno de grande alabanza, pero no de tanta como merece aquel a que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz<sup>45</sup>, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y, así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro día, cuando cantaron en los aires: «Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad»<sup>46</sup>; y a la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó a sus allegados y favoritos<sup>47</sup> fue decirles que cuando entrasen en alguna casa dijese: «Paz sea en esta casa»<sup>48</sup>; y otras muchas veces les dijo: «Mi paz os doy, mi paz os dejo; paz sea con vosotros»<sup>49</sup>, bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mesmo es decir armas que guerra. Prosupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora a los trabajos del cuerpo del letrado y a los del profesor de las armas<sup>50</sup>, y véase cuáles son mayores.

De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática don Quijote, que obligó a que por entonces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviese por loco, antes, como todos los más eran caballeros, a quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana; y él prosiguió diciendo:

—Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser; y en haber dicho que padece pobreza me parece que no había que decir más de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frío, ya en desnudez, ya en todo junto; pero, con todo eso, no es tanta, que no coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante este que entre ellos llaman «andar a la sopa»<sup>51</sup>; y no les falta algún ajeno brasero o chimenea, que, si no calienta, a lo menos entibie su frío, y, en fin, la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar a otras menudencias, conviene a saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad<sup>52</sup> y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse<sup>53</sup> con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algún banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando a caer acá<sup>54</sup>, llegan al grado que desean; el cual alcanzado, a muchos hemos visto que, habiendo pasado por estas Sirtes<sup>55</sup> y por estas Scilas y Caribdis<sup>56</sup>, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frío en refrigerio<sup>57</sup>, su desnudez en galas y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos<sup>58</sup>, premio justamente merecido de su virtud. Pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del milite guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré.

---

<sup>44</sup> *letras divinas*: 'teología'; *letras humanas* se refiere exclusivamente al derecho, dejando aparte no sólo literatura e historia, sino también otros estudios humanísticos.

<sup>45</sup> De nuevo se recuerda a Aristóteles, a quien en seguida se cita literalmente: «El fin de la guerra es la paz» (*Política*, IV, XV, 1334a15).

<sup>46</sup> Traduce las palabras del Evangelio de San Lucas, con que comienza el Cántico en la Misa.

<sup>47</sup> 'favorecidos'.

<sup>48</sup> «Pax huic domui» son las palabras con que comienza el ritual de visita y cuidado de los enfermos, de la extremaunción y de la recomendación del alma.

<sup>49</sup> Las frases proceden de los Evangelios.

<sup>50</sup> 'el que ha hecho de las armas su profesión'

<sup>51</sup> 'vivir de limosna', por la sopa que daban en los conventos o en las casas ricas.

<sup>52</sup> *raridad*: 'raleza, desgaste de la tela'

<sup>53</sup> *ahitarse*: 'darse un hartazgo'

<sup>54</sup> Se describe aquí la vida del hombre de letras como un via crucis.

<sup>55</sup> 'bajíos de arena', y especialmente los que constituían el mar de las *Sirtes*, es decir, el golfo de Libia.

<sup>56</sup> 'lugar muy peligroso'; son los dos peñascos que delimitan el estrecho de Mesina, entre Sicilia y la costa italiana. La navegación por él, a causa de las corrientes, se consideraba problemática.

<sup>57</sup> 'fresquito que alivia el exceso de calor'

<sup>58</sup> 'telas ricas'.

## Capítulo XXXVIII

*Que trata del curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras*

Prosiguiendo don Quijote, dijo:

—Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es más rico el soldado, y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la miseria de su paga, que viene o tarde o nunca<sup>1</sup>, o a lo que garbeare<sup>2</sup> por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia. Y a veces suele ser su desnudez tanta, que un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa<sup>3</sup>, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa<sup>4</sup>, con solo el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frío, contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha: que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere y revolverse en ella a su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese, pues, a todo esto, el día y la hora de recibir el grado de su ejercicio<sup>5</sup>: lléguese un día de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas, para curarle algún balazo que quizá le habrá pasado las sienes o le dejará estropeado de brazo o pierna. Y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba y que sea menester que suceda uno y otro rencuentro<sup>6</sup>, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero, decidme, señores, si habéis mirado en ello<sup>7</sup>: ¿cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? Sin duda habéis de responder que no tienen comparación ni se pueden reducir a cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo<sup>8</sup>. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas (que no quiero decir de mangas<sup>9</sup>) todos tienen en qué entretenerse<sup>10</sup>. Así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero a esto se puede responder que es más fácil premiar a dos mil letrados que a treinta mil soldados, porque a aquellos se premian con darles oficios que por fuerza se han de dar a los de su profesión, y a estos no se pueden premiar sino con la misma hacienda del señor a quien sirven, y esta imposibilidad fortifica más la razón que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos a la preeminencia de las armas contra las letras, materia que hasta ahora está por averiguar, según son las razones que cada una de su parte alega. Y, entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios<sup>11</sup>, y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas. Y es razón averiguada que aquello que más cuesta se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliadas, hambre, desnudez, váguidos de cabeza<sup>12</sup>, indigestiones de

<sup>1</sup> El mal estado de las finanzas de la corona en los finales del siglo XVI y en el XVII y la mala organización de la administración militar hacen que la frase de DQ sea una realidad; eran frecuentes los levantamientos en el ejército para exigir la paga, o las negativas de los soldados a entrar en batalla.

<sup>2</sup> *garbeare*: ‘robare, pillare’.

<sup>3</sup> *colete*: ‘casaca o chaleco de cuero, por lo común de ante, abierta por delante y con una especie de faldones para defensa y abrigo del cuerpo. Se subraya, con esta prenda, la ausencia de peto de defensa. Aquí, el *acuchillado*, más que el adorno de moda, parece significar, simplemente, ‘roto’.

<sup>4</sup> ‘en campo abierto’

<sup>5</sup> ‘el premio de su trabajo’; la metáfora se hace sobre los *grados* académicos que conferían las universidades.

<sup>6</sup> ‘combate’.

<sup>7</sup> ‘si habéis reparado en ello’.

<sup>8</sup> ‘con un número de tres cifras’, es decir, menos del millar; *guarismo* es la cifra árabe, frente a la romana.

<sup>9</sup> *mangas*: ‘soborno’; con (*gentes*) *de faldas* se alude a la toga o vestido talar que llevaban los letrados y, por metonimia, al ejercicio de su profesión y a los emolumentos lícitos.

<sup>10</sup> ‘con queirse sustentando’.

<sup>11</sup> ‘corsarios, piratas’

<sup>12</sup> *váguidos*: ‘vahidos, vértigo’

estómago y otras cosas a éstas adherentes<sup>13</sup>, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que a el estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida. Y ¿qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado que, hallándose cercado en alguna fuerza<sup>14</sup> y estando de posta o guarda en algún revellín o caballero<sup>15</sup>, siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer es dar noticia a su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina<sup>16</sup>, y él estarse quedo, temiendo y esperando cuándo improvisamente ha de subir a las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala o hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas no le queda al soldado más espacio del que concede dos pies de tabla del espolón<sup>17</sup>; y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería<sup>18</sup> y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar: que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si este también cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería<sup>19</sup>, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala (disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina) y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño<sup>20</sup> me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré más estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto a mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos.

Todo este largo preámbulo dijo don Quijote en tanto que los demás cenaban, olvidándose de llevar bocado a la boca, puesto que algunas veces le había dicho Sancho Panza que cenase, que después habría lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habían sobrevino nueva lástima de ver que hombre que al parecer tenía buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienda caballería<sup>21</sup>. El cura le dijo que tenía mucha razón en todo cuanto había dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado<sup>22</sup>, estaba de su mismo parecer.

---

<sup>13</sup> ‘relacionadas, parecidas’

<sup>14</sup> ‘plaza fortificada’

<sup>15</sup> *posta* o *centinela perdida* es el puesto avanzado ante la *guarda* o *centinela doble*; *revellín* o *caballero* es bien una torreta de estacas y barro que se construye cerca de las murallas de una plaza sitiada, bien una fortificación precaria y aislada que cubre un lienzo de muralla

<sup>16</sup> Para derribar la muralla de una plaza sitiada se hacía un túnel –la *mina*– que se cargaba de explosivos. El remedio, al percatarse del peligro, era hacer otro túnel –la *contramina*– que atajase el sentido del primero, cargarlo y hacerlo explotar en el lugar y momento que mayor mal pudiese causar al atacante.

<sup>17</sup> Punta de hierro en que remata la proa de una nave, lugar por el que era recomendable el abordaje y, donde, por lo tanto, eran más fuertes el ataque y la defensa.

<sup>18</sup> ‘conjunto de arcabuceros’; el arcabuz era, en la marina, el arma propia de los infantes.

<sup>19</sup> La condena de las armas de fuego, contra las que nada valía el denuedo personal del caballero, es una constante en la literatura épica y moralista del Siglo de Oro

<sup>20</sup> ‘peltre’, aleación de estaño, plomo y algún otro metal –cobre o zinc– que se empleaba para fundir balas.

<sup>21</sup> *pizmienda*: ‘que tiene las características de la pez’, es decir, negra y amarga, y por extensión ‘infausta, siniestra’.

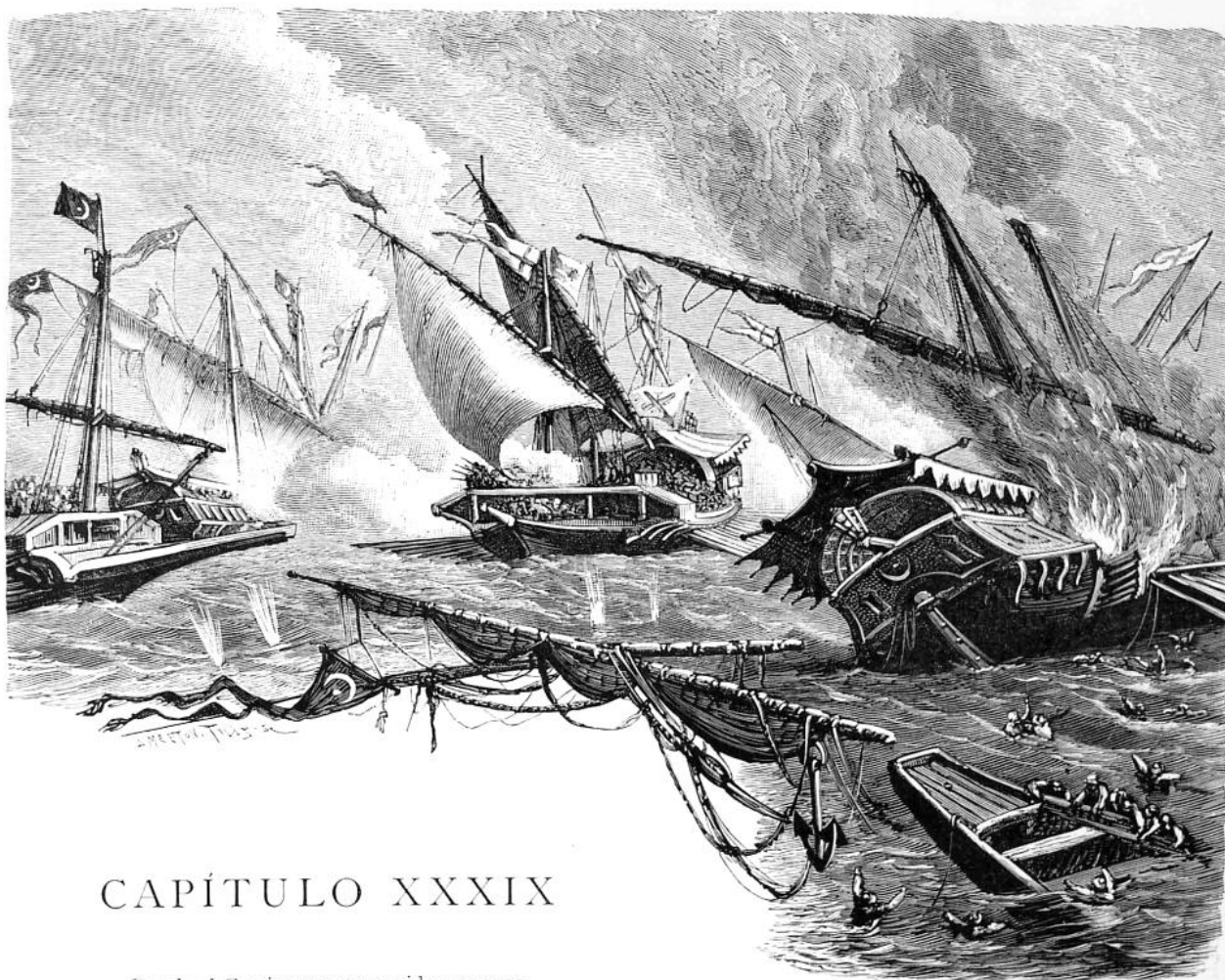
<sup>22</sup> ‘hombre de letras y licenciado’



Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritornes aderezaban el camaranchón de don Quijote de la Mancha, donde habían determinado que aquella noche las mujeres solas en él se recogiesen, don Fernando rogó al cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podría ser sino que fuese peregrino y gustoso, según las muestras que había comenzado a dar, viniendo en compañía de Zoraida. A lo cual respondió el cautivo que de muy buena gana haría lo que se le mandaba, y que solo temía que el cuento no había de ser tal que les diese el gusto que él deseaba, pero que, con todo eso, por no faltar en obedecelle, le contaría. El cura y todos los demás se lo agradecieron, y de nuevo se lo rogaron; y él, viéndose rogar de tantos, dijo que no eran menester ruegos adonde el mandar tenía tanta fuerza.

—Y, así, estén vuestras mercedes atentos y oirán un discurso verdadero a quien podría ser que no llegasen los mentirosos que con curioso y pensado artificio suelen componerse<sup>23</sup> [29].

Con esto que dijo hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio; y él, viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó a decir desta manera:



## CAPÍTULO XXXIX

Donde el Cautivo cuenta su vida y sucesos

Escena de la batalla de Lepanto, en la que se inicia la historia del cautivo, que se relatará a partir del capítulo siguiente.  
(Ricardo Balagá)

<sup>23</sup> Se alude, con claridad, a la recién leída novela de *El curioso impertinente*, oponiendo para el relato las dos mismas categorías, «a noticia» y «a fantasía», que Torres Naharro había establecido para la comedia.

# RESUMEN DE CAPÍTULOS OMITIDOS

## Capítulos XXXIX-LII

### *La historia del cautivo.*

En efecto, el cautivo, que se llama Ruy Pérez de Viedma, explica a los circunstantes su vida: su participación en la batalla de Lepanto, su cautiverio en Argel y amores con la hermosa Zoraida, que desea ser cristiana, y su libertad en una arriesgada huida. Entre este relato y la comedia de Cervantes *Los baños de Argel*, escrita seguramente después, hay estrecha relación. Cervantes demuestra, como era de esperar por su experiencia personal, un perfecto y detallado conocimiento de Argel, tanto de la vida que allí llevaban los cautivos, como de las costumbres islámicas y el ambiente. La mayoría de los personajes moros que cita son seres reales, entre ellos Zoraida, hija del renegado Hajji Murad (Agi Morato), alcalde de Argel, y que casó con el que fue sultán de Marruecos Abd al-Malik, el cual murió en la batalla de Alcazarquivir. Y así como en *Los baños de Argel* Cervantes le mantiene el nombre de Zahara, en el Quijote lo transforma por el de Zoraida y la hace enamorarse de un cautivo español y anhelar, convertirse al cristianismo. Como sea que al comenzar su relato el cautivo dice que, en el momento de narrar, hace veintidós años que salió de su casa y fue a servir al duque de Alba en Flandes, el cual llegó a Bruselas en 1567, hay que suponer que Cervantes tenía redactada esta historia desde 1589, y que la aprovechó para intercalarla en el Quijote.<sup>1</sup>

Aquella misma noche llegó a la venta un oidor, o magistrado, acompañado de su hija. Resulta luego que se trata de Juan Pérez de Viedma, hermano del cautivo, al que encuentra después de tantos años de ausencia. Se interfiere en estos capítulos la historia sentimental de doña Clara, la hija del oidor, con el joven don Luis, que también llega, disfrazado de mozo de mulas (que canta un romance y una canción), y todo acaba felizmente.

### *Don Quijote atado y el pleito del yelmo y la albarda.*

Las historias marginales y los relatos intercalados distancian en esta sección de la novela las aventuras de don Quijote, quien, como ya sabemos, ha abandonado su penitencia de Sierra Morena requerido por la princesa Micomicona (Dorotea), a la que ha prometido reconquistar su reino, del que fue desposeída por el gigante Pandafilando de la Fosca Vista (1, 30), nombre que, aunque burlesco, poco se diferencia del de muchos jayanes que aparecen en los libros de caballerías. Así don Quijote se ha incorporado al grupo de los que se hallan en la venta, y si bien ha estado ausente cuando se leyó la novela del *Curioso impertinente*, cuya lectura interrumpió con su lucha con los cueros de vino, luego ha pronunciado el discurso de las armas y las letras y ha estado presente a la llegada del oidor. Pocas horas quedaban de aquella noche tan llena de acontecimientos; y cuando todos se recogieron don Quijote se dispuso a hacer la guardia de aquel castillo (que así seguía considerando la venta) y se apostó en el exterior montado sobre Rocinante. La hija del ventero y la criada asturiana Maritornes le juegan la mala pasada de atarle un cordel a la muñeca y dejarlo colgado de una ventana, incómoda y ridícula situación en la que fue hallado, al amanecer, por los criados de don Luis, el joven enamorado de la hija del oidora

Aquella mañana acertó a llegar a la venta el barbero a quien don Quijote había quitado la bacía y Sancho la albarda, el cual ante todos los asistentes reclamó ambos objetos y trató de ladrones a caballero y escudero (1, 44 y 45). Don Quijote sostiene, naturalmente, que aquello no es una bacía sino el yelmo de Mambrino, que ganó en buena guerra. Los amigos de don Quijote —el cura, el barbero de su lugar, don Fernando y Cardenio— intervienen en el «pleito» y afirman todos que se trata de un yelmo, no tan sólo para dar la razón a don Quijote sino también por pura diversión. El barbero robado queda estupefacto cuando ve que tanta gente tan honrada, entre los que se cuenta otro de su misma profesión, sostengan tal disparate. Luego se llega a la conclusión que la albarda del asno no es tal sino un rico jaez de caballo. En esta ocasión Sancho, para no desmentir a su amo, inventa la palabra «baciyelmo».

---

<sup>1</sup> La historia del cautivo es, pues, una narración de un interés humano y documental extraordinario. Pero al propio tiempo cae dentro de una moda del tiempo, cuando tanto gustaban las novelas de escenario morisco, ya sea de moros españoles, ya de españoles en tierras mahometanas. Así se explica la inclusión de la *Historia del Abencerraje* y de la hermosa *Jarifa* en la *Diana* de Jorge de Montemayor; la de Ozman y Daraja; inserta por Mateo Alemán en la primera parte del *Guzmán de Alfarache*, y que al final del *Marcos de Obregón* Vicente Espinel desarrolle, esta vez dentro de la trama de la acción, unos episodios de carácter agelino.

### ***Don Quijote y los cuadrilleros.***

En plena discusión interviene un cuadrillero de la Santa Hermandad de algunos que habían llegado a la venta, y afirma que el que diga que la albarda no es tal es que está borracho. Don Quijote le replica irritadamente y se arma un gran alboroto. Se apaciguan los ánimos, pero poco después uno de los cuadrilleros, mirando bien el aspecto de don Quijote, se da cuenta de que se trata de la persona contra la cual lleva mandamiento de prisión por haber dado libertad a los galeotes. Ello produce un nuevo alboroto, pero la cuestión queda resuelta gracias al cura, que convence a los cuadrilleros de que don Quijote está loco. Por otra parte pagó al barbero ocho reales por la hacía y le hizo devolver la albarda.

### ***Don Quijote enjaulado.***

La ficción de la princesa Micomicona no se podía prolongar porque Dorotea debía partir con don Fernando. En vista de ello se resolvió que se hiciera una especie de jaula de palos enrejados en un carro de bueyes que acertó a pasar por allí y fue contratado para ello. Entonces don Fernando y los suyos, los criados de don Luis, los cuadrilleros y el ventero se disfrazaron y se cubrieron los rostros y se encaminaron al aposento donde dormía don Quijote y le ataron de manos y pies y le encerraron en la jaula. Una vez allí el barbero del lugar de don Quijote con voz temerosa pronunció una profecía al estilo de las de Merlín asegurando al caballero que para acabar pronto la aventura que había comenzado le convenía estar preso de aquel modo, y asegurando a Sancho, - de parte de la sabia Mentironiana, que cobraría el salario que le debe su amo. Don Quijote, creyéndose encantado, acepta resignadamente la nueva situación respondiendo, a la voz profética con un grave y solemne parlamento (1, 46).

Así, enjaulado en un carro tirado por bueyes, llegará don Quijote por segunda vez a su aldea. Hay aquí, sin duda alguna, una reminiscencia de un viejo tema caballeresco, el vergonzoso carro en el que Lanzarote se ve precisado a montar, siendo objeto de la mofa de todo el mundo, cuando parte para rescatar a la reina Ginebra, episodio fundamental de la novela de Chrétien de Troyes *Li chevaliers de la charrette*, que fue imitado en libros posteriores. La humillación de Lanzarote es en cierto modo similar a la humillación de don Quijote.

### ***Regreso de Don Quijote a su aldea.***

Con don Quijote enjaulado, Sancho montado en su asno (que unos días antes recuperó) y llevando de la rienda a Rocinante, y en compañía del cura, el barbero y los cuadrilleros, parten de la venta, después de haberse despedido de todos los que allí se habían hospedado. Por el camino encontraron a un canónigo, con quien el cura departió sobre literatura y principalmente sobre libros de caballerías, discusión en la que también intervino don Quijote defendiendo sus peculiares puntos de vista en una acertada mezcolanza de buen criterio y desequilibrio mental. Esta conversación sobre libros y literatura (1, 47 a 50) es de gran interés para conocer las ideas de Cervantes y sus opiniones sobre algunos escritores contemporáneos. Encuentran luego al cabrero Eugenio, que cuenta sus amores con Leandra en un estilo artificioso y culto propio de la novela pastoril, y que luego se pelea con don Quijote.

Don Quijote, a quien se le ha permitido salir de la jaula, sostiene una pendencia con unos disciplinantes (1, 52), que es apaciguada por el cura; y otra vez en el carro de bueyes llega a su aldea y es recibido en su casa por la sobrina y el ama, y Sancho en la suya por su mujer, aquí llamada Juana Panza.

### ***Final del Quijote de 1605.***

Al final de la primera parte de la novela Cervantes afirma que no ha podido encontrar más noticias sobre don Quijote, pero que en la Mancha es fama que salió de su aldea una tercera vez y fue a Zaragoza donde se halló en unas famosas justas. Solamente en cierta caja de plomo, hallada en los escombros de una ermita, encontró unos versos escritos por «Los Académicos de la Argamasilla, lugar de la Mancha», en elogio de don Quijote, Dulcinea, Rocinante, Sancho. Son poesías humorísticas y en todo ello hay una burla de las academias o reuniones literarias tan frecuentes entonces en Madrid y en otras ciudades. Y Cervantes acaba su tarea con un verso del *Orlando furioso* de Ariosto: *Forse altri cantará con miglior plectro*, «quizá otro cantará con mejor plectro», o sea pluma.